

CON LA SOMBRA PRESTADA

Luis Antonio Rincón García



Dr. Oswaldo Chacón Rojas

RECTOR

Mtra. María del Carmen Vázquez Velasco

SECRETARIA GENERAL

Mtra. Mónica Guillén Sánchez

SECRETARIA DE IDENTIDAD Y RESPONSABILIDAD

SOCIAL UNIVERSITARIA

Mtro. Gabriel Velázquez Toledo

DIRECTOR EDITORIAL

CON LA SOMBRA PRESTADA



COLECCIÓN
VOCES QUE
CUENTAN



Con la sombra prestada, de Luis Antonio Rincón García es una obra editada e impresa por la Universidad Autónoma de Chiapas; ingresó a proceso en la Primera Convocatoria “50 para el 50”, 2024 y fue dictaminada por el método de doble ciego.

Dirección editorial: Mtro. Gabriel Velázquez Toledo

Corrección de estilo, edición, cubierta

y cuidado: José Urióstegui

1ª. edición 2025

Inscrita en el Registro Público del Derecho de Autor, SEP

con el número: 03-2024-110414151100-14

ISBN (Voces que cuentan): 978-607-561-197-6

ISBN (Volumen): 978-607-561-372-7

BENEMÉRITA D. R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS



Boulevard Belisario Domínguez km 1 081, sin número, Tuxtla, C. P. 29050, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Miembro 3932 de la Cámara Nacional de la Industria Editorial; de la Red Nacional de Editoriales Universitarias y Académicas de México, ALTEXTO, y de la Asociación de Editoriales Universitarias de América Latina y El Caribe, EULAC.

El diseño y composición de interiores y cubierta de esta obra son propiedad de la Universidad Autónoma de Chiapas

Editada e impresa en México / *Edited and printed in Mexico*

CON LA SOMBRA PRESTADA

LUIS ANTONIO RINCÓN GARCÍA

PREMIO NACIONAL DE NOVELA

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

2009

VOCES QUE CUENTAN



Contenido

I 29 de abril	5
II	13
III 30 de abril	17
IV 23 de abril	23
V	27
VI 1º de mayo	33
VII	35
VIII 2 de mayo	39
IX	43
X	47
XI 3 de mayo	51
XII	53
XIII 4 de mayo	57
XIV	61
XV 5 de mayo	65
XVI 6 de mayo	69
XVII	71
XVIII 7 de mayo	77
XIX 10 de mayo	81
XX 11 de mayo	93
XXI 13 de mayo	99
XXII 14 de mayo	103
XXIII 16 de mayo	107
XXIV 17 de mayo	109

XXV	113
XXVI 19 de mayo	117
XXVII 20 de mayo	123
XXVIII 21 de mayo	127
XXIX 23 de mayo	137
XXX 26 de mayo	139
XXXI	143
XXXII	149
XXXIII	153
XXXIV	157
XXXV 27 de mayo	165
XXXVI 1º de junio	173
XXXVII	177

I 29 de abril

Emiliano entró a la caverna con el pecho ardiéndole por el deseo de salir pronto de ella. Seguía los pasos de las dos mujeres, llevaba cargando el cilindro de oxígeno de su equipo de buzo y una mochila. A veces piensa que entra a explorar cuevas sólo para después, desesperado, encontrar cómo escapar de ellas. Una especie de masoquismo mental, jugar al claustrofóbico, convertirse en un bebé que despierta en la oscuridad de la noche sin saber dónde está, tener miedo y pretender que controla ese miedo. Después regresar a la ciudad y autoproclamarse espeleólogo y con una entonación de experto, contar e inventar historias para ver cejas levantadas por la sorpresa.

Toma conciencia de la ruta que sigue cuando choca su frente contra las nalgas de la que va delante suyo. Apenas entraron y ya deben ascender por las cimas del interior y después buscar las rutas de descenso. Apenas caminaron unos cien metros y ya lleva la playera húmeda del sudor por ir cargando su equipo por la pequeña selva que cruzó para llegar hasta ahí. Apenas van hacia adentro y ya quiere salir.

Escucha la voz de la mujer que va al frente de los tres —la Gordita, la llama él—, no entiende las palabras; pero el suelo resbaloso lo convence de que fue una advertencia a la posibilidad de precipitarse por cualquier lado del camino. La otra, la Chaparrita, apunta con su lámpara para ver los despeñaderos anunciados por la primera.

—No están tan profundos —reclama su decepción. —No son ni quince metros, —sigue reclamando la Chaparrita.

Emiliano cierra los ojos, profundos o no, prefiere no verlos. Las alturas le dan miedo y pide a las mujeres que por favor sigan avanzando. Una hora después apenas han recorrido la tercera parte del camino.

La siguiente etapa la harán arrastrándose en medio de una grieta. A su paso dejan distintas señales en las paredes y en el suelo por si tienen que caminar de regreso.

Ellas van a buscar bichos, se dicen biólogos. Él quiere atravesar una grieta que conecta una laguna con otra más pequeña del interior de la caverna. Ya estuvo antes ahí, en esa ocasión con tres espeleólogos. No se atrevió a cruzar. Tuvo miedo. Todo el año cargó con la culpa de haber sentido miedo; en las fiestas de Navidad, en su cumpleaños, a la salida de la oficina, en el gimnasio, cuando entró a explorar otras cavernas y a la hora de bucear en otras lagunas. Los tres hombres que sí se atrevieron a entrar jalando con fuerza sus cuerpos a través de la pequeña abertura entre la pared de piedras volvieron contentos y satisfechos, más que del paisaje de la aventura, y con toda seguridad, más que de la aventura, por el alivio de salir vivos.

Cargó su miedo un año y ya estaba harto de traerlo bajo el pellejo, por eso regresó, para deshacerse de él y devolverlo al lugar donde lo contrajo.

Con los tres hombres conoció la entrada y la salida de la caverna. Muchos decían que sólo se podía regresar ascendiendo por las cuerdas con que se bajaba a rappel. Ellos le enseñaron que no era necesario tanto esfuerzo, también se podía bajar de un salto al agua y, una vez orientados, salir del otro lado de la montaña. Fue el guía del grupo quien dijo:

—Cada caverna puede tener decenas de entradas, lo complicado es encontrarlas, y una vez que las encuentre, recorrerlas sin perder la orientación.

Para eso Emiliano sí era bueno, para orientarse, camino que recorrería camino que recordaba siempre. O casi siempre.

Ahora volvió con la intención de atravesar la abertura de la pared rocosa y cruzar hacia la otra laguna, devolver su miedo, regresar y festejar el estar vivo.

—Abandonar el miedo donde lo encontré —masculló.

Dejó sus recuerdos un momento para ponerse de acuerdo con las dos mujeres en cómo arrastrarse por entre las grietas —una gatera, dijo él— hasta llegar al otro lado de la pared, donde continuarían su recorrido.

A ellas las conocía poco y de no mucho tiempo atrás. Decidió sumarse a su viaje porque planeaban visitar precisamente ese lugar. Cada uno iría con sus propósitos propios, nada más que juntos, cuidándose mutuamente, compartiendo el alimento y tal vez conociéndose. Calcularon que con tres días de viaje les sería suficiente; el primero para entrar, el siguiente lo emplearían en recorrer la laguna y sus alrededores y él en cruzar hacia la otra laguna, y la última jornada estaba destinada para transitar la ruta al exterior. Aunque a la mitad del primer día los tres ya querían brincarse el proceso y buscar la salida.

Se animaban con las voces, la mujer gordita que en un principio iba al frente, ahora, rezagada, era la última del grupo. Pujaba con cada esfuerzo para seguir reptando por la gatera. Ya estaba cansada y apenas iban a la mitad del camino. Se detuvo un momento, sólo unos segundos, acostada boca abajo. Respirando la humedad y tragando su sudor sin sal sintió los filos y las aristas de la fría cama de piedra en su estómago y pecho; levantó un poco el cuerpo y sintió el techo mojado. Le molestaba el sonido del cilindro de buzo chocando contra las piedras. ¿No se podría descomponer con tanto golpe? Al menos su paciencia ya se estaba descomponiendo con el ruido que provocaba. Apuntó la luz de su lámpara hacia el frente y apenas pudo distinguir los pies de los que le llevaban

la delantera, después seguía una oscuridad que continuaba profunda y angosta. Imaginó un temblor, pensó en ser el jamón de ese sándwich rocoso, río de su visión sanguinolenta y por las dudas se arrastró con mayor rapidez.

Después de salir de la gatera se detuvieron a descansar, los tres tenían sed y hambre, así que decidieron comer. El siguiente paso era relativamente sencillo, caminar un par de horas buscando el barranco que terminaba en una laguna y bajar colgados de cuerdas. Él dijo que bajaría sus cosas por la cuerda y luego saltaría al vacío.

—¿Y tu miedo a las alturas? —le preguntaron.

—Tengo problemas cuando veo, pero acá no se ve nada, así que puedo saltar. Eso sí, no vayan a encender sus lámparas mientras voy en el aire; capaz echo todo a perder si me doy cuenta por donde voy cayendo.

Por supuesto que no las encenderían. No van a gastar sus baterías en una broma de mal gusto y en esos ambientes mejor no hacer travesuras, se puede pagar caro.

Entonces tembló.

Fue un temblor suave, aunque largo. En medio de la oscuridad cada uno aguzó sus sentidos para intentar percibir y escuchar los detalles del temblor. El rugido apagado de la tierra, las pequeñas avalanchas de rocas, objetos chocando contra el agua, sus corazones brincoteando impotentes ante la posibilidad de la muerte, los ojos que se abren enormes intentando ver lo que no se quiere ver, y las sonrisas dibujadas aun en la oscuridad para disimular el miedo. Siguió el silencio y al silencio siguieron las suaves risas de nervios, sigilosas, como si el temblor fuera un ser vivo ante el cual no debían delatarse porque era capaz de volver su rostro iracundo hacia ellos.

Cada uno se sumió en sus reflexiones, durante un rato lo único que se escuchó fueron las cucharas entrando mecánicamente a los vasos de aluminio, seguidas por el mascujado que se podía oír como se oía la

comida atravesando la garganta pastosa por la saliva espesa del terror. Él dejó salir la única idea que no se alejaba de su mente.

—Estuvo cabrón, ¿verdad?

Abrió la llave de la catarsis y el desfogue verbal.

—Yo lo presentí desde que veníamos arrastrándonos en la grieta —dijo la Gordita—. Como los presentía desde niña, apenas pensaba en un temblor y éste que se dejaba venir.

—Pues a mí por poco me da un infarto —respondió la Chaparrita.

—¿Oyeron las piedras cayendo? ¡Dios mío!, y sin saber por dónde caían —se quejó la Gordita.

—¿Por qué no encendiste tu lámpara? —preguntó su compañera.

—¿Por qué no la encendiste tú?

—Pues porque estaba apendejada.

—Ven que a veces es mejor no ver —dijo Emiliano.

—No sé si sea mejor o no —dijo la Chaparrita—, pero tienes razón, total, acá ni pa' donde correr.

—Estuvo cabrón, muy cabrón.

Pensaron en volver por donde entraron y dejar lo de la exploración para otro día.

—¿Y si nos agarra una réplica entre las grietas? —preguntó la Chaparrita.

—No, pos ya nos chingamos —se oyó la voz de la Gordita.

—¡Qué ya nos chingamos! —le respondió su amiga—. Mejor salgamos por donde íbamos a salir.

—Yo pienso lo mismo —dijo Emiliano—. Por ese lado correremos menos riesgos, aunque tardemos un poco más.

«Creo que a veces entro para poder salir», recordó mientras guardaba los alimentos que ya no aceptó su estómago. Se había asustado. Hizo el viaje para ir a devolver su miedo, y la caverna, en lugar de recibirlo, se lo quería duplicar.

Llegaron al barranco y descansaron otro rato antes de colocar las cuerdas y los arneses para bajar. Emiliano deslizó su mochila junto con el tanque y encendió su lámpara para preguntarles a las mujeres si querían algo más. Ante la negativa caminó rodeando el borde hasta ubicarse en un lugar por él conocido, apagó la lámpara, les dijo adiós dándole la espalda al vacío y con un salto se lanzó en medio de la oscuridad.

Después de la caída nadó hacia la orilla, buscó su equipo y regresó a instalarse cerca de la laguna, en el mismo lugar donde se acomodó el año anterior con los otros tres hombres, los que no sintieron miedo y se atrevieron a cruzar hacia la otra laguna, o los que sí tuvieron miedo y aun así cruzaron hacia el otro lado.

Se cambió la ropa mojada y extendió su bolsa de dormir para descansar mientras llegaban las mujeres. Le gustaba la Chaparrita. Recordó a su perro, que cuando está cerca de una hembra en celo olfatea y a veces lame el líquido hipnótico que le escurre entre los cuartos traseros. Anda de «huele pedos», suele decir del perro.

—Quién quita y la caverna sacó mi lado canino —dice en voz alta—, y de tanto verle las nalgas también entré en celo. Voy a encamar a esa pinche chaparra, ¡cómo chingados no!

Espera no haber dicho lo último en voz tan alta, porque es ella la que se acerca, y en el silencio de las cuevas en ocasiones las voces llegan más lejos de lo deseado. La otra, la Gordita, tarda en llegar. No es tan experta como les dijo que era para bajar a rappel.

—¿Vas a bucear hoy o mañana? —le pregunta la Chaparrita.

—Hoy o mañana, tal vez mañana —le responde.

El día y la noche no importan en ese lugar, por más que afuera el sol esté claro, martillante, la caverna seguirá oscura. La diferencia entre el hoy y el mañana se las dará el descanso y las comidas. Él ve su reloj, marca las siete, así que serán las siete de la noche. Ya pasaron doce horas desde que se reunieron para iniciar el viaje.

—¿Estás nervioso? ¿Tienes miedo?

—Né —responde, un «né» que en realidad es un no a medias, un no que le permite esconder el temblor de su voz y remata:

—Estoy acostumbrado a entrar y salir de lugares como éste.

—Y si te pasa algo, ¿cómo te vamos a ayudar? —preguntó la Chaparrita.

—No va a pasarle nada —le responde su compañera.

—Pero si pasa —insiste la mujer.

—Voy a llevar un hilo de vida, en caso de que tuviera algún accidente, jalaré el hilo para avisarles y que ustedes avisen afuera, porque sin equipo de buceo no hay nada que puedan hacer por mí. Si después de tres horas no doy señales de vida, salgan a avisar que estoy muerto.

—No va a pasarte nada —asegura la Gordita, esquivando abordar situaciones que la espantan, y enciende su luz decidida a iniciar la colecta de bichos.

«Un hilo de vida, una cuerda de regreso, un hilo de Ariadna, apenas un lacito será lo que una mi vida en la oscuridad submarina de la laguna con el exterior», piensa él y se duerme sin darse cuenta.

Cuando despierta enciende la luz de su reloj, ve que marca las cuatro.

—Deben ser las cuatro de la mañana —murmura para escucharse.

Observa los bultos de las dos mujeres muy cerca suyo, la Chaparrita está a su lado, con estirar un poco el brazo puede tocarla. «Mejor le voy a oler las nalgas», piensa, sonríe de su travesura imaginada y vuelve a acostarse.

—Mañana voy a entrar —dice en voz alta—, y aunque sean las cuatro de la madrugada, para mí, en este momento, todavía no es mañana.

II

Emiliano se sabía fuerte y con buena condición física, sin embargo, al estar trepado en una escalera con el brazo estirado para servirle de escalón a un tipo mucho más delgado que él, el vértigo de los pocos metros que los separaban del suelo lo obligaron a pedir que lo sustituyeran. Subió uno de sus amigos quien, sin tener su fortaleza, fue capaz de terminar la tarea en pocos segundos.

—Escucha —le reclamaron—, si no son más de cuatro metros, aunque te hubieras caído, tú aguantas el doble.

—El problema no es que caiga —respondió enojado—, sino que se me sale el desayuno y se me afloja el cuerpo tan sólo de verme lejos del suelo, es como si mi cerebro sintiera que está por caer de cabeza.

Una vez, para intentar vencer esa sensación, se asomó a ver el vacío por sobre la cornisa de un edificio de quince pisos. Era una cornisa tan ancha, que se recostó sobre ella con el empeine de los pies aferrados al borde interior, las manos estiradas se asieron a modo de ventosa sobre la textura porosa de la construcción, y debió estirar el cuello para apenas asomar la frente y una parte de los ojos.

Eso fue suficiente, sintió que el edificio se ladeaba para dejarlo caer. En ese momento creyó comprender que el alma sí existe, porque ella iba a la mitad del vuelo, contándole a detalle cada sensación que experimentaba antes de desmadrarse contra el pavimento.

Cerró los ojos. A través de los párpados apretados continuó viendo los quince pisos de distancia que lo separaban del suelo. Se arrastró en reversa, sin apresurarse, invadido por la sensación de que su peso podría desequilibrar el edificio y él sería deslizado hacia el abismo, como si tuviera el cuerpo embarrado de mantequilla.

Cuando pudo tomarse con las manos de la orilla interior de la cornisa, recuperó su fuerza para empujarse hacia el suelo de la azotea. Ahí descansó algunos minutos y se prometió probar de nuevo. No se daría por vencido, él dominaría ese vértigo y juró volver a intentarlo en otra ocasión.

Nunca regresó.

En ese entonces iba en quinto semestre de la universidad y así trató de curarse la acrofobia para poder ingresar al equipo de alpinismo. De-seaba aprender a escalar con la única ayuda de manos y pies. Sin embargo, descubrió que el miedo cuenta con muchos anzuelos que lo incrustan de distintas formas a la mente de quien lo porta.

Cambió el alpinismo por la espeleología. Ahí fue capaz de demostrar una temeridad sin límites: podía caminar sobre una cuerda mientras con las manos se agarraba de otra para cruzar despeñaderos subterráneos, trepaba sin protección por las paredes más altas e incluso era capaz de realizar atrevidos clavados en mantos acuíferos de profundidades indeterminadas, siempre y cuando lo hiciera a oscuras.

—Estás loco, cómo te atreviste a cruzar por ahí —le preguntaban sus compañeros—. ¿No que te da miedo la altura?, ¿ya viste que tan profundo está?

—No lo he visto ni lo veré.

—¿Cómo cruzaste?

—Ya lo sabes, estoy loco.

—No mames, tú sabes que ahí hay un precipicio y no te da miedo y luego andas con tu rollo de que le temes a las alturas.

—Ya te dije que estoy loco, y mientras mi pinche cerebro loco no vea por donde voy, no tiene pedos, ¿estamos? Además, a ti te vale madres, ¡puto!, tú no te atreviste a pasar.

—Tas pendejo, me dio miedo y yo sí respeto a mis miedos.

Esa era una diferencia, él no los respetaba, a él le gustaba vencerlos. Por eso regresó a la caverna, para vencer ese miedo de una vez por todas, y dejar en el pasado la sensación de no haber podido realizar algo tan simple como cruzar una grieta que comunica dos lagunas.

III

30 de abril

Despertó antes que ellas. Encendió una linterna para preparar su equipo de buceo y no aguantó la tentación de apuntarle a los rostros para verlas dormir, la Gordita tiró algunos manotazos suaves a la luz inoportuna y él fingió continuar con su tarea.

Terminó rápido. Decidió desayunar una barra de cereal y después estirar, calentar los músculos, terminar de despertar al cerebro. Está muy cansado, es el cansancio crónico que porta de meses atrás por exceso de trabajo y las interminables horas en la oficina. Su cuerpo entumido protestó con los primeros movimientos. Si hubiera sido de metal seguramente habría rechinado. Saltando cuerda parece revivir, le gusta imaginar que es un boxeador en medio del entrenamiento, también por eso lo han acusado de estar loco, por ponerse a saltar cuerda en las mañanas de campamento.

Decidió esperar a que despertaran las mujeres, quiere que lo vean entrar al agua, que sepan que está adentro, es por seguridad y por mostrarle a la Chaparrita que tiene los güevos grandes, bien puestos y donde deben estar.

A pesar de haber calentado percibió torpes sus movimientos cuando se colocó la bermuda y la chaqueta de buceo. Es la adrenalina que a veces traiciona y entume, pero en otras exhuma fuerzas inimaginables aun en los endeble. Respiró hondo. Respirar es un ejercicio sencillo que

le devuelve la calma, aunque en esa ocasión, después de que realizó varias respiraciones, los nervios se mantuvieron en su lugar, recordándole su miedo, ese miedo que llegó a devolver y que parecía no querer despedirse de él.

Mientras revisaba el tanque de oxígeno recordó colocarse su cuchillo. Siempre lo carga en la cintura, le sirve para mover piedras y escarbar en la tierra, cortar redes o lianas y, de ser el caso, defenderse.

Se le antoja otra barra de cereal, al terminarla piensa en comerse una tercera. Decide que no, mejor comerá al regreso. No vaya a ser que por glotón le de un calambre en medio del agua fría. Una barra no es mucha comida, pero tres pueden dar problemas. Las chicas despertaron cuando él amarraba su hilo de vida a una saliente.

Lleva batería para seis horas de luz y oxígeno para tres, aunque piensa volver antes de que pase una hora. «Será una hora en lo que llego al otro lado, declaro vencido a mi miedo y regreso junto a la Chaparrita», piensa, «tal vez menos, treinta minutos y estaré preparándome un desayuno en forma y no dos miserables barras de cereal».

Llega a la grieta antes del tiempo que calculó. Esta vez fue más rápido porque el año pasado tardaron varios minutos en encontrarla tanteando por la laguna.

«Cabrón cerebro», se dijo, «le teme a las alturas, pero no a las alturas en medio de la oscuridad, y al mismo tiempo le teme a un hueco cuatro metros bajo el agua que no es profundo y está oscuro».

En cuanto localizó los vértices del agujero palpó la entrada, con las manos recorrió la abertura, sintió que era más ancha que el año pasado. Por supuesto que la memoria a veces juega bromas, agranda lo pequeño y aclara lo oscuro. Con la lámpara en su frente iluminó el agujero conformado por varias rocas apretujadas y calcula que tiene más de un metro de profundidad, tal vez metro y treinta o metro y cuarenta centímetros, aunque lo recordaba más profundo. También calcula que tiene cuarenta

centímetros de alto, quizá cincuenta en algunos tramos. Del otro lado sigue la otra laguna, quién sabe qué tan honda y extensa, no quiso preguntarles a los que sí la cruzaron, no sólo porque no tardaron mucho tiempo adentro, sino porque además demostraron tener más ganas de salir que de explorar el lugar.

En esos momentos no necesita preámbulos, recuerdos ni presentaciones, así que amarra la línea de vida a una estalagmita y mete la cabeza por la grieta. Es más angosta de lo que calculó. Avanza lento, centímetro a centímetro, tratando de respirar despacio para no inhalar demasiado oxígeno y porque respirando lento evita el pánico. Apenas metió medio cuerpo y ya empieza a sentirse atascado, aun así, decide seguir avanzando, no piensa volver atrás, el cerebro acata la orden impartida meses antes sin atreverse a buscar otra alternativa.

«Si los otros tres mierdas pudieron, yo también puedo, ¿o soy más pendejo?» La respuesta obvia, para él, es no, al menos por principio de cuentas. Se considera «tan cabrón» como aquellos para cruzar una grieta debajo del agua. Su cabeza estaba por salir del otro lado en el momento en que se sintió atrapado, con los brazos trabados entre las paredes del agujero y su cuerpo. «Soy un pendejo», se reclama, debió haberse quitado el tanque. Se siente atascado, así le contaron que les pasó a los otros tres y también tuvieron miedo, como él, que a pesar de tener el cuerpo entumido de frío sentía estar sudando al mismo tiempo que la cabeza le picaba de nervios y perdía el control de su respiración que se aceleraba y aceleraba los movimientos convulsos de todo su ser para intentar salir de ese atolladero. Se movía como gusano, empujándose con cada músculo disponible, pataleando en el agua para impulsarse con las aletas. «Parece que sí soy más pendejo que aquellos», se recrimina. Siente el roce del tanque con el techo de la grieta y cómo raspaban las paredes el metal. Sabe que no le será fácil salir de ahí cuando el cilindro choca contra una ceja rocosa que le impide seguir avanzando. Se detuvo, se puede decir que detuvo

cada músculo de su cuerpo, necesitaba respirar, retomar el control de ese momento y entonces salir, desatascarse, cruzar al otro lado.

Se vio atrapado y sintió lástima de sí mismo, jaló aire y volvió a arremeter con fuerza, al principio tratando de avanzar y luego intentando retroceder. No logró moverse en ningún sentido. Estaba atrapado en la grieta, no le cupo ninguna duda, moriría con el sonido de las burbujas de aire como únicas testigos de su final.

Después de varios minutos de lucha bramaba su desesperanza y enojo, multiplicado por el cosquilleo desesperante del miedo en el rostro y espalda por saberse perdido, por tener conciencia de que no habrá nadie que llegue para rescatarlo. Al verle la cara a la muerte, atascado y sin quién lo ayudara a salir, aflojó el cuerpo para soltar su llanto de rabia y desesperación. Con la barbilla recostada contra el suelo decidió esperar a que se le terminara el tiempo, pero al imaginar su muerte por asfixia sintió que su interior se desmoronaba y el terror lo hizo encoger el cuerpo convulso.

Así pudo avanzar un par de centímetros, recuperó un poco de calma y cierta movilidad de la mano derecha. Con esfuerzo acercó sus dedos a la cinta del cilindro de oxígeno y lo aflojó. Avanzó unos centímetros más, hasta que su cabeza salió del otro lado de la caverna. Al tanque ya lo arrastraba a la altura de la cintura, estiró la manguera hacia su boca, pudo asir el cilindro con la mano izquierda e intentó terminar de sacar el cuerpo. Entonces se volvió a atascar el cilindro y lo atasco a él de las piernas. Enojado, maltrecho por la situación, jaló hasta liberarse y poder ingresar a la otra laguna.

Al mismo tiempo de sentirse libre lo invadió la congoja de escuchar a sus espaldas golpes de piedras, como si la tierra hubiera protestado en un tono parecido al que lanzó durante el temblor, sólo que en pequeño. Sin necesidad de verla imaginó la escena: alguna roca fracturada que cedió al peso de las otras le impediría regresar por donde entró. Los

músculos, de por sí agotados por el esfuerzo realizado al entrar, en ese instante se mostraron lacios, adoloridos y, le pareció a él, incapaces para afrontar nuevas complicaciones.

Respiró profundo, intentó detener las lágrimas de su angustia mientras se acomodaba el cilindro en la espalda. La cabeza parecía querer estallarle por la presión. Debíó esforzarse en jalar otra bocanada de aire antes de atreverse a encender la lámpara y voltear a descubrir el origen del rugido.

Su mente, en tanto, recordaba el tecnicismo que describe la situación que iba a enfrentar. Giró ciento ochenta grados, apuntó con la luz de su frente hacia el agujero y casi se desmaya cuando la luz a través del agua turbia le permitió confirmar la migración rocosa que lo dejaba atrapado en el lugar que nunca debió conocer.

Afuera del agua las chicas también escucharon las piedras chocando entre sí, apuntaron con sus lámparas hacia el origen del movimiento y todavía pudieron ver la vibración que provocó burbujas y ondas acuáticas.

—¡Algo pasó! —gritó la Chaparrita—. ¡Se me hace que este cabrón ya valió madres!

Y las dos corrieron a la orilla de la laguna para encontrar alguna señal que les indicara si él seguía vivo.

IV

23 de abril

—¿Vas a ir con ellas? Pero si ni saben bucear.

Lo importante era intentarlo a solas, y si no se atrevía a cruzar, no lo vería «algún pendejo que luego me cobre con burlas la factura del fracaso.» Porque en ese punto, aunque le rompiera a esa persona los dientes a golpes, su fama de temerario ya tendría la mancha de la cobardía. Una mancha añadida a la de la acrofobia. «¿Quién se va a burlar de ti, si en estos temas nadie se mete con los asuntos de los otros?», se preguntaba. «Quién sabe, se respondía, ahí está el cabrón del Bernardo, que le gusta andar chinga y chinga con cuanta pendejada le pasa por la cabeza, y si se chinga él mismo y a su propia madre, que no me chingue a mí cuando se entere que no pude atravesar una grieta». Terminaba enojado con Bernardo por una broma sin nacer, imaginando cómo le tiraría la primera patada entre las piernas y un derechazo para reventarle la boca y quitarle lo chismoso.

—Aguanta, maestro. Mejor vuelves a ir con nosotros, además ni hay nada en esa cueva. No vale la pena ir, te lo juro. No sé de dónde te sale la terquedad de volver a intentarlo, mejor vamos a los cenotes de Yucatán, también es bajo la tierra y dicen que la vista está de pocas pulgas.

—Né, voy a ir a esa misma cueva, tengo un pendiente con ella.

—Pos espéranos, vamos a regresar también nosotros. Así como lo estás planeando lo único que conseguirás será meterte en problemas con

estas viejas y meterlas en problemas a ellas. Vamos otra vez los cuatro, y cuando salgamos nos desquitamos la soledad en El Marinero, ahí debe estar esperándote aquellita.

Aquellita tenía nombre. Que quién sabe cuál era. Normalmente sí se acuerda, pero enojado tiene mala memoria, y entre la imagen de Bernardo y la verborrea del que tenía enfrente, ya había acumulado enojo para varios días. «Aquellita estaba rebuena», tenía tanta clase que con una así sí se habría casado. Aunque fuera teibolera. No le propuso matrimonio porque en una de esas y le aceptaba, o se burlaba de él, que con su sueldazo de burócrata apenas tenía para irla pasando. Pasándola bien, pero no tan bien como Aquellita, que en una noche saca lo que él gana en una semana de estar poniendo el lomo hasta doce horas diarias, y si se le antojaba a los de arriba, también domingos y días festivos, aunque fuera rellenando papeles e informes que nadie iba a leer, porque a nadie le importaba sino aparentar que trabajaban. Eso sí, durante sus horas de encierro en la oficina aprendió que para ser jefe y mostrarse como “muy trabajadorcito”, se debe hacer pomada a los que están abajo, algo así como cansarse de silbar y guiar la carreta mientras los bueyes van tirando. No como Aquellita, que sólo trabajaba de martes a sábado, menos de ocho horas diarias y sin jefes a quien darle cuentas.

—Voy a ir con ellas —confirmó Emiliano—, ya me comprometí.

—Qué necio eres. No está fácil, a mí me tuvieron que ayudar para salir de ahí. No te vayas a desesperar, cabrón, cuesta cruzar esa madre, ten calma, mucha calma.

Era cómodo decirlo mientras se toma un café y se ve el ir y venir de la ciudad. Tener calma. ¿Cómo calmarse si la entrada ya no es entrada ni salida ni nada?

Con la linterna encendida intentó asomarse por el agujero que quedaba de la grieta; imposible ver algo entre el agua turbia. Intentó meter la mano, aun estirándola y con el dedo pulgar apretujado al resto de los

dedos no avanzaba ni treinta centímetros, forzando un poco las cosas introdujo medio antebrazo. Lo sacó con el espíritu extrañamente sereno.

Ahí, frente a su posible muerte, atrapado en medio del agua y decenas de metros bajo tierra dejó de sentir miedo. Comparó esa sensación con las inyecciones, que a veces duelen más cuando se imaginan que cuando las aplican, o lo que experimentaba al ver las heridas en otros, pues la mente le llevaba imágenes de dolor y se las maximizaba, mientras que el herido soportaba con cierto estoicismo porque el cuerpo lo atiborró de calmantes naturales.

Se preguntó cuál sería el dolor que le produciría morir. Lo averiguaría más tarde, por ahora debía explorar el lugar y encontrar un modo de salir de ahí.

Llegó casi de inmediato al techo, serían los mismos cuatro metros que del otro lado separaba la superficie del agujero que ya no existe. «¿Hacia abajo cuánto habrá?» Eso decidió investigarlo en otro momento, tal vez al poco rato de que se le termine el oxígeno, pues, total, con el peso del tanque su cuerpo sin vida se irá a iluminar lo profundo, porque si bien la luz de la lámpara duraría seis horas, el oxígeno sólo le alcanzaría para tres.

«Si el agua entra, por algún lado debe salir», concluyó. Con una mano palpando el techo y con la otra impulsándose empezó a recorrer el perímetro del lugar. Ahí recordó el hilo de vida que seguía desenrollándose de su carrete. «Fue buena idea traerlo», ironizó, le serviría de poco y de nada atrapado en una caverna inundada.

Se reclamó por no haberse quitado el tanque antes de entrar, así habría sido más fácil cruzar la grieta. «Ni modo, me apendejé. Así son los accidentes, un error, y se llamaba, dirán quienes me recuerden».

Bajo el agua vio una saliente hacia su izquierda. Una base a la cuál quizá podría trepar y respirar sin necesidad del tanque. En ese momento le ganó la desesperación, frente a la posible salida a sus problemas recordó el

terror a la muerte, nadó con fuerza sin importarle los golpes en la cabeza y empezó a tragar agua, porque en sus movimientos alocados soltó la boquilla de la escafandra.

Se impulsó hacia la superficie, sacó más de medio cuerpo e iluminó el espacio de la caverna salvadora. Cuando estuvo seguro de que ahí no habría más agua rodeándolo se dejó caer sobre el suelo rocoso. Boca abajo intentaba aplacar el jadeo de nervios, tiritando por la adrenalina en descenso se arrancó el visor, terminó de acomodarse sobre la roca salvadora, apagó su lámpara y se desvaneció.

V

Llevaba cerca de tres horas atrapado y con seguridad las chicas lo estarían dando por muerto. Estaba adolorido, el cuerpo le pesaba y sentía la humedad asfixiante del aire que no circulaba.

Encendió su linterna para ver el lugar. Estaba sentado en una especie de terraza, una caverna con forma de cuchillo de hoja ancha. Para llegar a la laguna debía agacharse y clavarse a través de una grieta baja y larga como boca de tiburón. Por ahí salió del agua. Calculó que la grieta tendría sesenta centímetros de alto, bajo el agua se veía más alta, quizá por eso se golpeó la cabeza al impulsarse con fuerza para escapar de la laguna.

Convencido de que en el lugar no existía otra salida apagó la luz de su lámpara, ahora sí tendría qué ahorrar todos los recursos posibles. Con la mano derecha apoyada sobre la pared de la grieta recorrió el lugar. Calculó quince metros de largo y, si acaso, tres metros en la parte ancha. El lado angosto terminaba en una punta sumergida en el agua.

La humedad lo asfixiaba, pensó que de ser un lugar cerrado el oxígeno se le terminaría en algún momento y el resultado sería más o menos el mismo a quedarse sin oxígeno bajo el agua. Encendió la luz para calcular la altura del techo. Estimó más de dos metros en la parte más alta que descendía hasta menos de un metro en la zona del fondo

de la caverna, aunque ahí descubrió otra grieta pegada a la pared que lo llevaba hacia arriba hasta perderse en la oscuridad.

«Al menos no tendré que preocuparme por seguir respirando», pensó. Tenía frío y aun así sudaba, igual que las paredes que humedecían el ambiente. Fue consciente de su sed y sintió el primer amago de hambre. Por eso se recostó sobre el piso, con los ojos cerrados bebió agua hasta empapuzarse para engañar un rato el vacío del estómago.

A oscuras buscó acomodo en uno de los rincones apoyando la espalda sobre el ángulo formado por las paredes, era el lugar más alejado del agua. Seguía sudando, se quitó la chaqueta y entonces el frío de la pared le enfrió la espalda. No le importó. Dobló las piernas, se abrazó a ellas e intentó esconder la cara entre sus brazos cruzados.

Así estuvo un largo rato, sin moverse ni pensar, concentrado en su respiración y tratando de esquivar la realidad. Cada movimiento suyo era delatado por herir el silencio de la caverna. Gritó, lanzó un aullido que le devolvió el eco de la bóveda de piedra. Prefirió estar en silencio y pensar en su respiración, como alguna vez le dijeron que meditaban los budistas, de ese modo, supuso, vencería el frío y el miedo.

Dos horas después vio la hora, consideró que el tiempo avanzaba con paso lento de nonagenario. Decidió no volver a checar el reloj, ocultarse los minutos transcurridos para no desalentar a su paciencia. Sin embargo, después de un rato de estar dando vueltas por el espacio seco de la caverna buscó de nuevo las manecillas blancas fluorescentes que marcaban las dos y media; sólo habían trascurrido treinta minutos desde la última vez, treinta minutos que le parecieron una eternidad.

Siguió pendiente del andar del tiempo, al principio buscaba su muñeca izquierda cada media hora, pero después fue cada quince minutos, hasta que dieron las cuatro y cuarto. Calculó llevar siete horas de encierro y creyó tener fiebre. Supuso que era un resfrío porque reconoció los síntomas, o al menos se los imaginó con bastante realismo.

—Un resfrío nunca viene bien —murmuró—. No hay desgracia que venga bien. Tengo miedo; hambre, miedo y frío. Miedo y sueño; miedo y miedo y más miedo que cualquier otro miedo que haya sentido en mi pinche vida... debe ser porque este es miedo a la muerte y miedo a sentir el dolor que te lleva a la muerte.

Se quitó el traje de buzo, acomodó el tanque y la lámpara sobre la pared del fondo, con el resto hizo una especie de almohada, se acostó sobre la roca y volvió a dormirse.

Lo despertó el sonido del carrete con el hilo de vida rodando hacia la laguna. Sorprendido encendió la lámpara y apenas tuvo tiempo para alcanzarlo con la yema de los dedos antes de que se sumergiera en la oscuridad del agua, aunque una fuerza más firme que la de gravedad desenrolló un tramo de la cuerda y lo sacó del suave contacto de su mano. Entonces sí cayó al agua, sin pensarlo se lanzó tras él a recuperarlo y encontrar «qué mierda lo está jalando». Su mano lo alcanzó en pocos segundos, en cuanto lo sostuvo con fuerza sintió dos tirones sólidos, a los que él respondió con dos tirones similares en intensidad. Le respondieron con tres tirones que a su vez devolvió. Comprendió que el hilo de vida no se había roto, que las dos chicas del otro lado de la caverna lo encontraron y a través de esos tirones se daban cuenta de que él se mantenía con vida.

A la emoción inicial siguió el desencanto, vio que habían transcurrido doce horas desde que quedó atrapado y ellas aún no iban a pedir ayuda. «Con estas pinches viejas tan cabeza dura no saldré pronto de aquí», pensó abatido.

Le dolía el cuerpo. Tal vez fuera la adrenalina. O quizá era el miedo. Cualquiera de los dos, en exceso, bajan las defensas. Y el resfrío parecía estar ganando terreno. Además, el último chapuzón no le sentó bien. Salió del agua temblando e intentó secarse empujando las gotas de agua con la mano. Recordó su hambre y no supo qué era peor, tener el

estómago vacío o el frío en la piel intentando colarse hacia los huesos. Se hizo bolita, amarró el hilo de vida a uno de sus tobillos e intentó volver a dormir. El sueño sería su escape en lo que llegaban a rescatarlo. No pudo dormir. Los ojos cerrados o abiertos le daban lo mismo, la oscuridad lo invadía por todos lados. La soledad lo llevó a recuperar recuerdos olvidados, novias perdidas, mujeres de paso, sus padres, la oficina en días de fiesta, su infancia, el miedo a las sombras, el olor de la cocina de su abuela, las bromas de la prepa, su llegada a la ciudad y, sin preámbulos, lo encaró con su miedo a morir de inanición enterrado vivo en esa tumba de agua y piedra.

Cambió el rumbo de sus pensamientos, no era momento para darse por vencido, para pensar en quedar atrapado, para suponer el fracaso de los trabajos de rescate que todavía no iniciaban. «La cuestión más importante, pensó, está en esperar un par de días tan tranquilo como sea posible en lo que viene la ayuda».

—Claro —dijo en voz alta—, siempre y cuando a la pendeja de la Chaparra y a la bruta de la Gorda se les haya ocurrido salir a pedir ayuda, y no se queden a terminar de buscar bichos pensando que ya entregué el cuerpo. Ni modo, eso me saco por venir con gente pendeja. Bien lo dijo aquel cabrón, “espéranos, no seas necio”, y acá estoy, atrapado por necio. Cuando salga lo que se va a reír de mí, ¿de dónde saqué que con ellas no pasaría nada? ¡Viejas pendejas! Lo peor no está sólo en que haya sucedido esto, sino que además de seguro siguen acá. Yo creo que ya no están acá —se consoló—, ya debieron salir; aunque con lo egoístas que son las mujeres, capaz se quedaron a terminar de coleccionar sus bichos, total, si me creían muerto, avisar en ese momento o diez horas después les daba lo mismo, ¿no es cierto?, hasta que a una de ellas se le ocurrió buscar el hilo de vida y así se enteraron que todavía estoy, que todavía existo. Ahora deben estar por salir de la caverna. Quiero suponer. O ya les falta poco. Y mañana empezaré a escuchar cómo sacan las piedras y

abren ese hoyo para que yo salga. Por un hoyo vine al mundo y por otro saldré de nuevo a él. Mañana van a venir por mí y en un par de días estaré comiendo unos tacos al pastor y listo, adiós hambre, adiós experiencia de mierda, y adiós espeleología».

VI

1º de mayo

Despertó cuando su reloj marcaba las seis. Serían las seis de la mañana de un nuevo día y él estaba por cumplir sus primeras veinticuatro horas atrapado. Con no poca pesadumbre se acostó a tomar agua, eso fue minutos antes de que perdiera la paciencia, brincara insultando a las dos mujeres, pateando el aire, golpeando el agua y las paredes de la caverna y bramando su rabia, porque volvió a sentir que lo llamaban desde el otro lado jalando el hilo de vida amarrado a su tobillo.

—¡Pinches putas!, pendejas buenas para nada —balbuceó furioso—. Todavía siguen acá las muy cabronas.

Maldijo su decisión de seguirlas en ese viaje de locos, de entrar a la caverna a buscar su suerte, de intentar vencer un miedo del que nadie se enteraría si él no lo mencionaba. Enojado golpeó las paredes ahora con los puños cerrados hasta lastimarse los nudillos, y las siguió golpeando con las palmas abiertas, cacheteándolas como consideró que deberían cachetearlo a él, el inconsciente, el inmaduro, el perfecto idiota que cayó en una trampa que se puso a sí mismo.

Recordó que de niño con sus amigos se ponían a preguntarse qué muertes le resultaban aterradoras, y él solía decir que las de morir quemado o cayendo al vacío con un paracaídas sin abrir. También le daba miedo la posibilidad de ahogarse, aunque no tanto como las dos primeras. Otros temían ser atropellados por un tráiler, caer ensartados en varillas,

electrocutados, aplastados por un derrumbe, con la garganta entubada en un hospital o por la mordida de un perro con rabia, pero nadie mencionó nunca la de atrapado vivo y sano en una caverna.

Con el cuerpo frío quedó de rodillas y sosteniéndose con sus manos apoyadas en el suelo, sin moverse, el rostro desencajado, viendo una película prospectiva del final que le esperaba en ese encierro y que su cerebro le presentó sin compasión ni ambigüedades.

Decidió calmarse, relajar el espíritu, concentrarse en no adelantar juicios ni intentar adivinar el futuro. No podía dejarse llevar por la desesperación porque enloquecería. Su presente era lo único con lo que podía contar, concluyó, y trataría de mantenerse vivo en lo que llegaba el equipo de salvamento, el auxilio, la ayuda.

—Una ayuda que seguro va a llegar —se dijo en voz alta—. Tarde o temprano va a llegar, quizá más tarde que temprano, pero aquí va a estar, y esta aventura servirá para coronar los anecdóticos contados entre cervezas. Me ayudará a conquistar mujeres a la hora del postre. Voy a ser recordado como el que sobrevivió a un derrumbe en una caverna. Va a llegar, estoy seguro, la ayuda va a llegar.

Cerró los ojos, lamiéndose la sangre de las manos se acomodó en el suelo e intentó no pensar en otra cosa que el ritmo de su respiración, para así recobrar la calma y ayudarse a pasar el tiempo.

VII

Sentado en el suelo se recargó sobre una de las paredes deseando no pensar, disolver su conciencia en el agua, acallar su cerebro. Mientras se lamía las heridas, pensó cómo acariciarse también el ánimo, sacarse el frío del desconsuelo; y pensó en Dios

—Tú no existes —dijo—, pero si salgo vivo de esta madre, prometo creer en ti.

Le pesaba el estómago, aunque no había comido desde que entró a la caverna traía los desechos de los últimos alimentos. Buscó el rincón más alejado del agua y de cuclillas descargó el vientre. Cuando terminó encendió la linterna para buscar con qué cubrir su excremento.

—Voy a tardar horas para juntar la tierra con qué cubrir mi caca —dijo en voz alta.

Antes se acercó al agua y tratando de que ésta resbalara lejos de la laguna, si es que un metro podría significar algún lejos, con los dedos formó una cuchara llena de líquido para lavarse el ano.

No tardó tanto como imaginó en formar un montón de tierra suficiente para cubrir sus heces. Siguió trabajando en formar otros montones y así pensar en cosas distintas a la desesperante espera de sus socorristas.

«¿Y si el que jaló el hilo de vida no fue alguna de las mujeres?, meditó, ¿y si ya estaban trabajando en sacarme, pero lejos del agujero. Con los sonidos opacados por el agua no los escuché?»

Era improbable. Difícilmente habría llegado tan pronto un equipo de rescate. Además, algún movimiento notaría, al menos el sonido de una burbuja subiendo, y en el silencio de la caverna, donde se escuchaba al agua chocar contra la orilla, su respiración y hasta cuando movía las piernas, una burbuja habría llamado su atención.

«¿Y si fueron los nervios los que no me dejaron escuchar?»

Se colocó el visor y la lámpara y se clavó en el agua a explorar la grieta. Él podía bajar cuatro metros sin escafandra, incluso dejó la chaqueta para cubrirse con ella al salir del agua. El posible resfrío no se iba, estaba acechando la mínima oportunidad para desarrollarse. Prefería tener a la mano algo seco para cuando subiera. Abajo todo seguía igual. No vio movimientos o haces de luz que indicaran el inicio de los trabajos de rescate. Puso atención en el hilo de vida, se perdía en la oscuridad de las rocas amontonadas, que incluso se le antojaba que no dejaron resquicio por donde pasara la cuerda. No obstante, en algún punto cruzaba hacia el otro lado, estaba seguro, a menos que haya sido su imaginación la que le jugó la broma, o que un animal hubiera sido su interlocutor en ese telegrama subacuático.

«No puede ser un animal, a esta profundidad bajo tierra no viven ni murciélagos, si acaso algunos bichos pequeños, incapaces de jalar una cuerda».

Jaló el hilo de vida para esperar alguna respuesta que no llegó, o no de inmediato, sintió el tirón mientras ascendía a la superficie. Descendió a darle un nuevo jalón a la cuerda, la respuesta llegó rápida. Era una buena señal. ¿Lo era? O sus dos compañeras de viaje seguían ahí, esperando ayuda divina. El reloj marcaba las cuatro en punto, serían las cuatro de la tarde del día siguiente al que quedó atrapado. El recuadro de la fecha tenía el número treinta y uno, era el último día del mes de abril ¿O era necesario adelantarlo como se hace con todos los meses que terminan en treinta? No recordaba cuantos días tiene abril. Pensaría más

tarde en ello, o mejor aún, al salir checaría el calendario en su celular y asunto terminado.

Decidió volver a sumergirse, ahora con el cuchillo en la mano; en una de esas y con mover unas cuantas rocas se terminaba su encierro. No le fue fácil permanecer bajo el agua, menos lograr sacar alguna piedra de las que estorbaban el camino dentro de la grieta. Salió a buscar aire y descanso. La falta de alimento empezó a mellar su cuerpo, una golosina, unos tragos de coca o una dona azucarada le habrían venido bien en ese momento. El estómago le protestó, no con un movimiento de tripas, sino con un dolor punzante. Dudó en tomar más agua. Mejor descansaría un rato, el equipo de rescate no tardaría en llegar y algún alimento podrían pasarle.

Dos horas después se sumergió con el cuchillo en mano. Esa tercera ocasión aguantó más tiempo bajo el agua y aún soportó otras dos inmersiones. Apenas fue capaz de sacar dos piedras pequeñas y algo de tierra empujando a oscuras entre la grieta con la hoja del arma. Creyó que sería un avance.

«¿Y si provoco otra migración rocosa?», se preguntó. Supuso que su situación empeoraría. Sin embargo, estuvo dispuesto a correr el riesgo.

—A mí no me derrota un pinche bache —se dijo en voz alta—, claro que estar atrapado en una caverna es un bachezote, un cráter, una tumba, un agujero debajo de la tierra lleno de agua. Ni eso no va a detenerme, no va a detener a un hombre como yo, yo sé bregar contracorriente, y cuando vengan a liberarme ya voy a estar fuera.

Intentó visualizarse saliendo de la grieta. Se imaginó cómo piedra tras piedra se reabría el espacio para que él escapara. Se concentró en invocar a las fuerzas del universo para que un nuevo derrumbe le abriera la puerta de salida.

Pero los pensamientos positivos no ayudan mucho cuando se dedican a chocar contra la realidad.

Durante las siguientes horas intentó descansar, recuperar fuerzas para volver a sumergirse y seguir escarbando. Las heridas en los nudillos comenzaron a sangrarle, el brazo derecho dejó de responderle por el cansancio, y decidió seguir intentándolo con la mano izquierda. Con ella no tenía la misma habilidad que con la derecha y, adormecida por un ejercicio desacostumbrado, soltó el cuchillo.

Esa no era una situación que lo detendría, abriría de nuevo la grieta así fuera con las uñas.

En castigo a su debilidad, metió la mano izquierda y se hirió la yema de los dedos intentando sacar una piedra del tamaño de una manzana.

Tampoco eso pudo.

Con las dos manos lastimadas, agotado de sus esfuerzos inútiles, derrotado por sus fracasos, subió a dormir un rato que se convirtió en varias horas.

VIII

2 de mayo

Despertó cuando su reloj marcaba las nueve ¿De la noche? No lo tenía claro. La fecha ya había cambiado al número uno, así que podría ser las nueve de la mañana de un nuevo día. Recordó haber despertado varias veces entre sueños. Soñó con la Chaparrita, desnuda y burlándose de él. Recordaba que le echó en cara su impotencia.

También soñó a una bruja volando en círculos y riéndose de él que se aferraba a las piernas de su papá. Recordó que, durante muchos años, en las noches de fiebre de su infancia, tuvo ese sueño repetitivo: una bruja igual a la del dibujo en la caja de colores de la escuela volaba a su alrededor con el probable deseo de llevárselo. Intentó olvidar esos sueños vividos casi como reales para concentrarse en su presente.

Observó el reloj con detenimiento, eran las nueve y quince, con toda seguridad las nueve y quince de la mañana; cuarenta y ocho horas de encierro. En unas horas más haría contacto con quienes llegaran a rescatarlo y su aventura estaría concluida. Ya no debían andar muy lejos, sino es que se estaban preparando para su primera inmersión.

Por unos segundos le bajó la sangre de la cabeza tan sólo de imaginarse que no llegarían a sacarlo de su encierro. Sintió que se debilitaba al punto de tener que acostarse para no caer desmayado.

¿Y si no llegaban por él? Respiró hondo antes de zambullirse en el agua; seguiría intentando reabrir la grieta. Ahora alternaba el esfuerzo

entre las dos manos que, con movimientos bruscos, trataban de abrirse camino escarbando polvo y quitando pequeños guijarros alrededor de la manzana de piedra, y cuando creyó que sería imposible sacarla, con un jalón de la mano derecha la tuvo entre sus manos.

Se equivocó en la forma. Palpándola en la oscuridad notó que más parecía una pera. O una calabaza. En cualquier caso, con la parte ancha clavada hacia adentro.

—Tantas pinches horas y qué logre sacar, una mini madre, casi nada —protestó.

A ese ritmo no saldría de la caverna, al menos no por sus propios medios. Suspiró desanimado y lanzó la roca al fondo de la laguna. El plosh al hender el agua, el eco de la caverna, el frío, el miedo y la auto-compasión lo hicieron llorar.

«El equipo de rescate debe traer picos y palas, pensó, aunque también van a necesitar algunos pilotes para apuntalar el techo en el espacio que vayan abriendo, si no, puede haber un derrumbe mayor, y entonces todo su esfuerzo valdrá madres, capaz hasta me dejan encerrado para siempre».

¿Y si no llegaban?

Volvió a sumergirse en el agua a seguir escarbando, descubrió que podía meter casi todo su antebrazo por la abertura de la grieta. Calculó que el sacar la roca amplió el agujero por donde pasaba el hilo de vida y metió la mano izquierda en ese espacio para sentir hasta dónde llegaba.

Fue un error, pues cuando le faltó el aire e intentó sacar la mano ésta se atoró por el reloj. En ese momento creyó que ya no tendría la energía para luchar por sacar la mano a la fuerza o para romper el extensible, ni aire para jugar con su muñeca hasta poder liberarse.

Empezó a tragar agua, hizo un esfuerzo convulso por jalar su brazo apoyándose con las piernas sobre la pared, sólo sintió cómo se le encajaba el reloj en la carne de la muñeca y que sus pulmones lo oprimían pidiendo aire.

Decidió darse por vencido, dejarse ganar por las circunstancias,
decirle adiós a la angustia, al dolor y al frío.

Entonces encontró paz.

IX

—¿Cuánto tiempo llevas buceando? —le preguntó la Chaparrita.

—Empecé en la universidad, cuando me metí al equipo de espeleología.

—¡Híjole!, entonces tiene un chorro de tiempo.

—No tanto.

—¿Unos diez años?

—Tal vez más, diez años tiene que salí de la universidad. Quizá son doce, o trece.

—Pues eso es mucho tiempo.

La Chaparrita tenía razón. Era más de una década. Desde su graduación se dedicó a deambular por distintos lugares, haciendo de todo y de nada, en cada ocasión intentando escalar niveles de importancia personal.

Con cuánta envidia veía en ese entonces a ejecutivos y funcionarios de gobierno, trajeados, con autos nuevos, plumas de lujo y mujeres preciosas. Lo que él no sabía ni se imaginaba era lo del estrés que provoca infartos, lo de las úlceras gástricas por comer a cualquier hora y lo primero que se atravesara en la calle, lo de soportar a quienes haya que soportar arriba suyo a quienes toda humillación o zalema se les hace poca. Él debió instruirse en esos puntos por su cuenta y a marchas forzadas. Aprendió a tragar sapos, a esperar a que al caca grande se le ocurriera cuál era la hora

de irse a descansar, a recibir y cumplir órdenes estúpidas concebidas en las limitadas mentes de personas estólicas.

También aprendió que su vida productiva, para ser exitosa, debería vivirla entre las paredes del lugar donde trabajara, rodeado de sujetos dispuestos a pasar sobre quien fuera con tal de mejorar posición y sueldo en la chamba, con jefes midiendo lo efectivo del personal respecto a la cantidad de caprichos que estuvieran dispuestos a cumplirles, y para cumplirles debían dedicarles la vida.

—Una vez, uno de mis jefes me habló a las cinco de la mañana, ¿cómo ves?, y todo porque andaba preocupado por unos papeles que no encontró en su escritorio.

—Lo hubieras mandado directito a chingar a su madre —le respondió la Chaparrita.

—No es fácil mandar a la chingada a un jefe —le explicó él—, podía despedirme y yo tengo deudas, si me corren, ¿cómo pago las letras del auto, y la casa, y las tarjetas? A ver, dime, ¿cómo viviría sin la lana que me da mi trabajo?

—Eso no necesariamente es vivir bien —le dijo la Chaparrita—. Además, ni novia tienes, y a ti solito con poco te alcanza para irla pasando.

—No tengo tiempo ni para mí, menos para otra persona. Si te fijas, ninguna mujer te acepta si no tienes cómo mantenerla, y después vienen los niños y hay que pagar colegiaturas, ropa, pediatras. Todo eso se compra con dinero, ¿no haciéndote pendejo en tu casa!

La Chaparrita se tomó su tiempo para reflexionar antes de contestarle:

—Será como dices, pero no creo que disfrutes vivir como vives.

—Entonces, según tú, ¿cómo debería manejar mi vida? —preguntó él. —Si quieres disfrutar la vida, debes tener lo mejor y tener lo mejor cuesta, ¿en serio no lo entiendes?

La Chaparrita no lo entendió. Se lo notó en la cara de disgusto, casi se podría decir de asco. Se dijo que la Chaparrita no sabía nada de la vida y prefirió cambiar el tema. Tampoco le iba a decir que las únicas mujeres que pasaban por su vida eran las pagadas, las que por una hora de compañía le cobraban una cantidad convenida desde horas antes al teléfono, y una vez terminado el servicio, adiós, sin rencores ni esperanzas de reencuentros o reclamos de falta de amor. Esas eran ventajas que él agradecía que existieran. Las mujeres de la vida real le resultaban complicadas y le requerían un tiempo que no siempre tenía. Y él no estaba para adquirir nuevas complicaciones, bastante era con las que le embutían en la oficina.

Por supuesto que lo intentó con otras, las que lo hacían por el puro y sano placer de encamarse con alguien. Ellas también lanzaban el anzuelo para pescar una relación. La otra desventaja estaba en que en cuanto terminaba, en cuanto se vaciaba dentro de ellas, en cuanto se le acababa la lujuria, quería darse una ducha, vestirse y llegar a su cama en su casa a ver su tele, pero las mujeres no, hasta la que menos interés mostró en él pedía palabras cariñosas: «dime que me quieres», «chinga tu madre» respondía mentalmente al tiempo que sonriendo le decía «claro que te quiero, si eres divina».

Fue con ellas que comprendió lo que significaba “coger a la fuerza”. Con las otras, con las pagadas, no era necesario ni el espectáculo del romance ni la falacia de jugar al amor. La relación era distinta, más amena. Sí sólo podía subírseles una vez, hasta se lo agradecían con una gran sonrisa.

«Tal vez saber que pagaba las horas acostado con una desconocida era lo que me hacía más llevadero contratar prostitutas que salir con conocidas. Al tratarse de dos desconocidos podía escuchar historias distintas, con seguridad me contaban puras mentiras, pero distintas, y a mis oídos eran historias nuevas. En cambio, con las otras, no había nada nuevo que contar o escuchar».

Fue en esos encuentros que entendió aquel chiste de que los hombres pueden experimentar la eternidad en esta vida, al soportar los minutos que transcurren entre que se eyacula en una mujer que no les importa y se despiden para irse a descansar a su casa.

O al menos creyó entenderlo, pues el destino lo haría cambiar de opinión, porque minutos largos de veras, son los que vives bajo el agua, cuando tus pulmones no tienen aire, estás tragando agua y no puedes salir a la superficie gracias a que tu mano se atoró en una grieta mientras te encontrabas buceando a cuatro metros de profundidad.

X

Se dio por vencido, decidió terminar con el sufrimiento. Su cuerpo empezó a hundirse, quedó colgado del brazo izquierdo. Al borde de la inconciencia, la mano resbaló de su trampa y lo dejó libre.

¿Valía la pena seguir luchando o aprovechaba la ocasión para sumergirse al final de su incertidumbre en la oscuridad del fondo? Fue el miedo lo que lo empujó hacia arriba, a la oscuridad de la caverna. Creyó agotadas sus reservas de energía, sin embargo le quedaba un poco, apenas lo suficiente para llegar a la superficie y salir antes de caer jadeante sobre la terraza de roca.

Vomitó agua y se arrastró hasta tocar pared, como si de esa manera pudiera alejarse de la muerte que acarició. Cuando pudo recuperar el aliento se recostó y cerró los ojos para intentar dormir.

—Dormir, dormir, dormir, así pasará el tiempo más rápido, y no habrá hambre, ni frío, ni miedo. Dormir, dormir, dormir, dormir...

Pensó en sus padres. ¿Les habrán avisado que está atrapado? Sabe que ellos no lo darán por muerto hasta ver su cadáver, lo creen fuerte, de mente, de espíritu y de cuerpo. «Emiliano resiste todo», le oyó decir a su mamá cuando lo internaron por un accidente en moto. Los médicos dijeron que estaba en coma, pero él podía escuchar: oyó los rezos de su familia, a las enfermeras hablando de termómetros y sondas, a su papá sollozando a su lado. Su madre tuvo razón, salió del coma y en pocas

semanas ya estaba de vuelta en la universidad. ¿Estará rezando otra vez por él?

—¡Putra madre! —gritó enojado—, si los rezos abrieran grietas ya me habría puesto de rodillas frente a esta pared y me cae de madres que la habría tirado. Dios, si existes, sácame vivo de este pinche agujero.

Imaginó su velorio, el cortejo fúnebre, el entierro en el panteón de su pueblo. «Claro, siempre y cuando logren sacar mi cuerpo. De otro modo la despedida me la darán quienes puedan escalar hasta la boca de la caverna a dejar veladoras y flores».

Volvió a preguntarse si ya le habrán avisado a su familia. Él sabe que su hermano, el que le sigue en edad, de ser necesario moverá al mundo hasta que un equipo de rescate llegue a sacarlo de su encierro. Le gusta escucharlo decir: «métele la verga a quien tengas que metérsela, y no se la saques hasta que te dé lo que le pidas».

Para aplicar su máxima, antes debe saber que su hermano está en problemas, y debe estar dispuesto a jugarse la suerte por él.

Recordar a su hermano lo hace sonreír. Es su opuesto físico: bajo de estatura parece más bajo aún por su cuerpo rechoncho, con una panza que parece querer escapar entre los botones de la camisa, no le gusta rasurarse, mantiene una pelea permanente con el peine y suele andar la mayor parte del tiempo con huaraches.

—Sí lo va a hacer —se repite—, él me va a sacar de este encierro de mierda.

En su situación sólo tiene dos opciones, creer o reventar, y opta por la primera.

Piensa en la oficina, en los pendientes en su escritorio, en su jefe. ¿Le habrán avisado que quedó atrapado? Cuando salga de la caverna va a tener que justificar su ausencia. Él necesita ese trabajo y desea mantenerlo. Arruga la cara por la preocupación, teme que algún insensato sin alma aproveche ese momento para quitarle el puesto.

—Sería un acto de carroñeros—murmuró—, aunque poco y nada les importa la opinión de los demás a esos hijos de la chingada.

Decide no preocuparse por el trabajo, asume que no puede pasar mucho tiempo encerrado y que al salir todo seguirá igual. Aparte de que su jefe no le ofrecería de buenas a primeras su lugar a otra persona, no porque él sea imprescindible, sino por la confianza que su posición requiere.

Se durmió pensando en su familia y con ellos soñó.

XI

3 de mayo

Lo despertó el hambre. Ya no tenía síntomas de resfriado. En su lugar apareció un leve dolor de cabeza que fue en aumento. Aunque no quería, debió beber más agua para calmar su apetito. Estaba cansado de orinar constantemente y, cómo no orinar, si había bebido grandes cantidades de agua durante esos dos días. ¿Dos días llevaba adentro? ¿O ya era el tercero? Era el tercer día. Buscó el reloj en la muñeca vacía.

Entendió que debía bajar por el reloj y el cuchillo.

La necesidad de sumergirse le provocó la sensación de tener un vaho oscuro y denso atorado entre el esófago y la garganta. Era la angustia que llegó para estacionarse en él y su vida de atrapado.

Recordó su equipo de buceo. El cilindro tendría oxígeno al menos para dos horas más y con él podría tocar el fondo de la laguna sin problemas. ¿Por qué lo olvidó? Se lo atribuyó al cansancio, y al hambre le atribuyó que le pesara el cilindro en el modo que le estaba pesando.

Sintió que el agua fría le laceraba la piel como si estuviera llena de pequeñas agujas dispuestas a metérsele por los poros, hacerlo tiritar y castañear los dientes. Pensó salir de inmediato y acomodarse en la terraza de piedra, pero esa ya no era una opción. Se colocó la máscara, encendió la linterna y descendió tan rápido como le fue posible.

Pronto llegó al fondo, calculó que serían unos quince metros, incluso menos. Con la luz encendida le fue fácil encontrar la hoja del cuchillo

cubierto por una fina capa de sedimento terroso. Decidió aprovechar para recorrer el perímetro en lo profundo de la laguna, buscar entradas y salidas de agua. Esa era una opción de escape que hasta ese momento no había considerado, aunque también podrían significar caminos que lo sumergieran a trampas naturales más complicadas que la actual. Triste, concluyó que, si el agua entraba a través del suelo, lo haría entre grietas de pocos centímetros de ancho.

Con el cuchillo en la mano pudo sacar su reloj del hueco de la caverna. Intentó ver la hora y la fecha bajo el agua. No pudo. Mientras ascendía descubrió la mica resquebrajada; con seguridad la rompió cuando luchaba por sacar la mano del agujero.

Ya en la terraza de roca vio que la manecilla más pequeña quedó varada en el nueve, y la grande se movía a su antojo por los números restantes. La fecha se atascó en algún punto entre el uno y el dos.

—Sólo era un reloj —dijo consolándose—, además ni ayuda mucho. Al contrario, es de la chingada esperar contando las horas. Fue lo mejor, así llegarán cuando tengan que llegar y abrirán la grieta cuando tengan que reabrirla.

«El reloj me estaba volviendo loco. No era posible seguir con él, era mi mayor tormento. Así al menos podré consolarme con estar vivo, sin pensar en las horas que vienen, en las que se fueron, en las que en una de esas ya no llegan. Sería una suerte que ya no vinieran, que desapareciera todo esto, aunque yo me fuera con ello. Lo que mata es la conciencia de saber que se está vivo, si al menos pudiera desconectar el cerebro. Sólo era un reloj. Pero me va a hacer falta. Sólo era un reloj, sólo era un reloj, sólo era un reloj que me va hacer falta, aunque diga que no lo necesito».

Enredó el hilo de vida a su tobillo y se acostó a dormir.

XII

—¿Te acuerdas de mí? ¿De la vez que nos perdimos en las calles de Madrid, cuando creíamos en las almas gemelas? ¿O ya te olvidaste? En serio pensé que estaríamos juntos para siempre. Tú decías que el siempre no existe, que lo único seguro, además de la muerte, es nuestro poco control sobre lo que te trae el tiempo.

«Nos conocimos en un restaurante. Estabas bellísima. Sonreías, gesticulabas e incluso enseñaste los dientes como un perro rabioso, todo lo observé, ¡todo!, lo que pediste de comer, lo que bebías, lo que fumabas y cómo de repente también clavabas tu mirada en mí y te arrepentías de haberme visto y roja de vergüenza o de coraje luchabas por no voltear de nuevo hacia mí y pediste la cuenta y pagaste y te fuiste precipitada olvidando en el respaldo tu sweater azul y el mesero lo tomó para llevártelo y yo se lo arrebaté y corrí hacia ti y te llamé y te pregunté tu nombre y esa tarde tomamos un café juntos, pero desde la hora de la comida ya había empezado a enamorarme de ti.

»Cuando volví a mi país no te atreviste a detenerme. Tampoco yo me atreví a quedarme. Era mejor de lejos, alguno tendría que renunciar a su mundo para seguir con el otro, y ninguno estuvo dispuesto a eso.

»¿Te habrás olvidado de mí? Hay días que creo que ya te olvidé. Luego reapareces guapa, lejana, difusa, cariñosa, caliente, evasiva, lujuriosa, de mal humor, junto a mí, acompañándonos. Estabas a doce horas

de vuelo de mi vida. Y yo estuve a un trauma de infancia de comprometerme contigo. No sirve vivir en pareja. Te lo digo yo. Y es que tienes razón, en nuestro caso se puede constatar que el siempre no existe. Es mentira, una ilusión, y las ilusiones muertas se pudren y pudren tu vida si no las alejas. Por eso me alejé, para que la ilusión siguiera viva, para no terminar odiándote como te odié al escucharte decir por teléfono que no valía la pena continuar, que mejor cada quien en su país, cada quien con su familia, cada quien sufriendo el final de lejos, pues total, a lo lejos las cosas siempre resultan más sencillas. El siempre no existe.

»Meses después supe que deseabas matarte. “Está hundida en la depresión”, me explicaron. Supe que a los seis meses de que nos separamos concluiste que vivir como vivías no valía la pena. Supe que te cortaste las venas acostada en tu recámara. Supe que te encontraron a los tres días y eso porque no respondiste al llamado del portero del edificio y él se preocupó. “Es un chusma”, me explicaste alguna vez. Fue ese chusma el que abrió la puerta y llamó a la policía. ¿Por qué no llamó a la Cruz Roja? “Porque se veía rápido que estaba muerta; la sangre seca, el cuerpo hinchado, el olor. Estaba muerta y así no hay ambulancia que quiera levantar a nadie, aunque fuera una mujer bella, no importa que los paramédicos hubieran deseado tirársela unos días antes, en ese momento era cadáver, un bulto humano de frialdad y pestilencia”.

»Me enteré por un correo electrónico. Fueron un par de frases sin compasión tecleadas por tu madre como para quitarse la responsabilidad. Un mail que empezaba diciendo “no sé si todavía te interese, pero...”, luego tu nombre, el presente de verbo estar y el sustantivo que anuncia la ausencia de vida. Muerta.

»¿Sabes? Creo que pronto volveremos a estar juntos. ¿Podrás reconocerme? ¿Habrá un lugar ahí en la muerte donde nos reencontremos? Nadie pudo ocupar tú lugar, sigue vacío. No lo guarde con celo para ti,

debo ser honesto, sólo ocurrió la mayor de las simplezas, no hubo quien tuviera las caderas ni el carácter para ocuparlo. Y desde que tú no entras en mi cama, no ha habido peor soledad que la que he sentido acompañado por conocidas que se convierten en extrañas.

»¿Te vas a acordar de mí cuando me veas?»

XIII

4 de mayo

Cuando subió con el reloj en la mano y el cuchillo colgado en la cintura percibió un movimiento a la orilla del agua. «Quizá fue mi imaginación, mi deseo de ver algo o a alguien, una onda de agua que signifique un resquicio para salir de este agujero».

Se acostó a dormir, pero despertó dispuesto a averiguar qué provocó ese movimiento. Tiempo perdido no era, sino tiempo ganado a la aburrición de la espera eterna, o al menos una espera de apariencia ilimitada. Eso sí, tendría que zambullirse de nuevo en el agua fría que le lastimaba la piel y lo acosaba por cada poro de su cuerpo.

Sentía como si se le hubiera posado sobre la espalda la pesadez de la montaña, el cuerpo se desplazaba lento, informándole a cada momento sus ganas de seguir acostado y no moverse mucho. Aunque el dolor de cabeza menguó todavía estaba presente, igual que el frío húmedo. A eso lo sentía por todos lados, clavándole sus espinas, recordándole que seguía vivo. Se recostó bocabajo sobre la terraza y encendió la luz. En esa posición recorrió la orilla con la mirada, no encontró nada digno de ser visto.

Decidió dejar de buscar, supuso que había sido una broma de su imaginación o alguna burbuja de aire rebotando, «que las burbujas no rebotan, pensó, las ondas que provocan sí, o al menos generan movimientos».

Aprovechó la luz para echarle un vistazo a la caverna, calculó que la laguna media unos treinta metros de fondo, era angosta comparada con la

de afuera. Así que su encierro tenía treinta y dos o treinta y tres metros de largo por quince de anchura, la laguna se hundía unos diez metros, además estaba su espacio, donde él descansaba, ahí habría dos metros de altura sobre roca firme y, por supuesto, la grieta en la pared del fondo que se elevaba hasta una altura que no podía ver.

Volvió a ver movimiento en el agua, fueron apenas vibraciones mínimas que generaron un par de pequeñas burbujas. Midió la distancia entre su posición y la zona donde creyó que se había generado el movimiento. Calculó cuántos pasos debía dar para llegar de manera precisa a ese espacio pegado a la orilla de la laguna y cerca de la pared derecha. Apagó la luz y, tratando de no hacer ruido, se acercó a ese lugar.

Se sumergió con el cuchillo en la mano y cuando estuvo bajo de la superficie encendió la linterna. Ahí descubrió el origen del movimiento, era un cangrejo café de unos ocho centímetros de ancho. Con la hoja del cuchillo lo sacó de su escondrijo para lanzarlo hacia la terraza. En un primer momento el cangrejo pareció haber muerto por el golpe, sin embargo, en cuanto Emiliano salió del agua y le apuntó con la luz, el crustáceo se incorporó y caminando de lado corrió hacia el agua. Él se interpuso en su camino para hacerlo retroceder con una suave y rápida patada. Entonces el cangrejo se colocó delante de él con las tenazas en alto, dispuesto a defenderse.

Quedaron frente a frente, como dos samuráis esperando el primer movimiento del otro. Sintió compasión por el animal, incluso lo vio como a un igual, solo y encerrado en la caverna, sobreviviendo de beber agua, tal vez de comer pequeños bichos, olvidado de sus semejantes, cansado del frío, de la oscuridad y el abandono.

El cangrejo bajó las tenazas, como si hubiera adivinado los pensamientos del hombre. Emiliano acercó despacio un dedo para colocarlo sobre la coraza del animal. Se sorprendió de que el cangrejo aceptara el contacto y hasta pareció acomodarse en el suelo para recibir la caricia.

No le cupo duda, el cangrejo también estaba sufriendo de soledad, seguramente desde mucho antes de que él quedara atrapado en la caverna. ¿Podrían acompañarse? Por principio de cuentas se diría que sí, él ya sabía dónde encontrarlo, así que lo devolvería a su sitio y cada tanto lo sacaría para estar juntos un rato.

Ahora que, repensando las cosas, concluyó que se sentiría bastante ridículo hablando con un cangrejo, incluso imaginó la cara de sus socorristas cuando lo encontraran con un animal de esos como mascota. Le preguntarían por qué no aprovechó para comérselo, sólo podría encoger los hombros a modo de un «no sé», pues estaba seguro de que pocos entenderían cuánta necesidad siente un hombre solo, con muchas probabilidades de morir enterrado vivo, de otro ser que aun sin ser racional le regale su compañía.

Consideró que a pesar de no haber cumplido cuatro días encerrado, alejado de la luz del sol, apartado de los seres humanos, olvidado de la dimensión del tiempo, ya se podía vislumbrar los comienzos de su locura. Tendría que luchar por mantenerse cuerdo, debería ocuparse no sólo de comer, respirar y evitar morir aplastado, sino que además tendría que dedicarle tiempo a no olvidarse de quién es para no enloquecer.

Recordó a otras personas que también quedaron atrapadas. No todos salieron tan fuera de sus cabales como podría suponerse, al menos no de manera evidente. Quienes iban en grupos se hicieron compañía y así el encierro les resultó más fácil de soportar. A otros el trauma les duró lustros. En todos los casos, los sobrevivientes se declaraban lúcidos y aseguraban que estarían locos si intentaban volver a practicar aquello que casi les quita la vida.

Se imaginó a los socorristas entrando a la caverna, saliendo a la superficie y diciéndole «qué bueno que estás bien, pero... el cangrejo te pudo haber alimentado».

—Tienen razón —dijo en voz alta—. Pudo ser mi comida.

Y antes de que terminara de encariñarse de su nuevo camarada cerró el puño y de un golpe lo despedazó para después devorarlo. Incluso comió el caparazón y las pinzas que desquebrajó con una roca.

XIV

El vacío que sintió en la caverna le recordaba los vacíos que vivía los domingos en la tarde. La sensación de soledad era parecida, lo que hablaba no de la comodidad de la caverna, sino de la pesadumbre y congoja que le provocaban los domingos.

Lo común era que un domingo cualquiera, después de dormir hasta tarde para recuperarse del cansancio de la semana, viera la tele un rato y saliera a comprar comida para comer a solas, viendo carreras de autos, fútbol americano o alguna película, según su ánimo y la temporada. Luego venía el silencio de la tarde, cuando no se escuchaba más que el viento merodeando entre las ramas de los árboles.

No había amigos a quienes llamar e ir al cine solo no le gustaba, porque se sentía más solo que en la soledad de su casa. Al menos ahí no se podía comparar con los que sí iban acompañados.

Por eso volvió a la espeleología, para tener alguna diversión que lo alejara de su realidad cotidiana, hacer un poco de ejercicio, conocer personas y estar acompañado los fines de semana.

Con los años creyó aprender a disfrutar su vida ermitaña. Al menos eso le decía a quien le cuestionaba su alejamiento del mundo, tema abordado no porque les importara, sino porque hablaba tanto de su soledad que formular la pregunta era casi obligatorio.

Su vida hasta ese momento, concluyó bajo la digestión de un cangrejo crudo, no había avanzado más de lo que podría haber avanzado en una cueva fría y oscura. Su rumbo sin destino, el cansancio crónico, los nervios alterados, las horas extras eternas, las cuentas en el banco, todo lo acumulado le servía para un carajo a la hora de querer recordar emociones agradables ¿Cuándo fue la última vez que se carcajeó hasta dolerle el estómago? Seguro tenía más de diez años.

Pensó en la española. En que junto a ella enterraron parte de su entusiasmo por la vida, pero incluso a ella la dejó por su carrera, por miedo a perder en su patria un mundo que desde varios años atrás ya no era suyo.

Quiso creer que junto a ella los domingos no habrían sido aburridos, y no es que creyera en los romances idílicos sin disgustos ni peleas. «Junto a ella, pensó, los domingos no habrían sido tan solitarios».

Recordó que en ocasiones prefería no tenerla cerca. Le daba coraje escuchar su voz, verla aparecer por la puerta le revolvía el estómago, sentir su olor era nauseabundo. Aún así, esas sensaciones pasaban, como también pasaron las risas, los gritos de entusiasmo, los viajes juntos, los más, más, más, que le gritaba al oído cuando arremetía con su sexo adentro de ella, y los gritos que parecían alaridos de dolor en el instante en que juntos llegaban al orgasmo.

Recordó la casa donde ahora vive, a la señora que desde hace cinco años realiza el aseo tres veces por semana y a quien sólo ha visto en dos ocasiones: cuando la contrató y un sábado que ella llegó a entregarle el cambio de unos recibos que pagó a su nombre. El resto del tiempo se comunicaba con ella por medio de mensajes escritos y por teléfono. Su casa tenía la limpieza y el orden de las casas vacías de vida.

También le vino a la mente su perro. Razonó que fue bueno dejarlo en la veterinaria, si no ya estaría tan hambriento como su amo, porque la señora del aseo tenía la orden de no darle de comer, sólo él podía alimentarlo, sólo a él podía reconocerlo como amo. ¿Al menos lo extrañaría su

perro? Seguramente no, casi no lo ve, era poco más que un extraño que lo alimenta y lo acaricia no más de cinco minutos por día. Incluso, si la casa tuviera sentidos, por ejemplo, el de la vista, no se daría cuenta de su ausencia. Comprendió que tan cara le salía la soledad que debía matar su alma trabajando para poder pagarla, y al final no le alcanzaba ni para una ilusión que valiera la pena.

Todo empezó cuando volvió de España, con el corazón vomitando rencor contra aquella que no lo quiso seguir. Él le mostraría lo que se perdió por no haber ido detrás suyo. «No era con dinero con lo que la ibas a convencer de venirse contigo», le dijo su madre. Su pobre madre. A su edad queriendo opinar sobre las relaciones de jóvenes que no podría comprender, además, si no logró entender la suya en sus treinta y tantos años de casada, ¿cómo pretendía opinar sobre las relaciones de los demás?

No se volvió a enamorar. ¿Para qué buscar el amor?, si había logrado que fuera lejano, opaco, y el recuerdo le resultaba urticante. Se alejó de su familia, apenas conoció a sus sobrinos y siguió avanzando de a poco en su ascenso profesional, en el acumular lo que esperaba llegara a ser riqueza y, aunque se sabía lejos, tenía la seguridad de que tarde o temprano también tendría poder, «¡cómo chingados no!»

Pero como la española murió no podría ver lo que él había logrado. Aunque a veces la española era tan exigente que la imaginaba diciéndole «todavía es poco».

Le dolió enterarse de que una prostituta podía ganar mejor que él. «Claro que el precio por ganar más es alto», se auto consoló, aunque a su modo, y eso lo aceptó en la caverna, él también se prostituía. La diferencia radicaba en que ellas se asumen como seres dispuestos a ganarse el sustento con el cuerpo desnudo y recibiendo un objeto físico en el interior, y él, que entregaba mente, energía y tiempo podría creerse superior a ellas por no entregar el físico, o por no vender lo que de facto regalaba,

pues, aunque fuera a un nivel simbólico, a veces también sentía tenerla adentro.

¿Pudo haber construido otra vida? ¿Debió haber roto las barreras que impuso con su ego al contacto con los demás? No lo podría responder, al menos no en ese momento. Lo que sí era cierto es que de haber aprendido a lidiar de verdad con su vida solitaria no habría necesitado entrarle a la espeleología, y de haber sido capaz de vencer sus miedos más profundos probablemente estaría siguiendo a su mujer con un carrito de supermercado, cambiando pañales en la recámara, o de plano recostado en un hombro aprendiendo a reírse de las minucias de la vida, y no aguantándose el frío y la humedad de la caverna y los punzones de dolor que le provocaron los bocados de cangrejo crudo.

No supo si fue lo crudo del cangrejo o el hambre incesante lo que le provocó dolor de cabeza. Sintió también el cuerpo pidiéndole glucosa, anunciando la presión alta que se acompañaba por palpitaciones aceleradas e incontrolables en esfuerzos mínimos como pararse.

¿Y si tenía que volver a bucear?

Tendría que hacerlo, con toda seguridad, y con toda seguridad también el cuerpo recurriría a sus almacenes naturales de energía para sobrevivir.

Deseó que su cuerpo le ayudara a seguir vivo, aunque fuera para soportar el silencio de la soledad, aunque fuera para seguir aburriéndose en lo que llegaba la ayuda, aunque fuera para entender qué tan insoporrible se puede volver la existencia de una persona atrapada en una cueva oscura con la muerte bailando sobre sus hombros.

XV

5 de mayo

Era la primera vez que Emiliano pasaba hambre. Vivió en un lugar pequeño, entre pocas comodidades, y su familia padeció frecuentes descalabros económicos, como le ocurrió a la mayoría de las familias tercermundistas que vivieron las crisis económicas de las últimas décadas del siglo, pero al menos él y sus hermanos siempre tuvieron comida en la mesa. En ocasiones había menos carne y más tortillas, o en lugar de bajarse el desayuno con el vaso de leche matutino, tenían que ceñirse a una taza de café con leche rellena de galletas de animalitos. Pequeñeces a las que un niño apenas ponía atención, porque la importancia de la vida pasaba por otros lados: los juegos, la escuela, cortar fruta de los árboles, ir al río, explorar montañas, comprar una liga nueva para el tirapiédras, ser campeón de fútbol.

Él creció y vivió sin comprender por qué algunas personas se abrían paso a codazos para atiborrarse de comida cuando ésta era gratis, y de paso servían sus platos como si ese fuera el último alimento que consumirían en sus vidas. En esas ocasiones se mantenía al margen de la grotesca lucha por llegar a las charolas de comida, prefería quedarse sin comer y llegar a su casa a satisfacer su apetito a tener que entrarle a la lucha por la gula.

Se sorprendía también de ver a otros que, con una capacidad económica en ascenso, viniendo de la pobreza vencían la ignorancia y la rudeza en los modos, pero parecían incapaces de olvidar lo que fue el

hambre, y también comían con desesperación hasta dejar el plato limpio, como si le hubieran pasado la lengua. En conclusión, él no se enteró sino hasta quedar atrapado en una caverna, de qué se trata eso de tener hambre.

El cangrejo resultó ser un bocado contraproducente. Agudizó su hambre, le movió el tripero que ahora pedía más, que no le daba un momento de sosiego, que no lo dejaba ni dormir. Cerrar los ojos se convirtió en un martirio, porque le dolían por dentro y porque la mente aprovechaba esos instantes para llevarle escenas dolorosas en sus circunstancias. Por ejemplo, veía un cordero asándose a las brasas, un plato de tacos de chicharrón con salsa de tomate, camarones empanizados o tarros de cerveza sudando de fríos.

Volvió a beber agua. Se llenó, se empanzó, tragó algunos guijarros y un poco de tierra. Recordó un sismo que ocurrió en la capital cuando era niño.

En esa ocasión en que familias enteras quedaron bajo los escombros, se supo de personas que debieron beber su propia orina para sobrevivir. Incluso un amigo le contó que uno de sus primos, vencido por el hambre, decidió comer su excremento, y de esa manera sobrevivió en lo que llegaban a rescatarlo. Prefirió quitarse de la mente esa imagen, echarse otro bocado de guijarros y a modo de pastillas pasárselos con el agua.

—Como las gallinas —dijo en voz alta y sonrió.

Recordó que las gallinas también son capaces de comer su propio excremento y que en su pueblo, algunos campesinos les daban de comer caca de vaca, con el argumento de que la vaca no digiere toda la pastura y el excremento podría ser aprovechado por las ave.

—Pero que un humano coma su propio excremento —murmuró—, se debe estar enfermo de la cabeza, o de plano tener demasiada hambre; de seguro el primo de mi cuate estaba loco, pendejamente loco —arrastró las palabras.

Él tenía mucha hambre y no había pensado en echarse un plato de su excremento, y eso que lo tenía a la mano, lo que —según él— demostraba su lucidez mental.

«Quizá cubierta con un poco de polvo», pensó mientras se acercaba gateando al lugar donde defecó. Aun así difícilmente se salvaría de una infección intestinal. Sintió el impulso de vomitar al percibir la cercanía del olor fétido de sus heces. «La dificultad no está en acercarse al excremento, concluyó mientras intentaba dominar las arcadas y el lagrimeo de asco, sino en acercarse sabiendo que pretendes comértelo».

Con la boca y la garganta abierta tragó aire varias veces para vencer su repulsión y acercó su rostro al excremento, para ver cómo se comportaba su cuerpo ante la cercanía de aquel desecho que estaba por convertirse en alimento.

Por poco vomita sobre su futura comida, lo que le multiplicaría la dificultad para alimentarse con lo que alguna vez estuvo dentro suyo. Razonó que bajo ninguna circunstancia podría darle una mordida a esa masa fétida, la idea de tener excremento entre dientes y muelas lo asqueaba sobre manera. La única vía posible, concluyó, consistiría en lanzar bolitas de excremento hacia la garganta, e intentar tragarlas mientras ponía la mente en blanco, en negro, o en el color que se dejara.

Sentado en el suelo, apoyando parte de su peso sobre los brazos estirados descansó de sus ideas coprófagas. De súbito y sin darle tiempo al cerebro a reaccionar, —pretendiendo, que con esa acción se sorprendería a sí mismo—, con los dedos índice y pulgar de la mano derecha tomó un trozo de su excremento pastoso, en el camino hacia su boca pretendió formar una bolita e intentó lanzarla directo a su garganta.

A oscuras la mano no se acercó lo suficiente a su rostro o lo hizo con el rumbo equivocado; el excremento le pegó entre el labio superior y los dientes, en conjunto la nariz y lengua alcanzaron a percibir esa sus-

tancia que la mente calificó de inmediato como asquerosa y nauseabunda, y le provocó un vómito que le sacó los ácidos del hambre.

Cansado por el esfuerzo que le implicó vomitar regresó a sentarse en su lugar lejos de su excremento y de su vómito, a reponerse del mal momento, a volver a llenar su estómago con agua y guijarros, a olvidarse de lo que estuvo a punto de comer.

Decidió dejar lo de alimentarse con excremento para otra ocasión, cuando tuviera tanta hambre que necesitara arrastrarse en lugar de caminar, y cuando su mente estuviera a tal grado obnubilada que le pediría comer lo que fuera, así se tratará de guijarros, tierra o sus propias heces.

XVI

6 de mayo

Despertó al sentir el cosquilleo de unas patitas caminando por su espalda, avanzaron hacia el hombro y llegaron hasta el cuello de donde lanzó al bicho con un manotazo. Encendió la linterna y descubrió seis cucarachas. Una estaba en el suelo, la que él arrojó, otra se le acercaba caminando sobre la pared y las cuatro restantes se alimentaban del excremento que no cubrió.

Una por una cazó a las cucarachas y las fue matando de un golpe con el dorso de la mano cerrada. Escuchó tronar su caparazón, e incluso la última desparramó su interior en el suelo rocoso. Las acomodó en fila como si se tratara de una morgue. Tomó el cuerpo de la primera, apagó la luz de la linterna, le dio una zambullida al cuerpo del bicho y con agua escurriendo entre sus dedos se la metió en la boca.

Quiso tragarla, engullirla evitando pasar sus patas por el paladar y sentir su sabor nauseabundo restregándose por la lengua, nomás que no pudo. Debió masticarla, partirla en dos con sus molares, sentir cómo crujía dentro de su boca y después la deslizó por la garganta, con la cara arrugada y pensando que, si entre las patas llevaban bacterias de su excremento, pronto tendría una infección intestinal en ese lugar alejado de doctores y medicamentos.

Dejó de pensar en las cucarachas, evadió el momento, se fue con su mente a la universidad, viendo al equipo de fútbol americano ganar

el campeonato de la Liga Mayor. Así se comió la segunda cucaracha, pensando en la carrera que dio alrededor de la cancha como si él hubiera sido un jugador del equipo.

La tercera cucaracha fue tan difícil de tragar como la primera; no lograba vencer su asco y pensó en su mierda al descubierto. Si había juntado la tierra para cubrirla, ¿por qué no la cubrió? Porque se acostumbró al olor. Después del partido siguió una borrachera memorable, ahí se hizo novio de la flaquita con la que duró apenas un par de semanas.

No cubrió su propia caca porque después no volvió a defecar y es que como los nenes que si no comen no ven la televisión, en ese caso si no tragas no cagas. Aprovechó esos desrayes mentales para tragarse la cuarta y la quinta cucaracha.

La sexta ya fue fácil, y en verdad deseó que hubiera media docena más con tal de calmar un poco el hambre.

Iba a cubrir el excremento. Antes pensó que si atrajo a seis cucarachas, quizá podría atraer a otros bichos y, comestibles o no, él se los iba a despachar sin tentarse el alma ni andar haciendo remilgos.

Bebió largos sorbos de agua, así se ayudó a pasar el sabor a cartón viejo. Después se recostó, encogió las piernas, acomodó la cabeza sobre las manos juntas y volvió a dormir.

XVII

—Mamá, ven a dormir conmigo.

—Acuéstate y cállate, por favor.

—Es que siempre que llega tarde mi papá te pega, y no quiero que te pegue.

—No tiene porqué pegarme, no he hecho nada malo, ¿o sí?

—Igual te pega, por favor, mamita, ven acá, acuéstate acá conmigo.

En la calle escuchó el eco de unos pasos familiares. Eran los de su esposo.

—Por favor, mamita, ya viene, escucha como silba, es mi papá, te va a pegar, no quiero que te pegue, mamita... por favor, vente a dormir conmigo.

Ella subió al hijo a la cama, con aparente calma lo cubrió con una cobija gruesa y rasposa y le dio un beso en la frente. Escuchó la llave deslizándose en la chapa, el suave girar de los goznes de la puerta, los pies entrando a la casa y la puerta que se cerraba. Vio pasar hacia su cuarto la sombra de su esposo y hasta creyó que tal vez el niño tuviera razón y estando junto a él pudiera evitar la golpiza de esa noche.

Al salir del cuarto de sus hijos sintió que la tomaban de los cabellos para estrellarle el rostro contra la pared, pudo evitar el golpe amortiguando el choque con las dos manos, cruzó los brazos para evitar el segundo choque, sólo que entonces el ataque fue con el puño a los riñones.

Se desvaneció. Escuchó que la llamaba «puta» y que preguntaba de dónde venía. Quiso responder que de ver a los niños, antes de decir «ver» recibió varias patadas. Lloró. La luz del cuarto de los niños está encendida, por eso grita «déjame».

—Déjame, mis güevos —escuchó la respuesta.

Ocupada en observar la cortina del cuarto descuidó la guardia y el esposo aprovechó para patearla en el estómago. Ahí le dolió más, le terminó de sacar el aire, la hizo sentir que los ojos se le escapaban, la obligó a colocarse cara abajo, doblada, con la boca abierta intentando respirar y con las rodillas en el suelo, ofreciendo el culo como blanco para recibir el castigo inmerecido. Sólo sintió una patada más, ¿sólo?, si sólo no debía recibir nada. Vio la cortina moviéndose, escuchó un quejido de su esposo y presintió a su hijo de nueve años intentando detener a su padre.

El niño le había clavado medio cuchillo en la antepierna. El esposo se desenterró el arma. Sangrante, furioso, cojeando, se fue sobre el chamacco para castigarlo. El niño corrió hacia atrás, llorando, con las manos al frente intentando parecer garras, garras de gato tierno, garras inútiles para defenderse. El papá lo agarró de los cabellos, lo zarandeó por toda la sala y lo lanzó contra el suelo de cemento.

—¡Vas a aprender a respetarme, hijo de tu chingada madre! —le dijo mientras se sacaba el cinturón—. ¡Vas a saber quien putas manda en esta casa, cabroncito!

Al acercarse al niño la punzada en la pierna le encrespó la rabia.

—No sea puto, cabrón, aguántese la chinga, muy chingón para clavar pinches navajitas, ¿no?

Dirigió la hebilla hacia el rostro de su hijo, pero aquél se cubrió y el golpe laceró la piel de los brazos del niño.

—Aguántese, puto, ¿qué?, ¿muy chingoncito para defender a su madre?

Después al papá le cayó la oscuridad.

Cuando recobró la conciencia, el padre borracho se descubrió en un hospital de paredes y ventanas sucias, cubierto con hilachas de sábanas y un vendaje en la cabeza que además le cubría parte del ojo derecho. Acostado boca abajo intentó moverse; un dolor profundo en la espalda se lo impidió. Entendió que la tenía lastimada e incluso recordó la cuchillada en la pierna, se la tocó. Palpó una gasa cubriéndole la herida.

Estaba solo, gritó varias veces pidiendo ayuda, hasta que escuchó una voz de mujer que chilló hacia fuera.

—No se preocupen, ¡es el puto marido golpeador!

La mujer que entró a la habitación iba con un vestido celeste percudido, le sacudió la pierna herida y le dijo:

—Tenemos a pacientes más graves que usted, así que se va a portar bien y va a esperar al doctor.

—Me duele.

—Claro que le duele, a ver si así se le quita lo pendejo y deja de golpear a su esposa.

—¡Váyase a la chingada!

Error. La mano de la enfermera arrancó de un tirón la gasa de la pierna herida y le dejó caer un chorro de alcohol.

—¡No se mueva!, que tiene fisuras en el cráneo y todavía se puede morir.

—¿Qué me pasó? —preguntó con un tono resignado.

—Parece que estaba entretenido en pegarle a su hijo, cuando su mujer le rompió la cabeza con una coa.

—La espalda, me duele mucho.

—Claro, ahí también le dieron, y por las heridas, pa' mí que le dieron directito con el filo de la coa.

¿Su mujer le pegó? Imposible, ella no tiene iniciativa, no tiene el valor para enfrentársele, no tiene güevos.

—¿Quién me hizo esto?

—Pos su mujer —le respondió la enfermera riéndose. —Pendejo...

—Ese fue el remedio para que mi papá dejara de pegarle a mi mamá —le contó a la española—. En ese entonces él tomaba mucho, era un hombre que se olvidó de sí mismo. Volvió del hospital calladito. Cambió mucho a partir de eso, y si se emborrachaba prefería dormirse en la puerta que entrar a la casa. Eso sí, durante años mis papás apenas y se dirigieron la palabra, fue hasta hace poco que se volvieron a amigar. De ahí, se llevaban de la chingada.

«Me acuerdo que desde esa época decidí no casarme nunca: las bodas o amarres eternos no iban conmigo. Imaginaba que el matrimonio era como respirar el aire encerrado y caliente del medio día en una casa de lámina, sin puertas ni ventanas y colocada bajo el sol entre las dunas del desierto; eso es lo que veía en mi casa, un aire caliente insoportable, soporífero, que no sé cómo aguantaron mis papás. Ellos dicen que lo hicieron por nosotros, para que no creyéramos a la buena de Dios, que si esa era la buena, habría que ver la mala.

»Aquel que no conociera la historia de nuestra familia habría apostado a que éramos felices, y yo creo que los niños sí lo éramos, sólo la pasábamos mal cuando teníamos que convivir con mis papás. Ni modo, aguantábamos verles esa cara agria con la que las personas infelices van por la vida. La diferencia estaba en que nosotros sabíamos que ellos no eran ni amargados de naturaleza ni tristes de nacimiento, sino que se amargaban por estar juntos, aunque de paso, por momentos nos contagiaban su amargura y el deseo de estar en cualquier otro lado menos en la casa.

»Después mi papá dejó de beber. No sólo eso, sino que se dedicó a vender tequila en una tiendita que puso a la entrada de la casa. ¿Cómo ves?, un ex borracho vendiendo licor. Muchos pensamos que iba a quebrar porque él se encargaría de despacharse su propia mercancía. Pero no, se portó bien y no bebió ni un caballito de su vendimia.

»Cuando le preguntaban cómo logró renunciar al vicio, contestaba: «me convencí de no volver a beber». Así de simple, sin grandes cuestionamientos espirituales ni probaditas para ir dejando el licor de a poco, sólo se convenció de dejar de beber. Por eso cuando alguien dice «estoy convencido de esto» o «me estoy autoconvenciendo», pienso que en realidad están desvalorizando lo que significa «estar convencido», porque quien se convence de algo lo hace de manera total y tajante, sin mirar atrás, como mi papá, que no volvió a beber el resto de su vida.

»Él sí estaba convencido».

XVIII

7 de mayo

Despertó porque sintió el hilo de vida jalándolo del tobillo. Tardó en reaccionar y en devolver el jalón. ¿Qué sentido tenía? No necesitaba señales, sino que lo sacaran de estar oliendo su mierda y comiendo cucarachas con las patas embarradas de su propio excremento, que lo quitaran del frío, la oscuridad, la soledad y el silencio.

El segundo tirón fue más enérgico. Estaba débil, no tanto como para no poder jalar con cierta firmeza una cuerda, sino débil para buscar en su interior el ánimo que lo impulsara a responder.

Se sumergió.

Bajo el agua jaló la cuerda y no encontró la acostumbrada resistencia del otro lado del muro. Volvió a jalarla y esta vez la cuerda cedió varios centímetros. «¿Se habrá roto o se zafó del otro lado?», pensó, ¿y si la rompieron quienes llegaron a trabajar en su rescate? Jaló el hilo y éste volvió a ceder varios centímetros, indicándole que del otro lado ya no había amarre que lo detuviera. Entonces se dio cuenta que por sí solo, el hilo de vida siguió saliendo, como si el agujero lo vomitara milímetro a milímetro.

Ofuscado jaló la delgada cuerda y tras la cuerda descubrió unos treinta centímetros de varilla, que a su vez arrastraba una bolsa de celofán transparente, algo así como un popote pero cinco veces más ancho. Con cuidado sacó el popote completo que a su vez traía en la parte posterior otra varilla parecida a la primera.

Subió a la superficie rocosa, iluminó el popote y no dejó pasar un segundo entre que descubrió una hilera de cacahuates, pastillas y bolitas de miel apretujadas y se los llevó a la boca.

Masticó despacio, sabía que no debía apurarse después de tanto tiempo de estar sin comer. Se le hizo eterno contar las diez veces que se impuso masticar cada par de cacahuates antes de meterse otros dos. Las pastillas tenían un sabor desagradable y las bolitas de miel seguramente le ayudarían a recuperar energía.

Descansó un rato después de comer lo que llevaba el popote. Se le hizo increíble que el esfuerzo de bucear, sumado a la emoción y a ese escueto ejercicio digestivo le hubiera provocado taquicardia.

Sentado en el suelo apoyó su espalda en la pared y empezó a jugar con la varilla. Aún tenía amarrado a un extremo el hilo de vida. Se lo iba a quitar. ¿Y si esa varilla era la única que traían para comunicarse con él? ¿Y si se quedaba de nuevo incomunicado por no pensar con un poco de frialdad? Claro, a quién se le ocurre pedirle frialdad a un secuestrado de la caverna, a un olvidado de los hombres encerrado decenas de metros bajo tierra, debilitado por el hambre, que ignoraba si era de día o de noche, tal vez con hipotermia, y por si eso no fuera poco, atragantándose la angustia de saber que sus socorristas estaban ahí e incluso habían comenzado a pasarle alimentos, pero no se atrevían a liberarlo de su encierro.

Debía devolverles la varilla, ingeniárselas para que la tuvieran de nuevo en sus manos, hacerles ver que a pesar del tiempo pasado y de las carencias todavía tenía un poco de cacumen en su atolondrada mente.

Al llegar a la grieta descubrió una pequeña argolla en el extremo de la otra varilla que atravesaba el agujero oscuro, aseguró las dos varillas y las empujó de regreso, teniendo cuidado en mantener amarrado el hilo de vida.

Salió a tomar aire y volvió a sumergirse para descubrir cómo lentamente la varilladesaparecía, y se imaginó que del otro lado tal vez estaría la Chaparrita.

No podía saber que la Chaparrita ya estaba en su casa, contando la triste aventura que pasó bajo tierra, haciendo alardes de heroína por haber salido viva de una experiencia como esa, de la cual, al menos él, no podía decir lo mismo. La Chaparrita salió desde que él quedó atrapado, fue acompañada por un par de buzos de un grupo de espeleólogos universitarios que llegaron a la laguna de la caverna dos horas después de que la migración rocosa sellara la caverna. Partió dándolo por muerto, pensando que no había de otra, que ya le tocaba, porque si no, las circunstancias se habrían confabulado para que él y el grupo de universitarios coincidieran y entraran juntos. Le tocaba a él, no a ellos, pues si acampan donde él y ellas habían comido la tarde anterior, quizá hubieran entrado juntos y otro fuera el atrapado. U otros.

La Chaparrita, que sí creía en Dios, a él le encomendó el alma de su recién conocido amigo. Salió dispuesta a no volver nunca a esa caverna y a enterarse por terceros o por el noticiero si finalmente Emiliano salía vivo, muerto o lo más probable, quedaba atrapado bajo tierra.

Él no aguantó más tiempo bajo el agua, aunque quería esperar para ver si le enviaban otro popote relleno de alimento debió salir a descansar y sumirse ahora en un sueño provocado, en el que se veía fuera de la caverna, caminando hacia una ambulancia y respirando aire fresco.

XIX

10 de mayo

Aprendió a esperar cinco popotes por vez. En cuanto sentía el jalón de la cuerda amarrada a su tobillo, se sumergía a recibir el primer popote, lo desenganchaba y enviaba el alambre de regreso, subía a dejar el popote de alimentos a la superficie y bajaba de nuevo, hasta que reunía las cinco bolsitas salvadoras.

Consideró que era muy poca comida la que le pasaban, insuficiente incluso para un estómago que durante varios días se fue cerrando por el hambre. Además, visto desde cualquier perspectiva, eso de que le dieran de comer dos veces al día lo que entraba en diez míseros popotes era un despropósito. ¿Serían cuerpos de rescate profesionales los que estaban afuera? ¿Por qué no intentaban entrar? ¿Qué los detenía? ¿Y por qué sólo le enviaban cinco raquíticos popotes cada doce horas, y no al menos unos veinte ya que estaban entrados en esfuerzos y gastos?

El hambre dolorosa se había ido, los dolores de cabeza y las punzadas en el estómago también, así pues, poco había para quejarse. Simplemente quería más comida.

Como le había ocurrido a lo largo de su vida, quería más, y se devanaba entre sueños y estrategias para conseguir ese más, sin importar que por el momento no necesitara sino una sola cosa, salir de esa tumba.

Despertó sobresaltado por un suave dolor en la parte baja del estómago, era la urgencia conocida por quienes han sufrido una diarrea y

necesitan vaciar el vientre. Es el excremento clamando por una salida, la frente sudada y los ojos saltones exploran por un baño cercano. El único baño al cual él podría acceder era el mismo lugar donde defecó la primera vez. Corrió hacia ese espacio, si se le puede decir correr a saltar un par de metros, y de cuclillas aflojó la presión consciente aplicada a su recto.

Estaba enfermo. La diarrea era una muestra de ello. Se tocó la frente, no tenía fiebre ni dolor de espalda, y tampoco volvió a sentir la urgencia de regresar a su inodoro cavernario sino varias horas después. Aunque la segunda ocasión, que fue la tercera desde que ocupaba la caverna, también presentó los síntomas de la diarrea y el olor ácido que dejaban sus heces sugerían daño interno. Si en un principio pensó en una infección, desechó la idea porque su temperatura se mantenía estable. Cubrió sus excrementos con una fina capa de tierra y pensó en la necesidad de enviar un mensaje hacia el otro lado.

No tenía cómo hacerlo ni se le ocurría alguna posibilidad. Debía avisarles que tenía diarrea y su sospecha de que era provocada por los granos de miel; alguna ocasión escuchó decir a su padre que la jalea real, en exceso, afloja el estómago.

Con el cuchillo cortó una delgada tira de su chaqueta de buzo, después con la misma punta del cuchillo escribió la palabra «jalea», enseguida una flecha apuntando a la palabra «diarrea». Esperó fuera entendible, y para evidenciar que era un mensaje, buscó entre el polvo algún guijarro que le permitiera blanquear un poco las hendiduras de las letras en la tira de neopreno. Metió la tira en un popote y durante la siguiente sesión alimenticia, a la hora de devolver el alambre, envió el mensaje a sus socorristas.

Comió y se sentó a esperar, apostándose a que antes le volvería a dar ganas de ir al baño que los del otro lado en contestarle.

Lo triste fue que ganó.

Estaba adelgazando. La falta de alimento lo había hecho perder alguna talla. «Si esta dieta forzada la hubiera llevado antes de entrar a la

caverna, tal vez no estaría atrapado». Gordito, le dijo aquel que le advirtió —que le pidió— que no entrara solo a la caverna. Debió escucharlo. ¿O de cualquier forma estaría atrapado en ese espacio oscuro? ¿Era ese su destino? ¿Se merecía un encierro de esa clase? Pensar que se lo merecía era dar por sentado que estaba pagando deudas de vida, que su encierro más que un error de cálculo era un castigo de las Erinias.

En un rápido recorrido por su vida intentado recordar sus yerros no encontró el origen a esa consecuencia. No se trataba de una justicia celestial intentando cobrar un pecado del pasado, concluyó, estaba ahí debido al temblor que predispuso la migración rocosa, al modo en que forzó su entrada y a su testarudez, a su necedad de querer vencer los miedos metiéndose en trampas mortales.

La vida tampoco podría estarle cobrando la cuchillada a su padre. Lo acuchilló para detenerlo y ya no siguiera golpeando a su mamá. Además, eso fue hace mucho tiempo, e incluso con los años lo platicaron los tres, frente a frente y sin callarse nada, y se perdonaron, fue el final feliz a una historia dejada donde le correspondía, en el pasado.

Yendo adelante en el tiempo, consideró que en los últimos años sí había cometido algunas deshonestidades. Por ejemplo, cobros a personas pobres por trámites burocráticos gratuitos. Lo hizo como lo hacían muchos en el gremio, eran unos pocos pesos más a su cuenta en el banco, no lastimó a nadie ni se manchó las manos con sangre.

—Sólo era dinero —se dijo—. Ganado a la mala, pero dinero al fin, es decir, algo material, un bien que al final se quedará en la tierra, porque al otro lado, si es que existe el otro lado, no nos llevamos ni la mierda.

Si era el dinero ganado a la mala lo que le cobraban con ese encierro, no cabía duda que eran altos los réditos usureros de la justicia divina.

«No eran los billetes, eran las acciones», pensó.

Él nunca supo de dónde salieron los recursos que le llevaron para sobornarlo, o para convencerlo de solucionar situaciones que eran su deber

resolver. Si quienes le daban el dinero para pagar las mensualidades del coche, el enganche de la casa, los trajes nuevos o los viajes a Las Vegas debieron pedir prestado, empeñar su alma, vender el cuerpo o arrastrarse de vergüenza, ese no era su problema.

«Ahora lo es», le respondió su conciencia castigándolo con la culpa por sobre el castigo que era estar sentenciado a muerte, con una fecha de ejecución incierta y atrapado dentro de una caverna.

Percibió la acidez de la angustia en el estómago, la opresión en el pecho por los nervios, un toque eléctrico que le recorría el cuerpo, sensaciones que vivió de niño cuando cometía una falta y sabía que lo habían pescado en flagrancia a la mitad de una travesura, porque entonces el castigo se le antojaba ineludible, cercano, doloroso, aunque en la mayoría de las ocasiones su imaginación presintió un dolor por demás inmenso comparado con el que en la realidad vivió

¿Sería también la muerte menos dolorosa de lo imaginado?

Sospechó que la vida le cobraba con su encierro los sobornos, su corrupción recién estrenada, sus ganas de tener dinero, de ser rico, de hacerse el importante, o como dijera su madre, de ser un “caca grande”.

¿Era eso lo único? ¿O también entraba en la factura el traicionar a las personas que al volver a su país lo reinsertaron en el mundo laboral? Esa pregunta le dolió.

—Fue difícil, pero hay oportunidades que no se deben desaprovechar —se contestó—. ¿O no? Si tienes pruebas de que tu jefe está traicionando a su jefe, de que no entrega todo lo que cobra, de que tu jefe está cavando un hoyo tan grande que de caer se llevara a varios cacas grandes con él, y si esas pruebas se juntan con la ocasión de denunciarlo ante el jefe del jefe, ¿es eso ser desleal?

Pobre de su exjefe, se le vino el mundo encima cuando se enteró de que el pago que le darían por desaparecer del ambiente político burocrático era la libertad de su hija, a la que le armaron un trinquete en su pro-

pia oficina en el Tribunal de Justicia. Una trampa en la que a cambio de unos billetes entregó documentos oficiales; un delito federal, un engaño simple, barato, que no obligó a quien lo planeó a gastarse los sesos, pues la pobre infeliz cayó rápido y se llevó con ella a su padre.

Emiliano quedó en el lugar del exjefe, fue una forma de agradecimiento de su nuevo jefe, quien vio de inmediato que ese muchacho sí le sería fiel. Al menos eso le dijo, aunque los dos sabían que llegó a ese lugar precisamente por una traición.

—Probé que era leal siendo desleal.

Rumió la frase un rato, por lo irónica, por lo apesosa, porque le pesó poco en su momento, aunque ahora encerrado en una caverna reaparecía lastimando su interior, recordando cómo alguna vez la lealtad sí fue uno de sus valores.

El exjefe nunca sospechó de él, se murió preguntándose por qué cayó en desgracia, quién lo señaló ante los caca grandes mayores. Hasta lo invitaba a su casa a tomarse una copita, un café con coñac, una cena para charlar de la vida, de la oficina, de cómo podría regresar a donde estuvo antes, de qué movimientos podía detectar para ayudar a su exjefecito precioso a reencaminar su vida política. Claro que él aceptaba las invitaciones, por supuesto que recibía el coñac, e incluso halagaba a las hijas y a la mujer de su exjefe quien le agradecía que fuera el único amigo que le quedara a su esposo.

—Los demás hasta dicen estar fuera del país con tal de no acercarse a nosotros, como si tuviéramos una enfermedad contagiosa o apestáramos —se quejaba ella.

Lo que ellos no sabían es que él iba en plan de espía, bajo el conocimiento de su nuevo jefe, con la consigna de investigar «si ese cabrón está tramando algún desmadre para jodernos». De haber pensado en un plan, su exjefe no tuvo tiempo para decirlo, mucho menos para armarlo,

amaneció muerto en su cama y junto a su mujer por una falla cardíaca. Ese fue el final de su ambición y de sus preocupaciones.

Él fue al velorio, por supuesto, además cumplió con asistir al entierro, dar el pésame a la viuda y a las hijas y prometer estar a disposición para lo que necesitaran. Aunque después desapareció con la intención de no volver a verlas nunca.

Una tarde su secretaria le dejó un mensaje en el escritorio: la viuda del exjefe lo había llamado. A la mañana siguiente, Emiliano le pidió a la secretaria devolver la llamada explicándole a la señora que por el momento se encontraba fuera del país, dio la instrucción mientras pensaba que el único favor que le podría hacer a esa mujer era encamarse con alguna de sus hijas, porque a ella se le había pasado el tueste y tendría más de una década de haber perdido sus mejores formas.

«Quería cogérmelas por todos lados», pensó en la oscuridad de su encierro, «no sólo como una alegoría, sino meterle la verga real y física a cada una de sus hijas».

La verga la empezó a sentir él. Su nuevo jefe lo tenía a su lado como perro de guerra, como un animal al que se le debe soltar cuando hay problemas. Él respondió como se esperaba, aunque eso de mandar a golpear personas como alguna vez tuvo que hacerlo no le sentaba bien, a pesar de que tener que decirle al oído a algún revoltoso cómo se lo joderían si no acataba instrucciones le revolvía el estómago, con todo y que debió pasar sobre su propio orgullo e ir a cobrar en persona algunas cuentas pendientes con amigos y enemigos a quienes apenas conocía. ¿Y todo para qué? Para recibir algunas migajas, para ser tratado como un sirviente o, mejor dicho, como un perro al que se le acaricia y se le da una croqueta después de realizada una de sus gracias, pero al que se le encierra y se le mantiene a distancia porque puede desconocer al amo y morderle la siniestra con que le alimenta. Ni siquiera le da la diestra, no se lo merece, es desleal, el nuevo jefe lo sabe y no lo olvida. Eso sí, le agradece las aten-

ciones y asume que a su vez él debe estar agradecido por el ascenso, por las monedas que se caen de la mesa, por recibir una caricia en el lomo, porque también tiene chance de hacer algunas trampas, de cobrar favores, de llenar su cartera, aunque sea con morralla.

—Por algo se empieza, chaparrito —le decía el nuevo jefe—. No seas ambicioso y no te me desesperes, ya te llegará tu turno, ¡cómo hijos de la chingada no!

Chaparrito, m'hijo, maestro, pendejo, collón, culero, puto, idiota, mierda, licenciadito, hijo de tu reputa madre, chingonazo, marica, verguita, grandísimo cabrón, piche transa, lameculos, esos fueron los calificativos empleados por el nuevo jefe para referirse a él, y él los aceptó pusilánime, concentrado en permanecer inmutable, sin intentar devolver la ofensa, aparentando que no se referían a su persona.

Le había costado mucho llegar hasta ese lugar como para perderlo en un arranque de ira defendiendo honor y orgullo, consideradas por él pseudovirtudes en tanto que a la hora de pagar las cuentas sirven para un carajo.

Además, saliendo de la oficina del jefe la cosa cambiaba y Emilia no podía darse aires de señor, de caca grande. Ahí desquitaba su rabia sobre los que estaban debajo suyo, y su mayor goce era mostrarse capaz de vencer a los considerados indomables; en cuanto veía alguna insubordinación, una ironía mal disimulada, un intento de deslealtad, el agresor en cuestión veía lo negro de su suerte: su sueldo quincenal no aparecía registrado en nómina, le encargaban tareas absurdas y degradantes, grababan sus llamadas telefónicas, revisaban de sorpresa su computadora para encontrar archivos personales que los incriminaran en supuestas traiciones, y les pedían la renuncia de un día para otro, sin posibilidad de negociar, sin otro pretexto que la pérdida de la confianza, sin darles tiempo a quejarse o demandar porque la amenaza dejaba de ser profesional y se volvía personal, porque entonces no procedería la renuncia sino

acusaciones legales contra el trabajador por delitos no cometidos, aunque respaldados con testigos falsos, compañeros de trabajo apocados que se resolvían a montar el teatro para a su vez no caer en desgracia ante sus ojos, los ojos de él que incluso veían con desconfianza a los que se decían sus amigos y a las que lo buscaban como amante.

En esa oficina él no podía creer en quienes le ofrecieran alguna forma de relación que no fuera la laboral. Si se le acercaban era porque estaban en el mismo ambiente, corrompidos o en proceso de corromperse. Gente detestable, dispuesta a comerse a dentelladas unos a otros con tal de verse lindos ante los ojos del caca grande en turno y ocupar el lugar del funcionario occiso. Eran caníbales impulsados por la codicia, el deseo de poder, las ganas de ascender ¿Ascender? ¿En verdad había ascendido al desplazar a su jefe? Encerrado bajo tierra se dio cuenta de que los despreciaba y se despreciaba a sí mismo porque en su intentona de escalar, en su afán de crecer y tener más, equivocaron el rumbo.

Recordó a cada uno de quienes pretendían ser amistades suyas en la oficina, se vio y los vio compartiendo horas de trabajo, borracheras, viajes y sexo casual, y descubrió que eran personas aborrecibles. De volver a salir al mundo ya no se les acercaría, interpondría una sana distancia, renunciaría a estar con ellos, a seguir codeándose con gente tan repulsiva. Quizá, y sólo quizá, poco a poco podría limpiarse la conciencia y tener un poco de la paz que tuvo en su pueblo, o recostado sobre el pecho de la española. O adentro de la española.

También recordó al personal de la oficina que consideraba timorato y mediocre; los descubrió contentos con su vida, dispuestos a disfrutar los pequeños momentos en familia, a no ofrecer su conciencia ni mucho menos a vender el cuerpo. Ellos al menos no habían perdido la dignidad, evocó cómo se les reía en la cara por lo limitado de su visión de la vida, de su mente tupida, de su desconocimiento de los avances tecnológicos y de las modas. Aunque eso sí, dichosos en su ignorancia.

Era cierto que había infinidad de cosas que ellos desconocían, pero en tanto las desconocieran no podían desearlas y la verdad es que tampoco estaban angustiados por saber de ellas. Les alcanzaba con lo que tenían y eso les era suficiente para vivir contentos. Eran personas libres, con la conciencia tranquila y el alma en su lugar.

En su encierro concluyó que la distancia que interpusieron ante él, disfrazada de respeto, era motivada por el asco que le tenían, por el poco deseo a estar cerca a un tipo vilipendioso, sin valores ni escrúpulos. La sonrisa era lo único que le regalaban como una cortesía mundana, haciendo hincapié en su poca peligrosidad en ese mundo de escualos hambrientos, alejándose de las batallas de egos y poderes, centrándose en el placer de estar vivos, de poder caminar por las calles con libertad después de salir de la oficina, de llevarse a la boca la comida bien ganada, a la buena, sin trampas ni fraudes, sin dolor de huesos del estrés ni noches de mal sueño y soledad.

¿Sería posible que se hubiera ganado ese encierro con esfuerzo?
¿Será que al final de cuentas Dios y su justicia divina sí existían y le estaban cobrando el veneno derramado entre los demás y, sobre todo, dentro de él mismo?

—De existir —dijo en voz alta—, Dios es injusto... pero no existe.

Decidió salir de la caverna para renunciar a su vida anterior, buscarse otro trabajo, acercarse a sus padres, tener novia, amigos que quieran estar con él para compartir la vida, reconciliarse con la familia de su exjefe, o eso no, porque las dosis de verdad a veces dañan y duplican los odios, y él a partir de ese momento no estaba para odios ni rencores.

Esa era la opción por la que se decidía estando en la caverna, tal vez por saber que la muerte lo tenía tomado del hombro, como si fuera un enfermo o un condenado al cadalso. La diferencia estribaba en que al menos los enfermos y los condenados podían despedirse de su familia,

de sus amigos, tenían tiempo para ello, así fuera en la cama de un hospital o entre las paredes de una celda.

Él no, él estaba solo, olvidado de muchos y con más de uno pensando que se lo merecía.

Deseó despedirse, al menos poder decirles a sus padres que allá los espera, aunque no haya un allá, aunque no esté allá la española esperándolo a él.

—Los accidentados no se despiden —se dijo—. Ni los que tienen un infarto, ni los que se mueren con un derrame cerebral, ni los que sin saber por qué reciben un balazo en la cabeza. Sólo que esos se mueren rápido, y no de a poquito, lejos de todos, en el frío y la oscuridad de una cueva.

A él le tocó no poder decir adiós, no poder disculparse, no poder entregar el cuerpo con la conciencia tranquila de saberse libre de pecados y resentimientos.

¿Era el culpable de la muerte de su exjefe? No se trataba tampoco de cargar todas las culpas de lo que pasó a su alrededor. El tipo andaba mal del corazón, ya no era un jovenzuelo, le entraba rico al coñac y con seguridad maldormía pensando en sus problemas, indigesto de los sapos y la mierda que tragaba en la oficina y con la conciencia intranquila. El viejo no era un santo, no sólo le llevaba distancia en años de edad, sino en perjuicios y fechorías contra personas decentes. Su exjefe también merecía morir.

¿También?

Ese también implicaba la aceptación de que él merece la muerte ¿En realidad era para tanto? Hizo cosas buenas, no todo era turbio, no todo era negro. Volvió a sentir frío. Le llegaba por la punta de los pies y, como si se tratara de una legión de hormigas, le subía por el cuerpo hasta enfriarle el pecho, la espalda, la nariz, los ojos, el pelo y los pensamientos.

Pensamientos fríos, eso necesitaba. Reconsiderar su posición en la caverna, encontrar el modo de salir visto que los de afuera no podían ayudarlo. Ya debía haberse acostumbrado al frío, ¿no que los cuerpos se acostumbran a todo? ¿Así sería el frío de la muerte?

Sintió un jalón en su tobillo. Era la cuerda del hilo de vida, eran los de afuera llamándolo a comer.

XX

11 de mayo

Eran dos niños como cualquier otro par de niños indígenas de la Sierra. Con la cara quemada por el frío, la panza inflada de parásitos, descalzos, ropa vieja, acostumbrados a malcomer un día y al día siguiente comer peor y, al igual que los animales que rodean su choza, dispuestos a buscar por sus propios medios cómo subsistir.

El mayor se llamaba Juan, porque así le pusieron a su papá y a su abuelo, y las ganas de trascender se ponen en evidencia precisamente en ponerle el mismo nombre y de ser posible la misma cara al primogénito, por eso es tan importante que el primero sea varón, pues a través de él es que seguirá vivo el padre, el abuelo, el bisabuelo y todos los que lo antecedieron.

La madre, por su lado, bastante tiene con vivir este presente, suficiente sufrimiento carga en los hombros y en los riñones como para además andar pensando en perpetuarse. Por otro lado, ¿para qué perpetuar dolor y sufrimiento? En eso las mujeres de la región son más concientes de su realidad, lo saben y lo charlan entre ellas, tienen claro que éste es su momento. Lo de trascender lo hacen a un lado por tratarse de un asunto de hombres.

A Juan, un hombre hecho y derecho, su esposa le dio el gusto de que su primer hijo fuera “un machito”, como él, y según la madre de Juan, igualito a su propio primogénito cuando fue un recién nacido. Así el niño Juan era la continuidad de los anteriores Juanes y la vida seguía en orden, a pesar de la pobreza, del hambre y del frío.

Después llegó el segundo hijo, a ese lo llamaron Pedro porque nació un veintinueve de junio y conforme al santoral ese nombre le tocaba. Con el tiempo llegaron tres más, dos mujeres y otro varón.

Los dos mayores crecieron acompañando a sus padres en las tareas diarias, comiendo de lo que hubiera y cazando cuanto bicho comestible estuviera al alcance de sus tirapiedras. Solían jugar a las escondidas, a perseguirse y a quedarse callados después de escuchar a su madre lanzar los versos de un pajarito volando volando tiró tres bolitas de caca, una para Juan otra para Pedro, y otra para el que hable más primero, yo puedo hablar porque tengo las llaves de San Pedro. Y aquel que por error o a propósito hablaba se llevaba las burlas y era perseguido para hacerle cosquillas.

Una mañana Juan y Pedro se dieron a la tarea de atrapar un tlacuache. Actividad hartó difícil si se toma en cuenta que el mayor tenía ocho años y el menor apenas iba a pasar los seis. Aún así, armados con valor, el machete y los tirapiedras, siguieron al animal hasta que se metió a su madriguera, una pequeña cueva que se sumergía en un túnel, angosto para dejar pasar a un niño e imposible de atravesar por un adulto.

Hasta ellos llegó el papá Juan advertido por la carrera y los gritos de los niños, fue él quien los instigó a meterse en la madriguera y les dijo cómo hacerlo.

Los niños entraron. Se arrastraron entre el lodo y después resbalaron por una pendiente interna. El mayor intentó detener su desliz clavando los dedos en las paredes del túnel, el menor lo empujó con su peso y los dos terminaron en un pasaje estrecho que en una primera instancia ascendía y luego desembocaba en una pequeña cueva, la cual tenía varias salidas para un tlacuache pero ninguna para una persona, así se tratara de un niño escuálido de cinco años. No había tlacuache que perseguir y lo mejor para atraparlo, dedujeron los niños, sería esperarlo afuera, así pues, optaron por meter reversa y regresar a la superficie. No pudieron.

—¡Si entraron por ahí, por ahí van a salir! —les gritaba el papá.

—¡No puedo, papá, ayúdame!, ¡no puedo!

El papá intentó meter su cuerpo flaco en el túnel, iba pensando en darles una tunda en cuanto los tuviera enfrente, una tunda doble por dejar escapar al tlacuache y por inútiles. Y quizá se las habría dado si hubiera podido acercarse a ellos.

Ideó pasarles una cuerda para arrastrarlos de regreso, así que fue a pedir prestada una con sus vecinos y de paso trajo ayuda y a otros niños más delgados que él para llegar hasta sus hijos.

—Sólo le vas a pasar la reata y esos cabrones que se amarren solos le dijo al primer voluntario.

Después de dos días, catorce voluntarios cada vez más pequeños y más delgados y varias intencionadas diversas, los hijos de Juan seguían atrapados en el fondo de la cueva.

Una televisora local llegó para hacer una nota de la situación, el asunto era bastante morboso, perturbador y hasta podía ser lo suficientemente sangriento como para venderse bien. La televisora transmitió al mediodía la noticia de que dos infantes —que podían ser como cualquiera de los infantes que tenemos en casa— estaban atrapados bajo tierra, esperando ayuda para salir de ese agujero de hambre y frío. Le pedían al público volver la vista a sus hijos, nietos, sobrinos y, de no haberlos, al menos hacia los vecinos, e imaginarse que son ellos los atrapados en esa cueva de lodo.

Con esa fórmula provocaron movimientos en los intestinos, que la piel se erizara, e incluso que se lanzaran algunas lamentaciones en señal de acompañamiento al sufrir de esos andrajosos que si no es por su desgracia quizá nunca conoceríamos, y a quienes les habríamos echado el auto encima en otras circunstancias, por ejemplo, si se nos atravesaran cuando llevamos prisa en nuestro camino al trabajo o a la escuela de los hijos.

No obstante, en este caso la situación era diferente, se les ve con un rostro distinto, porque los de la televisora nos han dicho que veamos el

reflejo de esos niños en nuestros propios niños y, además, nos invitan a participar en el rescate, pues ellos, caritativos como pocos, se han convertido en el micrófono a través del cual los pobres olvidados del mundo pueden gritar su sufrimiento.

En la redacción del noticiero se cuadruplicó el número de llamadas recibidas, habrían roto récord si no es porque se les saturaron las líneas. La nota movió las fibras íntimas de quienes la vieron, algunos sintieron asco. Otros, lástima. Otros las formas elegantes y autoindulgentes de esta última, compasión, piedad y, claro, aparecieron los que vieron la posibilidad de atraer sobre sí los reflectores y los lentes de las cámaras.

Al día siguiente, los pobladores del paraje olvidado donde solían correr Juan y Pedro, fueron sorprendidos por las filas de autos y camiones que aparecieron por la carretera con el objetivo claro de estacionarse en el lugar.

Ni siquiera pudieron entrar todos, así de pequeña era la población, y así de angostas y en tan mal estado encontraron las calles los visitantes que se quejaban de la ausencia de un hotel, de la falta de restaurantes, cajeros automáticos, baños.

—¿¡Cómo se atreven a decir que no hay baños!? —se burló un anciano—. Si empiezan atrás del primer matorral que descubra su vista y de ahí hasta el otro pueblo.

Los casi doscientos habitantes del paraje fueron invadidos por una horda humana, caótica e incontrolable, conformada por personas que esperaban beneficiarse beneficiando a los niños atrapados en el hoyo de fango.

Las cámaras apuntaron a la entrada, a la madriguera, a la choza de los niños, a la madre derramando lágrimas, a la abuela, que aun y cuando no sabía de sus nietos atrapados, fue arrancada de su cama de moribunda para mostrarle al país que estaba terriblemente afectada por la situación.

Convirtieron a las personas en un objeto punzante para promover el dolor en los otros y aumentar puntos de rating que les significaban mayores márgenes de ganancia, al mismo tiempo que se colocaban ellos mismos la aureola de la bondad.

—Ya que estamos acá, me ayudo un poco sacando fotos que puedan servirme en otra ocasión —dijo un reportero—. Hay unos paisajes muy bonitos, de esos que cuando los ves a la distancia te invitan a reflexionar sobre lo efímero y lo frágil de la vida. Total, lo de los pobres chamacos es triste, pero si nos fijamos bien, una cosa no tiene que ver con la otra, ¿no? Este es mi trabajo, y eso estoy haciendo. Sólo eso, mi trabajo.

XXI

13 de mayo

No fue por comida que lo llamaron. Encontró el popote con una hoja de papel enrollada y un delgado bolígrafo de metal. Por fin podría comunicarse con el exterior.

Le dolió encender la lámpara. Tenía miedo de que se le terminara la batería, que se le terminará esa luz intensa que iluminaba su entorno y, aunque al principio le lastimaba la vista acostumbrada a su ambiente oscuro, era un mal menor comparado con la opción de la oscuridad definitiva. En esas condiciones perder la linterna o quedarse sin batería, sería como perder los ojos.

El papel blanco le puso la mente del mismo color. Se había preparado para darle la bienvenida a sus socorristas, para agradecer que lo sacaran de su encierro, no para iniciar una comunicación epistolar, contexto que le dificultaba escribir en tanto le alteraba los nervios por aumentar su sensación de abandono.

Decidió contarles su problema más inmediato, lo que le rondó la cabeza desde el principio y que lo calaba mucho más que el olor nauseabundo de su excremento acumulado. “Tengo miedo de morir”.

Antes de escribirla concluyó que esa era una frase demasiado pesada, capaz de desmoralizar al más entusiasmado de sus socorristas. «Socorristas buenos para nada, caviló, porque si fueran los adecuados, ya

habrían entrado a sacarme en lugar de estar enviando papeles húmedos y bolígrafos pedorros que tal vez ni sirven».

Gracias por estar ahí, esa fue su primera frase, demostración de que al menos el bolígrafo y su sentido de la gratitud funcionaban. Tengo problemas con el alimento, creo que la jalea me afloja el estómago. No vayan a pensar que soy un desagradecido, en serio, gracias por la comida, sólo que me da diarrea, y no sé qué hacer con el olor ni con la cantidad de caca que en cualquier momento escurre al agua. Les pido manden algo que quite la diarrea, y algo para cubrir mi excremento, huele mal, todo huele mal ¿Por qué no entran por mí? Salúdenme a mis papás, avísenle a mi hermano que estoy acá. Su teléfono es el 78 63590. Tengo hambre. Tengo miedo de morir y el abandono sabe a muerte. No me dejen acá adentro.

Se sumergió a devolver el popote y el bolígrafo, lo hizo llorando, como si en lugar de estar enviando un mensaje escrito, se tratara de un amigo muerto al que enterraba en una caverna como la suya. Subió a la superficie desesperado, deseoso de recibir un abrazo de su padre, de sentir cómo con el brazo derecho lo apretujaba contra su pecho mientras con la mano izquierda le acariciaba la cabeza.

A pesar de las veces que pidió escuchar una voz humana o ver el gesto de una persona, fue en ese momento que iba a comunicarse con el exterior cuando sintió el peso de su soledad que le aplastaba el pecho y la garganta hasta asfixiarlo.

El vacío de la caverna se reproducía infinidad de veces en su interior, que creyó hueco, recordándole su vacío de personas, de amor, de entusiasmo, de esperanzas, del estómago, de su existencia; era un vacío que lo engullía hasta marearlo, como si cayera a otro vacío que lo esperaba de brazos abiertos para destrozarlo.

El vacío que de tanto repetirlo perdió significado, un vacío vacuo, vacío de sentido, de sabor, de expresión, de representación, de sentimiento, como lo estaba él y su vida sepultada bajo la tierra y el abandono.

Él y el vacío eran lo mismo.

La luz mortecina de la linterna le recordó su olvido de pedir una pila nueva. En cualquier momento iba a quedarse sin luz, la pediría en el siguiente papel que le pasaran. Dejó de llorar. Comunicarse con los del otro lado fue un avance importante. Imaginó que sería el principio para establecer una estrategia que lo ayudara a salir de manera definitiva de ese agujero.

Y de la espeleología.

XXII

14 de mayo

—Ayúdeme, Licenciado, yo entiendo que lo de los dos niños tá difícil, que tá usted presionado por todos lados, y que la pinche televisión y los periódicos lo andan cazando como si también tuvieran un hijo o un hermano enterrado, pero ándele, póngase en mis zapatos, viera la angustia que se clava re gacho hasta sacar el aire, y es que mi hermano es el más chingón, al qué más quiero de mis hermanos, y no sólo es eso, es que también están mis jefecitos que en cualquier momento se nos mueren de la pena, viera a mi mamacita, ya ni comer quiere, se la pasa reza que reza, poniendo veladoras, buscando espiritistas, ¡todo cuanto se le ocurre! Y no vaya usted a pensar que es teatro, ¡no!, en serio que capaz se muere. Va a ser desgracia triple, porque mi jefecito se va ir tras ella, y pos perder tres familiares de un jalón tá muy feo.

Ándele, póngase en mi lugar. Mi hermano también trabaja en el gobierno, ora sí que es su compañero.

Imáginese levantarse en la mañana, estirar los brazos y acordarse de que tres de los que eran suyos ahora la gente les dice finaditos, mueritos, difuntos. Yo ya me puse en mi lugar y pensé qué voy a hacer si se me mueren los tres. ¡Tá horrible!, se lo juro por Diosito santo.

Sobre todo, lo de mi hermano, la verdad yo lo quiero un chingo a ese cabrón; estoy seguro que si está vivo como usted asegura, ese cabrón tá pensando que acá su hermanito lo va a sacar de ahí, a güevos que lo

va a sacar, vivo o muerto lo va a sacar. Me tiene un chingo de confianza, d'en'serio me tiene fe ese cabroncito, dice que cree más en mí que en Dios, que porque es más fácil que yo le cumpla. Dios lo perdone, ¿verdad?, ¿usted cree mucho en Diosito? ¿No? ¡Qué bueno! Pensé que ya había metido las cuatro patas diciéndole lo mal católico que se volvió mi hermano. Y tiene usted razón, tampoco es pa'ndarlo presumiendo.

¿Entonces qué, mi jefe, vasté mandar más gente pa' sacar a mi hermanito? Ya sé que le está mandando comida, ya me lo dijo usted y le creo, yo nomás pienso que además lo pueden sacar, que debe haber algún aparato o algún ingeniero que sepa cómo abrir el pinche agujero jijo de la reverga ese, no importa la lana, yo la pago, con tal de que saquen vivo a mi hermano yo la pago, y discúlpeme si lloro: ¡Se me sale lo chillón nomás de pensar cómo la estará pasando mi hermanito! Y cómo va a quedar si como dice usted, se le viene encima otra avalancha de piedras.

D'en'serio que no puedo creer que nadie conozca como chingados es por dentro la cueva, que aigan entrado tantos y tantos y aun así no tengan el mapa geológico ese. ¿Será que los gringos no tienen una máquina o un mapa mejor que el nuestro? Por Dios y la Virgen, si es necesario me voy a buscar a los gringos pa' pedirselos.

¿Entonces qué, Licenciado? ¿Va usted a mandar más gente? Póngase en mi lugar, póngase que los que pueden ayudarlo también le dijeran que dos putos chamacos desobedientes son más importantes que su hermano, y que por eso se esfuerza en sacar antes a los niños, y por eso sólo las sobras se las manden a su hermano. Ya sé que no lo piensa usted así, Licenciado, sólo le pido que se ponga en mi lugar, que piense lo que sentiría de escuchar eso.

La verdad mi hermano sí es importante, lo queremos todos en la familia, pa' nosotros sí es importante ese cabroncito. Aunque en su trabajo digan que es un desagradecido y un pripotente, ¡es buena persona!

Échele usted una manita, así hasta lo va a conocer ¿No le entra la duda de saber cómo es? ... Ah, que Licenciado. Cómo cree que le voy a hablar en doble sentido.

¿Cómo que si ya hablé con los medios? ¿Qué medios oiga usted? Ah, esos que lo andan siguiendo.

No, pos la verdad no he hablado con ellos, como los veo chinga y chinga a los pobres padres de los niños, no quiero que también agarren a los míos pa' comidilla nacional. Ahora, si dice usted que mientras mi hermano no aparezca en ellos, es como si no existiera, entonces los voy a buscar, me cae de Dios que les voy a hablar, los voy a llevar a la caverna si es necesario, yo no soy de los que se achican Licenciado, y pos también les daré unos billetitos si así hacen caso.

Mire pues, así que pa' que mi hermano exista, pa' que se convierta en un problema pa' usted y pa'l gobierno y así hasta lo obliguen a entrar a sacarlo, debe aparecer en los medios. Miré cuánto viene uno a aprender, porque yo con mi comercio, sé cómo ganar mi dinerito, no piense usted que soy tan ignorante, no señor, aunque tengo la cara de pendejo no lo soy tanto.

Mire pues, Licenciado, gracias por ayudarme, se ve que si se está poniendo usted en mi lugar.

Oiga, y ya entrados en confianza, de todo ese gentío de periodistas, ¿con quién me recomienda usted hablar? ¿A quién debo darle primero el billete? ¿Sabe usted?

Ya lo sabía yo que usted sabía.

¡Gracias, Licenciado!, d'en'serio, muchas gracias, esto se lo voy a agradecer siempre.

XXIII

16 de mayo

Despertó pensando en la oscuridad de la caverna, cansado de ella.

—La oscuridad te da miedo —reflexionó en voz alta—. Te duele, te espanta. Tiene garras para caminar por la espalda. La oscuridad es la ausencia de los ojos, el mundo apagado. La oscuridad me aterra, estoy pero no me veo, estoy pero dejo de estar, y todo existe y deja de existir, pues aunque esté, si no lo recuerdo no existe porque no lo veo.

La oscuridad tiene una hermana, se llama soledad, y entre las dos te van matando de a poco. Te inyectan sus gérmenes, sus huevecillos crecen en ti, se desarrollan y de ellos salen pequeñas oscuridades y pequeñas soledades que se meten en el corazón de las células de tu cuerpo. Tus células se apagan porque se sienten solas, a tu mente sólo llegan solitarias ideas oscuras, hasta que de tanto pensar en ellas y de tanto sentirse sola, también tu mente se apaga y se oscurece.

La oscuridad me da miedo, me hace sentir más solo, más olvidado, más pequeño; me convence de que no existo, de que mi cuerpo desaparece en ella. Entonces soy un pensamiento, una idea perdida en una caverna solitaria y oscura.

Mi única compañía es el eco que malrepite las voces de este pensamiento en que me he convertido. También el eco me hace sentir solo, por eso mejor guardo silencio, porque para estar rodeado de malos ecos de mí mismo, prefiero seguir a solas, a oscuras, apagándome yo también,

muriendo, llenando de oscuridad mis ojos de muerto para yo mismo ser oscuridad y ya no estar solo, porque a partir de ese momento seré parte de la oscuridad que ahora me rodea.

Estaré muerto y en verdad ya no estaré. Sólo seguiré estando, en tanto seré oscuridad acompañante de esta otra oscuridad. Y me reiré de los futuros hombres que acá queden atrapados, porque se sentirán solos sin comprender que no lo están, porque acá estaremos para acompañarlos la soledad, la oscuridad y yo.

La oscuridad no tiene peso, aun así te pesa, la palpas, te arranca la energía. La sientes y oscurece tu vida. Aunque si ves que está oscuro es que estás vivo.

Acá adentro la oscuridad llama a su hermana la soledad para que no veas ni escuches. Eres como un muerto. Ves oscuro por fuera, estás oscuro por dentro, te sabes solo afuera, te sientes solo adentro, entonces, tal vez lo mejor sería no estar vivo. La oscuridad me da miedo, me duele, me espanta...

XXIV

17 de mayo

Contó veinticinco popotes de alimentos antes de que viera alguna respuesta a lo que escribió en la hoja que le pasaron. La contestación llegó en forma de popotes sin jalea y luego otros llenos de cal que, supuso, eran para echar encima de su excremento.

No volvieron a pasarle una hoja blanca. Necesitaba pedirles baterías para su linterna, preguntarles la fecha y la hora. A oscuras contó ciento setenta y seis popotes. Eso significaba, según sus cálculos, algo así como treinta y cinco sesiones de comida, y si le daban de comer dos veces al día, entonces tenía al menos diecisiete días y medio de que le enviaban alimento, lo que sumado a unos seis o siete que tenía dentro cuando ellos llegaron, daba un total aproximado de veinticinco días.

En realidad sumó siete días de más, aunque aún veinticinco se le hicieron pocos, habría jurado que tenía más de un mes en su encierro. Si para quienes desde afuera lo alimentaban, diez días varados en una sola zona de la caverna los tenía aburridos, cansados de la oscuridad y de las distancias que debían recorrer para obtener una miserable respuesta desde el exterior, para Emiliano significaban una pequeña muerte diaria.

Los de afuera se preguntaron y le preguntaron a la gordita si El Atrapado revisó las condiciones externas de la laguna. La respuesta obvia era «no», porque hasta un ojo inexperto habría detectado las precarias condiciones de la pared, que constantemente dejaba caer pedazos suyos

para terror de quienes se sumergían a enviar los popotes. Si una piedra los golpeaba podría matarlos. Cada seis horas realizaban una rifa para que la suerte decidiera a quién le tocaba entrar.

Ellos eran tres, dispuestos a quedarse hasta entregarle la estafeta a un equipo de relevo, a que se quedaran sin víveres o a que la naturaleza los expulsara. La orden dada desde afuera y su compromiso personal fue intentar sacar a El Atrapado, instrucción descartada desde la primera inspección.

Como previeron esa contingencia, en su momento plantearon un segundo objetivo, establecer comunicación con El Atrapado y pasarle alimentos. No tuvieron problemas para cumplir con ese propósito, o al menos no lo habían tenido hasta ese día, si se deja de considerar el aburrimiento y la posibilidad de recibir el golpe de una roca a la hora de enviar los popotes con comida.

La tercera opción era declararlo muerto, pasar algunos días en el interior de la caverna simulando una intentona de rescatar el cuerpo y después salir a contar que estaban poniendo en peligro sus propias vidas, situación insostenible e innegociable. La última opción la escucharon de voz del Licenciado encargado de organizar los rescates. Se les hizo humillante y prefirieron fingir que no fue herido su orgullo de equipo de salvamento.

El Atrapado, les gustara o no, era un espeleólogo y buzo, igual a ellos, y dejarlo abandonado sería asentar un precedente que les podría jugar en contra si ellos mismos un día tenían la mala fortuna de quedar atrapados.

Lo de enviarle popotes con alimentos lo idearon por casualidad. La Gordita y los buzos que la acompañaron hasta que llegaron ellos les contaron el modo en que se estaban comunicando con El Atrapado. Uno de los buzos llevaba cacahuates en unas bolsas de celofán, así que enviaron el primer cargamento de comida y pastillas sólo por probar. Lo peor que

podría pasar, calcularon, sería que se rompiera el hilo de vida, pero unos metros de cuerda más o menos no cambiarían la situación.

Al meter la primera bolsa se dieron cuenta de que difícilmente llegaría del otro lado sin una punta abriéndole camino, y al regreso también quedaría atascada sin esa misma punta. Además, no sabían en qué condiciones mentales se encontraba El Atrapado y si sería capaz de deducir cómo podría funcionar el mecanismo de alimentación, por eso decidieron enviarle un sistema que le fuera fácil de usar y de devolver, algo así como meter una moneda y esperar el alimento. Las varillas las armaron con los soportes de una mochila de montaña.

El resultado fue mejor de lo esperado. Al principio dudaron de que la varilla regresara, e incluso temieron que no hubiera llegado a su destino, pero algunos minutos después recibieron las varillas de vuelta sin el popote de alimento. Entonces enviaron a un mensajero al exterior con la consigna de mandarles más bolsas, así como el equipo adecuado para resolver la situación que detallaron en un escrito y con dibujos.

El mensajero con víveres, medicamentos, noticias e instrucciones volvió dos días después, y se fue y siguió llegando cada tercer día. Él fue el encargado de contarles sobre los dos niños atrapados y de la imposibilidad material y política de atender el asunto de El Atrapado en ese momento, así como el agradecimiento eterno de los jefes más cacagrandes del gobierno porque estuvieran dispuestos a cumplir con su deber. Les rogaban, además, que se mantuvieran en esa posición, siempre y cuando sus propias vidas no corrieran el mínimo riesgo, pues total, El Atrapado estaba ahí por su gusto, en cambio ellos porque de alguna manera debían ganarse la vida.

¿La familia no puede pagar para sacarlo?, preguntó un buzo. Pobres, respondió el mensajero, los traen vuelta y vuelta, sin decirles cómo ayudarlo, lo hacen así para no crearse un problema y para que los dejen en paz. ¿Entonces no tiene chance este pobre?, preguntó el segundo buzo.

Su chance son ustedes. No sabes qué lápida nos acabas de acomodar en el lomo, dijo el mismo buzo. Yo voy a aguantar mientras nos manden cómo aguantar, aseveró el tercero de ellos. Yo también, dijo el primero. Y como el segundo buzo no podía quedarse atrás se sumó a la causa, pos entonces los tres aguantaremos. Y yo me voy a regresar para contarles cómo va la cosa. ¡Cómo va la cosa!, si el problema precisamente es que no va, que está atascada, protestó el primer buzo. Es lo mismo, yo voy a avisar. Cabrón Licenciado, se quejó el segundo buzo, si hubiera mandado el equipo desde el principio, igual y este pobre ya estaría afuera, pero sólo en enviarnos a nosotros se tardó sus días. Quería evaluar la situación, el mensajero defendió a su jefe. ¿Cómo iba a evaluar desde afuera?, preguntó el tercer buzo, eso no tiene sentido, debió de enviarnos de inmediato. Pues al pendejo ya se le juntaron dos problemas, continuó el segundo buzo, y en su momento pudo haber resuelto al menos uno, este. ¿Quieres que al salir le diga lo que piensas?, preguntó el mensajero. ¿Quieres que te rompa la madre?, le respondió el segundo buzo. Tranquilos, pidió el tercero de los buzos, saquemos a El Atrapado y luego, dense de madrazos o agárrense a besos, me da lo mismo, pero antes saquemos a ese cabrón.

Cuando recibieron la tira de neopreno con el mensaje de la diarrea, se les ocurrió enviarle la hoja y el bolígrafo. Lo que al principio calificaron de buena idea, en cuanto tuvieron la hoja de regreso pensaron que había sido un equivoco. Les era imposible entablar un diálogo con El Atrapad, porque le daban un espacio para realizar preguntas a las que ellos no podían dar respuesta, o al menos no una respuesta positiva.

Después de discutir el asunto, concluyeron que debían enviarle un aviso de que su mensaje fue recibido, pero sin generar expectativas imposibles de cumplir. Además decidieron no hacerle llegar otra hoja de papel, a menos que fuera imprescindible.

XXV

Esperar era lo único que le quedaba, concluyó en la oscuridad de su encierro. No volvería a encender la linterna a menos de que le enviaran un nuevo trozo de papel. Podía bajar a oscuras por la comida, a oscuras ir al baño y a oscuras cubrir sus heces con arena de su encierro y la cal que recibió en los popotes. No se le ocurrió pensar que él podría producir esa misma cobertura machacando algunos guijarros.

«Todos siempre estamos esperando a alguien, pensó. Mi madre espera a su hijo, un soltero a la novia, la esposa al esposo y otra esposa al juez listo a divorciarlos, o espera la partida del esposo para esperar al amante, al mismo tiempo que una amante espera al esposo de esa mujer. Yo espero popotes con comida, buzos entrando por la grieta, una pila nueva para mi lámpara, salir de esta cueva y ver a mi familia. Espero tantas cosas. Espero volver a ver el sol, poder caminar sobre hierba, comer un filete, tener novia, volver a visitar mi pueblo, quedarme en una hamaca leyendo con una cerveza a mi lado, espero volver a comerme un taco de queso. Espero no volverme loco.»

Le dolían los huesos, supuso que era por la humedad. Era un dolor similar al que sufría cuando salía del trabajo. Su cansancio venía desde el desanimo, de la imposibilidad de encontrar una salida a su encierro forzado. Él, que no perdió batallas anteriores, que no se rindió ante las

trampas y los reveses del destino, que fue calificado como perseverante por unos y terco por otros en su incesante afán de lograr sus metas y caprichos, ahora estaba atascado en un hoyo profundo, con el peso de ser un olvidado, con la conciencia libre de ataduras, la cual además contaba a su favor con el tiempo y el silencio para reclamarle su caminar por la vida y enfrentarlo con el ayer.

Intentó dormir; no pudo. Sintió tener algo de energía y decidió gastarla, hacer ejercicios sencillos, saltar, abdominales, elongaciones, sentadillas, lagartijas, lo que fuera necesario con tal de consarse y volver a dormirse.

—El ejercicio aleja la depresión —dijo en voz alta—. ¿Por qué no se te ocurrió antes? Simple, porque estabas deprimido, y un corazón deprimido oculta las opciones a los ojos de quien carga la depresión. Quien está deprimido es como quien no ve —concluyó.

Apenas aguantó un par de lagartijas, le dolían los brazos, el esfuerzo lo hizo jadear y aceleró su ritmo cardíaco. Desanimado se recostó de nuevo, dando por sentado que tendría muy pocas reservas energéticas, pues si bien le llegaban alimentos éstos eran en dosis demasiado moderadas para una persona de su constitución. ¿Sería su depresión la que le impedía seguir ejercitándose?

«La depresión como la plaga es difícil de arrancar, no se espanta con el primer sombrero, tozuda resiste hasta el último momento buscando un espacio oscuro para colarse, anidar y volver a crecer».

Desencantado se sentó en posición de loto y apoyó la espalda en la pared, tenía ganas de llorar e invocó lágrimas que no acudieron a su llamado. Decepcionado de su condición física e incluso de su depresión sin llanto, cerró los ojos con la intención de dormir, rogando a su cerebro que mientras se entregaba al sueño, con su capacidad desconocida le realizara el milagro de la liberación.

Hasta ese momento el sueño resultó ser su principal arma de resistencia contra el hambre, contra el frío, contra su sentirse solo y contra el entorno oscuro asediándolo. Mientras estaba durmiendo podía soñar, perder la conciencia de su realidad, evadirse de ese momento negro de su vida.

En vigilia esperaba el sueño con ansias y se dormía con la esperanza de despertar en una situación distinta, que todo lo vivido en la caverna fuera una larga pesadilla.

Lo triste para él fue cuando en los mismos sueños se le manifestó el temor de despertar y encontrarse con que seguía atrapado, era su cerebro dedicado a repetirle la información cotidiana, conformada por su estancia en la caverna.

Sin embargo, inclusive en esas situaciones despertaba mohíno por haberse despertado, porque entonces sólo le quedaba la opción de invocar de nuevo su cansancio para dormirse y volver a huir de ese solitario mundo de oscuridad.

XXVI

19 de mayo

Aún despierto continuó su sueño de dormido. Ahí estaban sus padres, sentados a la mesa de madera de la casa, charlando de los árboles del patio, de la zorra que se comió una gallina y de los perros inútiles que no sintieron los pasos del animal, de su hijo atrapado sufriendo penas innecesarias y haciéndolos sufrir a ellos. Los descubrió jóvenes, con la fortaleza de los cuarenta años, el cabello negro y el cuerpo entero, porque no había llegado la edad que les iría quitando el apéndice, la matriz, un pedazo de dedo gangrenado por la diabetes, la potencia de la vista, los dientes, la capacidad auditiva de su padre y a su madre la tranquilidad que inspira una buena memoria.

Vio la sala de la que fue su casa de la infancia, construida por partes, primero un solo cajón que era dormitorio, cocina, sala y comedor. Después la cocina y dos cuartos, luego un baño, al final otros cuartos en el segundo piso, pensados para que cuando los hijos tuvieran familia, ahí encontrarán un lugar donde empezar.

«Lo encontrarán mis hermanos, yo seré muy pendejo si antes de casarme no tengo mi propia casa». En cuanto la tuvo dejó de visitar a sus padres porque dejó de tener tiempo.

La frecuencia de las visitas fue disminuyendo de a poco, sin que se notara, como no se nota cuando se vacía un vaso de agua olvidado bajo el sol. Al principio los visitaba cada dos semanas, luego los lapsos se

midieron en meses, después dio por visitarlos sólo en vacaciones. Con el tiempo apenas llegaba en Navidad y, sí podía, para el cumpleaños de su madre. Tal vez fue por ese distanciamiento que en su sueño adentro de la caverna la imagen de sus padres era borrosa, como una foto hundida en gelatina.

También en su sueño forzado los vio alejarse, convertirse en fantasmas, en el alma de parientes muertos que siguen vivos en el recuerdo. Aunque éstos estaban tan vivos que le caían de sorpresa en su casa en la capital, hasta que se dieron cuenta de que le estorbaban al hijo, que con su presencia sacaban el lado mezquino de su ser, lo aburrían con sus charlas de asuntos cotidianos, su lenguaje vulgar y su comportamiento tosco, le tronchaban planes, le doblegaban las presiones al tener invitados en casa, y descubrían en su mirada la rabia contenida por ser incapaz de decirles lo que pensaba, amargo condimento que la madre sentía ingerir junto con los alimentos. Para ella no hubo peor café con pan ni sopa más triste que las probadas en casa de su hijo.

Él intentó recordar las últimas charlas con ellos, con los fantasmas en que se le convirtieron sus padres, pero los temas estaban muy lejos de su interés, los momentos fueron ahogados en las preocupaciones de la oficina y las alegrías minimizadas ante la comparación de lo que llegaría a su vida.

Iba a visitarlos a su pueblo por obligación, porque no había de otra, porque ni modo, ellos le dieron la vida y así cumplía con llevarles algunos billetes capaces de aligerar la carga económica de su existencia. Se los daba frente a sus hermanos con la intención de evitar reclamos a la ausencia, pasándole por las narices un regalo que no todos podían darles a los viejitos, ¿o acaso era con compañía como se compran medicinas, ropa y comida? Los hermanos tal vez compartían las tortillas y las verduras, o lo que hubiera para comer, y también eran ellos quienes los cuidaban en las noches de enfermedad. Ni modo, al ser «miembros del

gremio de los jodidos», como él los llamaba, no tenían otra opción. Él daba el dinero y el resto que sirviera como pudiera. Habría jurado que ese dinero también lo disfrutaban sus hermanos, si no, ¿por qué no le reclamaban su abandono?

—¿Por eso no fuiste al hospital a ver cómo salió de la operación de apéndice tu madre? —se atrevió a preguntarse a sí mismo.

—No, no fui porque ese día el jefe me ordenó ir en su nombre a una reunión al norte del país. Ese honor no se tiene todos los días, podía significar algunos escalones arriba en mi carrera, debía aprovecharlo

—¿Al menos te sirvió para algo el viaje? —continuó interrogándose.

—No, o quién sabe, uno no lo puede saber en el momento, las relaciones se conforman de a poco, con el roce social constante.

—¿Recuerdas con quienes estuviste?

—No, bueno un poco, aunque en realidad no.

—¿Y recuerdas a tus padres?

—Es como si les hubiera caído neblina en el rostro.

—Te olvidaste de ellos— y la voz que lo interrogaba guardó silencio un rato, como lo guardan las personas cuando desde el corazón recuerdan lo vivido con un amigo muerto.

—Oye —volvió a decirse en voz alta—. Cabe la posibilidad de que tus hermanos no te reclamaran porque, total, aunque eras el mayor, ya no te conocían, no existías en sus vidas, y quién se atreve a reclamarle a un extraño.

—No me reclamaban porque no tenían los güevos para hacerlo, yo les veía los reproches en los ojos, en las medias sonrisas, en las bromas entre ellos y que yo no entendía, en el abrazo de despedida y el susurro «ojalá vuelvas pronto, a los papás les gusta tenerte en casa». El reclamo nacía sumergido en la cortesía, disfrazado de amabilidad, pero reclamo al fin.

—Por eso dejé de llegar, para no escuchar sus protestas a mi ausencia.

—Cómo serás bruto —se recriminó—, no eran ellos quienes reclamaban. Eras tú mismo.

—Yo era el fantasma que aparecía y reaparecía —murmuró—. Nos sabíamos vivos en tanto nos escucháramos algunas noches al teléfono, repitiendo guiones que cambiaban con el clima ¿Cómo estás? Bien. ¿Ustedes? Bien, como siempre ¿Mucho trabajo? Lo normal, ¿Allá? Ya sabes cómo es el campo. ¿Mucho tráfico en la ciudad? Desquiciante, da para volverse loco. ¿Mis hermanos? Bien todos, gracias a Dios. ¿Los niños? Igual, bien, te paso a tu mamá. Un abrazo, salúdame a los tíos que no hayan muerto, a los que viven dígales que en cualquier momento voy a verlos, abríguese que hace frío, tome agua que hace calor, no cruce ríos que está lloviendo, aproveche a caminar que la noche se ve linda. Tú también, te paso a tu mamá. Y con mamá machacábamos el mismo diálogo. Vivos o muertos estábamos tan distantes que sus vidas seguirán igual si quedo atrapado.

—¿Por qué debían entonces angustiarse por tu muerte, por tu encierro? ¿No habrán hecho el duelo tiempo atrás, cuando se dieron cuenta de que habías dejado de existir para ellos? ¿Por qué volver a llorarte? ¿Cómo llorar sobre aquellos lugares que recorriste, si desconocen los rumbos de tu vida? ¿Cómo extrañar a un extraño?

Después de otro rato de silencio, se preguntó en voz alta:

—¿Y tus hermanos?

—Bueno, el que me sigue es comerciante, con él me llevo bien. Los demás existían en tanto me eran útiles. Como cuando operaron a mamá, le pagué a una de ellas para que estuviera en el hospital, era la menor, la que no tiene hijos, ¿o ya tuvo uno? El último bebé que nació tal vez es suyo. Bueno, a ella le pagué para que me supliera, me dijo que recibía el dinero porque si no, le habría sido imposible estar en la ciudad, no podría costear la estancia; ella y su esposo están bien jodidos. La dejé quedarse en casa.

Apenas puedo recordar el rostro de mis hermanos, se confunden, creo que éramos seis, o siete, ninguno ha muerto, hay tres mujeres. Sólo yo sigo soltero.

—Quizá sea la debilidad o la mala memoria heredada de mi madre, pero no puedo recordar el nombre de todos mis sobrinos. Creo que tengo unos ocho sobrinos, al más pequeño no lo conozco, y no puedo conciliar nombres con las imágenes en mi cabeza diciendo que son mis cuñados.

—Si tú no puedes acordarte de ellos, de tu familia, y además les exteriorizaste tu olvido, ¿por qué ellos deberían acordarse de ti, ahora que ya descansas en la tumba que te designó el destino?

XXVII

20 de mayo

Despertó con fiebre. Quiso volver a dormir. No pudo, le dolía el cuerpo, lo sentía cortado, como si tuviera un envase de cristal roto bajo la piel y cada fragmento afilado eligiera un trozo de carne para horadarla, sacarle sangre, lastimarla ante el mínimo movimiento. Sus ojos parecieran estar rodeados de espinas, moverlos o cerrarlos le dolía.

Pensó avisarle a los de afuera, pedirles medicamentos; supone que lo suyo es una infección que le invadió el cuerpo y los pensamientos. Lo sabe porque pensar le duele, le pesa en el ánimo, le acelera el ritmo cardíaco, lo obliga a aspirar con fuerza el aire difícil de encontrar en una caverna que parece achicarse. Piensa en su mamá, la ve joven, con el delantal a cuadros, el pelo amarrado con una cinta y sus chancas de pata de gallo. La observa acercándosele, se agacha junto a él, intenta besarlo, pero le da asco ese hombre de barba montaraz que dice ser su hijo.

—¿Verdad, mami, que para curarse la fiebre hay que sudar?

—Sí, hijito, debes sudar, te voy a dar unos tesitos de ajo con canela y miel, vas a ver que rápido te curas.

—Me hace daño la miel, mamá, me da diarrea.

—Entonces vamos a pedir que nos traigan unas pastillitas, así te vas a curar.

«Es una infección, pensó, es una infección invadiendo mi cuerpo debilitado, hambriento, desacostumbrado a la inmundicia ».

Era una infección que tardó en llegar, él suele ser de los primeros en caer a las epidemias de gripe o parasitarias, no se cree fuerte.

—Sí eres fuerte, hijito, yo sé que eres fuerte.

—Mamá, ¿sigues acá? —y le grita—, ¡vete a la casa!, no sea que también quedes atrapada. Mamá, si me estás escuchando, hazme caso y vete para la casa, créeme, es horrible estar acá encerrado, mejor sal de una vez, por favorcito, salte mamá.

—Pensaba en darte unas friegas en la espalda y pecho y tú quieres que me vaya. Tal vez el mal está en tu garganta, por eso te salen cosas tan feas de la boca.

—Mamá, ¿me perdonas lo grosero que fui contigo?

—Otra cosa que podemos hacer es darte unos baños de yerbas, voy a decirle a mi comadre Luvia, ella sabe cómo curar d'ese modo.

—Ya pues, mami, perdóname, dime que ya olvidaste que no te fui a ver al hospital, y las caras que te ponía cuando llegabas a mi casa.

—¿Sabes qué? Voy ir a buscar a mi comadre yo misma, porque si le mando mensaje no va a venir luego. Ahí te encargo le echas un ojo a la tienda y si vienen buzos a rescatarte ten cuidado con ellos, no te vayan a terminar de matar, ya deben estar aburridos de estar esperando que salgas, pero eres necio, si hasta para nacer tardaste. Se me hace que preferirían te murieras aprovechando esta tu enfermedad.

Esa posibilidad él no la había considerado, que los mismos socorristas desearan su muerte. Escuchó un movimiento en el agua, se colocó boca abajo para descubrir de dónde venía. Creyó descubrir una luz, imaginó a los buzos y se lamentó que llegaran justo ahora que su madre salió. Él no tenía donde escribirle contándole que llegaron a sacarlo, ella regresaría y entonces sería ella quien ocuparía su lugar en la caverna.

Recordó que debía cuidarse de ellos, de los buzos.

La luz iluminaba una zona amplia, aunque tenue al mismo tiempo apenas distinguía sombras de partículas navegando en el agua, y de entre

ellas surgió un ser con un traje negro, visor amarillo, cinturón dorado y garras en lugar de pies y manos.

Emiliano se alejó del agua, y el buzo y la luz desaparecieron.

El miedo a morir renació en él, sumándose ahora la posibilidad de tener una muerte violenta a manos de un ser monstruoso. Cerró los ojos y vio a su papá bajando por una vereda oscura, caminaba hacia él, sonriente, con una botella de tequila en la mano y un cuchillo, su cuchillo de buzo, en la otra.

Imaginó que era un mensaje de su padre, una ayudita enviada desde el exterior al hijo atrapado en una caverna. Tomó su cuchillo y se dispuso a defenderse del buzo en la laguna. «¿Y si no viene solo?», se preguntó. Encendió su lámpara para buscar piedras con qué defenderse.

Recordó la roca que sacó de la grieta, si la quería, tendría que sumergirse por ella, pasar sobre su miedo a encontrarse con el buzo de negro, llegar al fondo de la laguna y encontrarla. Se acostó a dormir antes de realizar la inmersión.

Despertó porque sintió el jalón del hilo de vida. Lo llamaban a comer, ahora sudaba, era una buena señal. Recordó las imágenes que vio antes de dormirse y asumió que la fiebre lo hizo alucinar.

Con enorme esfuerzo se colocó el cilindro de oxígeno, bajó con el cuchillo en la mano dispuesto a defenderse y se sumergió al fondo para recuperar la roca en forma de pera.

Sentado de nuevo en su terraza comió el contenido de los popotes y se cubrió el cuerpo con una fina capa de lodo para ayudarse a bajar la temperatura mientras dormía.

XXVIII

21 de mayo

Salió del agua sorprendido por la claridad de la caverna.

En la última inmersión, justo cuando recibió el último popote, fue consciente de la luz en la superficie. «Tanto cuidar la pila, se lamentó, para que por un descuido se agote iluminando en un momento innecesario».

La lámpara estaba apagada.

Al fondo de la caverna descubrió entreabierta una delgada cortina formada por rocas, la claridad que pasaba por la abertura era suficiente para iluminar por completo ese espacio. Vio el equipo de buzo, el rimero de popotes vacíos, su excremento rebalsando la mini presa que le armó con guijarros, su cuerpo delgado, la palidez de las manos huesudas y una abertura que desde el principio estuvo ahí y por la cual debió escapar.

Un niño apareció en medio de la abertura. Asomó la cabeza y con la vista recorrió el lugar. Arrugó el rostro al sentir la fetidez, sólo en ese momento pareció darse cuenta de la presencia de Emiliano y lo comprendió rodeado por el aire de desamparo que tienen los olvidados de la suerte. En lugar de sorprenderse, el niño lo saludó con un arqueó de cejas y desapareció tras la cortina.

Emiliano corrió gritándole que se detuviera, trastabilló en su carrera y debió lanzarse para evitar que la cortina se cerrara. Llegó tarde, la cortina se cerró, en su lugar quedó la infranqueable pared rocosa y él terminó en el suelo, adolorido.

Regreso a su lugar al fondo de la caverna. Aunque la claridad amarilla se fue, constató que seguía presente una tenue luz azul, pensó que por algún lugar del techo bajarían a rescatarlo y tal vez desde ahí se estaba colando un halo de luminosidad.

Entonces la cortina volvió a abrirse.

Reapareció el niño, traía cargando entre sus manos una mesa cuadrada de madera, la acomodó sobre la terraza de piedra y probó qué tan estable la había dejado. El terreno irregular le generaba un movimiento de sube y baja, así que el niño buscó por el suelo algo que le ayudara a estabilizarla. Sin miedo se acercó hasta él, con señas le pidió que levantara las piernas y tomó una laja sobre la que tenía apoyada los talones. Le ofreció ayuda, pero el niño le dio la espalda y continuó concentrado en su labor. Enojado por el desprecio, Emiliano siguió comiendo sentado en el suelo, observando al niño que equilibraba la mesa y después se perdía de nuevo atrás de la cortina rocosa para regresar con una silla de madera.

Creyó conocer el mobiliario. Lo había visto antes, aunque su memoria le estaba jugando chueco con eso de llevarle recuerdos. ¿Fue en casa de sus padres? No, esa silla era más cuadrada. Tampoco era su mesa de formica en la universidad, con seis sillas de aluminio que se rompían nomás porque alguien las quedara viendo. Ni la de su casa nueva.

El niño dio dos aplausos atrayendo su atención. Lo miró a los ojos, como si estuviera enojado con él, dio media vuelta y desapareció detrás de la cortina de rocas. Él era el niño, o el niño era él muchos años antes.

Siguió la oscuridad vencida tibiamente por la luz azulada y el silencio, silencio al cual debía estar acostumbrando, aunque le taladrara el cerebro más que el tráfico de la ciudad.

Se recordó en su auto, sudando por el calor del medio día y el bochorno de ir encerrado, enfrentándose con palabras, miradas y señas con los automovilistas de la izquierda y la derecha, a unos por ir peor que un

penco cojo, a los otros por cerrarle el camino en su carrera despiadada hacia el futuro. Agradecía no llevar consigo un machete o una pistola para enseñarle buenos modales a los otros conductores, y desde su interior pedía que algún loco sacara una metralleta que limpiara un poco el amontonamiento de autos.

El niño se fue y la cortina, en lugar de cerrarse, se abrió más todavía. Era un espacio iluminado, una promesa de libertad que llegó a confundir con la muerte, y supuso que su futuro pendía de una decisión, levantarse y cruzar hacia el otro lado o continuar sentado.

Una mano femenina se apoyó en la tela rocosa. También reconoció la mano, el brazo, el pecho, el cabello, el largo vestido verde brillante con una abertura a la pierna y el rostro de la mujer que atravesó la cortina.

Era la española.

—Tú estás muerta, no deberías estar acá.

—Al menos sigues tan amable como en los últimos días juntos —le respondió ella.

¿Le respondió ella o fue su cerebro alucinante?

—¿Qué haces acá?

—Lo mismo que tú, me perdí.

—Estás muerta y yo también, o estoy enloqueciendo.

—Loco estuviste siempre —escuchó la voz de la mujer.

—Dime algo más, quiero escucharte.

—No necesitas escucharme para saber que no estoy acá, bueno, sí estoy porque así lo quieres, porque decidiste llamarme a hacerte compañía. Te vas a volver loco si te pasas el tiempo sumergido en los meandros de estas realidades falsas.

—No importa, la evasión me ayuda a escapar, disociarme de la cueva me da tranquilidad. Mira, puedo verte, charlar contigo, estar en otro lugar y en otro tiempo.

—Sabes que no estoy acá y que tú sigues encerrado.

—¡Cállate! Aun muerta insistes en contradecirme, en tener siempre la razón, en querer dominar hasta mis pensamientos. De seguro sigues siendo una ciclotímica.

—Mira quién lo dice. No vine a pelear, sino a hacerte compañía.

—Entonces cuéntame algo bonito y no digas que estoy enloqueciendo.

—Dime qué quieres que te cuente, dime tú, que estás inventando este momento, porque yo no existo.

—Sí existes, no te puedo tocar como antes pero sí existes, no estás muerta, es como si habláramos por teléfono con los ojos cerrados, imaginándonos que el otro está ahí, o a través de Internet, viendo nuestras caras en la pantalla, escuchándonos en los audífonos, sin poder tocarnos, así estamos ahora.

—¿Y cuánto tiempo te va a satisfacer esto, a ti, que nunca te satisfacía nada?

Ese era un reproche que ella no le hizo en vida, aunque él sospechaba se lo tenía guardado y se lo reclamaba en los silencios.

—Sabes que es cierto lo que te digo... ¿vas a pedirme que te la chupe?

—No estaría mal, aunque recuerdo que te daba asco, decías que yo olía mal.

—Aún de lejos se ve que no se te va a parar. No hay caso, no podemos jugar a que te la chupo, mejor así, porque dices bien, no me gusta el olor que despide, y no era «tu» olor, era el olor de tu pija, sólo de tu pija y no el tuyo. Siempre tomaste las cosas a la tremenda, las exagerabas, te gustaba ser víctima, te encantaba hacerme sentir culpable, y después aprovechar eso para hacerme propuestas que de otra forma no habría aceptado.

—¡Eso es mentira!

Siguió el silencio posterior a los reclamos entre dos personas que se quieren o que en algún tiempo se han querido. Él lo rompió pidiéndole que girara el rostro; desde lejos observaba las líneas que amó y

que la primera noche juntos le impidieron dormir, porque supuso que no había mejor forma de llegar al día siguiente que observando cada detalle suyo. Era cuando todavía creía en Dios y le agradeció la divina suerte de haberle permitido hacer el amor con una mujer tan hermosa como aquella.

—Yo no tenía que ser como ustedes querían —le dijo a la española—, desde el principio supiste que era un hombre de ambiciones.

—Nadie te pidió que cambiaras, eras tú y tu conciencia quienes no estaban tranquilos, por eso creías adivinar quejas donde no las había; y sí, eras un hombre insatisfecho de la vida, siempre exhalando el aire de la insatisfacción, nada te era suficiente, y hasta a mí, a quien al principio consideraste una bendición, llegaste a despreciarme y a desear que desapareciera.

Un hombre insatisfecho. Así se sentía la mayor parte del tiempo. Era como un alpinista que después de ascender una loma veía a la distancia la cima de una loma mayor, atrás de la cual había una pequeña montaña, la cual a su vez escondía la punta de una montaña más grande en un proceso de nunca acabar. El goce de la meta alcanzada era eclipsada de inmediato por el reto de lo que seguía, de lo difícil de conseguir, de lo inalcanzable para los otros, no para él. Siempre quería más y estaba dispuesto a vender el alma con tal de conseguir lo que se propusiera.

—No ibas mal —le echó en cara la española—, cada año eras más importante. Vendiste tu alma, tu conciencia, tu dignidad, las nalgas y hasta olvidaste a los que alguna vez te quisimos.

El miedo a la soledad que él iba creando a su alrededor lo llevó a comprar un pastor alemán, un perro considerado de raza noble que, llegado el momento, además de la compañía le infundió seguridad: él sería su amigo, su protección y su familia, por el baratísimo precio de una bolsa de croquetas a la semana, visitas bimestrales al veterinario y bañarlo los domingos libres, tarea harto adecuada para matar el tedio.

—No era yo, fue mi trabajo —intentó contestar, aunque sabía que el trabajo era un pretexto pueril, porque podría engañar a la española, pero no podría engañarse a sí mismo, al menos no en esas circunstancias.

—¿Te acuerdas de mi primo valenciano?, el “filósofo de pueblo” como lo llamaste, el que te dijo que la verdadera libertad sólo la saborea un hombre digno y con vergüenza.

Sí lo recordaba.

Ese hombre era la presencia viva dejada por los genes de la invasión musulmana a España. Alto, moreno, de mirada oscura y agresiva, desconcertaba su imagen de hombre rudo con el sabor gracioso de su charla, de las pantomimas espontáneas que usaba parodiando a quienes lo rodeaban y con su facilidad nata para imitar voces. Escarbando un poco se llegaba a su alma humilde, generosa y preocupada por la felicidad de los demás.

Ese primo acusó a Emiliano de ser, como casi todas las personas, víctima de los modismos.

—¿Cómo que de los modismos? —le preguntó.

«Y sí. Por ejemplo, si se pone de moda ir a un cine, de seguro que vas a ese cine; si lo que está de moda es un restaurant, te deslomas trabajando hasta que puedas pagar la cuenta de ese restaurant; y lo mismo ocurre con la ropa, los zapatos, los autos, los lugares para vacacionar, vas a donde los modismos te marquen, el problema no es ese, sino que difícilmente te satisfacen y te la pasas enojado con tu vida, porque además te vas comparando con los otros y con lo que ves en las fotos de las revistas o de las calles.

»Mira, por ejemplo, compras un automóvil nuevo, aun sabiendo que necesitas juntar un dinero que no tienes, pero solicitas un crédito y lo compras. Sales de la agencia que te lo vendió y durante un rato lo manejas contento, sonriendo, sintiéndote el padrote del mundo, cambias velocidades, miras a los peatones por encima del hombro, con la izquierda

tomas el volante mientras con la derecha le subes el volumen al estéreo al mismo tiempo que coqueteas contigo mismo en el espejo retrovisor, y en el siguiente alto te dices «qué bien te ves, papito, por fin un auto a tu nivel». Pero vamos a suponer que justo en ese momento ocurre la desgracia de que a tu lado se detiene otro tipo con un auto mejor que el tuyo, y te queda viendo con el mismo aire sobrado con que tú miraste a los peatones; en ese instante te sientes menos, tu felicidad empieza a perder bonos, tomas conciencia de que siempre puede haber alguien sobre ti o a un lado tuyo con algo mejor, y eso te hace infeliz.

»La verdad es que no puedes ir comparándote con todo el mundo, en realidad deberíamos enseñarnos desde bebés a compararnos sólo con nosotros mismos, así como hacen en los campeonatos de perros, que a los animales los comparan con el ideal de la raza, pues nosotros deberíamos aprender a compararnos con nosotros mismos respecto a lo ecuanímes, felices o equilibrados que estemos o hayamos estado. Como no sabemos evaluar esos sentimientos, como son intocables, como no se puede comprar tres litros de amor o cuatro tallas de felicidad o cinco metros de tranquilidad, entonces compramos lo comprable y nos olvidamos de lo trascendental.

»Ya sé que vas a decir que esta es la sociedad —lo atajó antes de que Emiliano pudiera hablar—, y ni modo de dedicarte a asceta o a monje, puede ser que tengas razón, por eso yo me vine a vivir al campo, acá todo es más tranquilo, nadie compite contigo y te ayudan desde que naces hasta que mueres. Fíjate en el que viene allá caminando, si le preguntamos cómo está, va a decir que de lujo, porque se acaba de comer unos pescados frescos, lo sé porque cuando venía hacia mi casa lo vi sentado en el río pescando, y su sonrisa no deja duda, a él con eso le es suficiente y nadie en el pueblo le va a acusar de llevar una vida de holganza. En cambio la ciudad te empuja, te avienta a consumir, aunque para ello tengas que dar la vida, encerrarte horas y horas en una oficina, perderte

las puestas de sol, los pescados frescos, las comidas en familia, todo lo importante. Conste que no digo que debes dedicarte a andar de vago, porque tampoco el alma de un vago improductivo es feliz, no señor».

—¿Te acuerdas que también dijo que era preferible vivir en la oscuridad de una cueva que bajo el estigma vergonzoso de ser un hombre indigno? Obviamente mi primo no ha estado encerrado bajo tierra durante quién sabe cuántos días, si no, tal vez cambiaría de opinión... ¿Sabes? Me sorprendes. Has aguantado más de lo que pensé que un hombre como tú podría aguantar.

—¿Cómo es un hombre como yo?

—Débil, gris, comprado por un sueldo, traicionero y, por supuesto, indecente.

—¡Más débil fuiste tú!, te cortaste las venas, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, pero eso ya pasó, ya no existo, en cambio tú estas vivo, o medio vivo, encerrado en este muladar que apesta gracias a tu propia mierda.

—¿A eso viniste, a lastimarme? —le preguntó enojado.

—No vine, tú me llamaste, tú querías verme, querías escuchar las razones de mi muerte y esas no te las puedo dar, a menos que tú mismo te respondas por qué mataste a la persona que solías ser. Eso también fue un suicidio. Estás acá huyendo de tu mundo, escondiéndote de tus miedos, tratando de vencer al terror que tiene atrapado al hombre que eres y mírate, encerrado en tu propia podredumbre. Espero que al menos tengas los güevos para morir con dignidad, jeso sí te voy a rogar!, ya que vas a morir, ya que estás acá porque ese fue tu deseo, y ya que yo estoy acá porque querías verme, prométeme y prométete que morirás sin miedo y con dignidad, rescata el honor que perdiste estando atrapado en la caverna de tu vida.

Morir con dignidad, era lo menos que se podía prometer, no llorar, no temblar de miedo ante la muerte, no cagarse por el terror ante lo

desconocido, vindicarse consigo mismo en un acto que nadie podría ver y que sin embargo le serviría para compensar actos cobardes que realizó de manera premeditada.

XXIX

23 de mayo

Una mañana —que él decidió que fuera mañana, pues llegó a la conclusión que en tanto las formas de medir el pasar de los días era una convención social, y él estaba alejado de la sociedad, en contra de su voluntad, pero alejado al fin, y con una necesidad natural de dimensionar el tiempo que le ayudara a no enloquecer por completo, a falta de aparatos como relojes o de la ausencia de astros como el Sol, decidió crear su propia estructura temporal, de esa manera una ocasión en que despertó después de un largo sueño se dijo «es de mañana». Si se volvía a dormir despertaba diciéndose «qué tarde se ha hecho» y si le costaba después volver a dormir decía tener insomnio— recibió un sexto popote con una hoja de periódico enrollada en su interior. Sólo debía abrirlo, encender la linterna y ver qué escribieron en esa hoja que imprimió una empresa periodística.

Un proceso simple que se convirtió para él en un acto terrorífico. Le daba miedo encontrarse con el contenido del papel impreso. Se descubrió jadeando ¿Y si era su sentencia de muerte? Respiró hondo, en cucullas desenrolló la hoja, encendió su linterna y con el cejo fruncido leyó la hoja que resultó ser un trozo de periódico arrancado a tirones de una plana de mayor tamaño.

Al finalizar se dejó caer abatido por lo que implicaba lo que leyó en el recorte. Ahí se contaba de dos niños indígenas que seguían atrapados

en una cueva de tlacuaches y daban pormenores de la angustia nacional por rescatar vivos a los infantes. Asimismo, detallaba la maquinaria y a los equipos de salvamento que se había logrado conjuntar para los trabajos de rescate. En el penúltimo párrafo por fin aparecía su nombre, el de él, ni siquiera lo escribieron completo, sólo era su primer nombre y el apellido paterno. Los chicos estaban a menos de cinco kilómetros de donde él se encontraba, sin embargo, entendió, la verdadera distancia que los alejaba radicaba en el lugar que ocupaban en la conciencia de las personas.

El periódico también mencionaba a un equipo de rescate enviado «especialmente» para encontrar a «ese espeleólogo perdido».

—Si el problema no está en encontrarme, ¡sino en sacarme de este encierro!

Encendió la luz mortecina de su linterna para darle una segunda leída al artículo, buscó la fecha, tanto para calcular el tiempo que llevaba de encierro como para prever un cambio probable a su favor. El trozo de papel fue arrancado con tal descuido, o tal vez a propósito, que apenas pudo encontrar una letra «o» en la esquina inferior, una «o» de mayo o de junio, daba lo mismo, él seguía atrapado.

Después lo pensó un poco más y quizá no daba lo mismo. En junio suelen comenzar las lluvias, aunque es un mes con poca precipitación, el agua de los primeros chaparrones suele ser suficiente para inundar cuevas con niños atrapados o cavernas subterráneas con espeleólogos perdidos.

Deseó que lloviera, que lloviera mucho y pronto, para que se murieran los niños que la gente colocó por encima de su vida, para castigar a la sociedad por su decisión egoísta y para morir él también, terminar con ese teatro asqueroso llamado vida, encontrarse de nuevo con la española o de plano perderse, desaparecer del universo en la inconciencia de la muerte.

XXX

26 de mayo

Decidió enviar un nuevo mensaje, pedir algo sencillo y por una necesidad que se estaba volviendo urgente. Buscó la forma de escribir en el periódico, pero no encontró con qué hacerlo. ¿Por qué devolví el bolígrafo? Se reclamó. Pero su cerebro le recordó otros “por qué” más incisivos aún y concluyó que lo del bolígrafo era una minucia.

Decidió cortar de nuevo un pedazo de su chaleco, con el cuchillo marcar las líneas de las letras y sobre ellas pasar polvo que resalte las palabras escritas. En esa ocasión el mensaje fue corto y preciso: «2 pila 9 V».

Le costó mantenerse bajo el agua. No sentía debilidad física, sino el espíritu apagado. Su mente no dejaba de buscar una respuesta al por qué de su encierro, si tenía razón en seguir luchando, «alargar el momento final que de cualquier forma llegará, encerrado solo bajo tierra da lo mismo morir en ese instante o diez años después. Bueno, no da lo mismo, en ese caso sería mejor morir de una vez, estar adentro aguantando tiene sentido en tanto haya esperanza de salir en poco tiempo. Si se trata de esperar una década, entonces prefiero el camino a la muerte.»

«¿Por qué no empezaban formalmente los trabajos de rescate?» Y se respondía a sí mismo: «por estar atendiendo el problema de los niños atrapados en una cueva», como él, nada más que niños y dos, quienes se merecían el cien por ciento de la atención de la sociedad y del gobierno,

dejándole las sobras, a los buzos menos expertos, los que no merecen la gloria de rescatar a los niños sino a un olvidado del mundo.

El Atrapado resultó ser una persona que no le importó a nadie más que a su familia, y al parecer a los buzos socorristas, pues hasta sus dos compañeras de viaje desaparecieron del panorama como si también a ellas se las hubiera tragado la tierra.

Los burócratas encargados de gestionar rescates vieron a su hermano menor sobornar a cuanto medio de comunicación se le cruzó en el camino. Ni así logró atraer la atención de la prensa o del público. Por más que publicaran su nombre, sacaran fotos de su madre llorando e incluso remarcaran la poca voluntad del gobierno para sacarlo de la caverna, su historia no suscitó el mínimo interés en la población.

«Se trata de un burócrata de alto nivel, decía la gente, un funcionario público llegado a una de esas posiciones que sólo se alcanzan por malas mañas, una persona que si falta nadie lo notará, ni siquiera un ahorro en el presupuesto, porque además del seguro de vida que serviría de pañuelo para sonarle los mocos a la llorona de la madre, el Estado seguiría pagando ese salario al oportunista en turno que ocupará el lugar del difunto». Lo que lamentaba la mayoría de las personas era que no se tratara de un diputado, un senador o uno de los líderes políticos más conocidos y por tanto de mayor desconfianza.

De haber conocido el panorama completo de su situación, Emiliano habría pedido con qué terminar sus días. Claro, a falta de pan se come con los dedos y bien podría usar su cuchillo; clavárselo en la tráquea no le llevaría mucho tiempo, en cuestión de segundos aflojaría el cuerpo para entregar el alma, «lo difícil no es morirse, lo difícil está en soportar el dolor que tendrás al morir», y eso es lo que trataba de evitar.

«Aunque con seguridad llegará un punto en que el dolor de estar vivo sea superior al de morir rebanándome la garganta o cortándome las venas de las muñecas».

Después de recibir el último popote de alimentos envió su mensaje marcado en la tira de neopreno. Salió del agua con el espíritu sereno y comió con una tranquilidad olvidada. Eso de evadirse le estaba dando resultados positivos. Recordar el pasado y zambullirse en él hasta perder la conciencia de su presente le ayudaba a pasar el tiempo, a evaluar su recorrido por el mundo, e incluso a enseñarse a perdonar, a pedir perdón y a perdonarse.

Pensó en su infancia en el pueblo, a pesar de su papá borracho, de las riñas familiares, de los tiempos de pobreza, concluyó que ahí pasó épocas felices. Claro que, de acuerdo con su espíritu, en esos años se imaginaba que la verdadera acción de la vida se encontraba en la ciudad, en las tiendas con aparatos y juguetes novedosos o Santa Closes regalando dulces a los niños en diciembre, es decir, lejos de su realidad de calles de tierra y cantos rodados, de las carretas jaladas por bueyes y del agua sacada del pozo.

Aunque con el tiempo aceptó que una niñez feliz se podía tener en cualquier lado, no lograba comprender cómo las personas podían vivir en el tedio campirano. En sus viajes de la ciudad a la casa de sus padres pasaba espiando la cotidianidad de los pueblos de casas de adobe, muebles baratos, camionetas viejas, gente en chanclas y sin aparentes deseos de salir de ese encierro. Eran seres que nacerían, vivirían y dirían adiós a este mundo en el anonimato, sin conocer otras realidades en las cuales se vive mejor que en la suya, «mejor porque hay glamour, riqueza y fama, pues aun la fama, pensaba él, es un acicate a tu esfuerzo, a tus ganas de seguir trabajando y te permite sobresalir del promedio, entonces tu huella en el mundo correrá la suerte de ser indeleble por un tiempo, no morirás el día de tu muerte, sino que serás recordado, serás alguien».

Pero encerrado en la caverna se preguntó cuántos Alejandro Magno, Jesucristo, Bolívar, Cuahutémoc, Lao Tsé o Hitler hay para ser recordados. Y por cada hombre que recordamos, cuántos han muerto y segui-

rán muriendo sin que sepamos que alguna vez existieron. «¿Y cuando el mundo termine? ¿O cuando pasen tantos siglos con tantos nombres por recordar y entonces también seas olvidado? ¿Cuánto tiempo puedes ser recordado, si la Tierra misma será un témpano de hielo y todo lo que de ella conocemos perecerá?

»Al morir sólo quedan los recuentos de beneficios y daños que hemos realizado por el mundo, es un conteo efímero que los que quedan vivos realizan unos seiscientos o setecientos días, después lo olvidan, o lo recuerdan en fechas especiales hasta que también mueren, de lo que se desprende que ni nuestras obras ni nuestras acciones nos sobreviven y mucho menos nos perpetúan, por eso pensar en un nombre que traspase el tiempo es un delirio, ante la historia universal no seremos siquiera un él o una ella, sino figuras borradas sin misericordia. Así pues, otra verdad además de la muerte segura, es que andamos por la vida imprimiendo la huella que podemos marcar con nuestra sombra prestada.

»Viéndolo desde esa perspectiva, ninguna vida valdría la pena de ser vivida, la existencia no tendría otro sentido que pasarla lo mejor posible, da lo mismo vivir sin molestar a otros o haciéndolos mierda de acuerdo a nuestra conveniencia, pero siempre pensando en nosotros y nuestra felicidad, aunque el resto se pierda en la miseria del infortunio».

—Sin embargo —dijo en voz alta—, seguimos trabajando, sembrando, pariendo, pintando, contando, escribiendo, escarbando, matando, regalando, la mayoría de las personas sigue haciendo lo correcto, respetando las normas, intentando ser felices. ¿Qué nos mueve a seguir adelante?

»Tal vez todo sea resultado de un acto de fe, se dijo, así como algunos creen en un Dios, también los hay que deciden entregarse al desafío de la vida y no sucumbir ante la sinrazón de la existencia, ya no por creer en una salvación eterna o por intentar vencer la incertidumbre que produce el devenir del tiempo, sino por deleitarnos con lo único que tenemos, la vida y el presente.»

XXXI

El grupo de socorristas recibió el trozo de chaqueta con el mensaje escrito a punta de cuchillo. Era difícil para los buzos aceptar que del otro lado había una persona, no muy distinto a ellos, con la esperanza de ser liberado algún día. En su momento pensaron en la posibilidad de que El Atrapado muriera, no de una enfermedad sino por abandonarse a sí mismo, o por el camino del suicidio.

Estaba demostrando una fortaleza superior a la esperada. Es el miedo a la muerte lo que lo mantiene vivo, aventuró uno de los buzos. No sólo estaba vivo, debían sumar su deseo de mantenerse de ese modo, esa era la razón obvia de su petición, las pilas para iluminarse no era una comodidad, sino una herramienta que le permitiera mantenerse en pie de lucha.

Si Emiliano hubiera escuchado esos razonamientos estaría en desacuerdo, su moral estaba a la baja y la luz era apenas un motor que le permitiría al menos ver su muerte. Entonces sus socorristas le revirarían que incluso esa señal mínima demostraba que su esperanza no estaba muerta, además pidió dos pilas, ¿para qué quiere dos si las linternas se encienden con una? Te digo que tiene la ilusión de salir con vida, reiteró el buzo.

El problema era que, como toda ilusión, no se basa en datos ciertos en su totalidad, pues se cuenta con que el hecho se realizará a partir de

una cadena de circunstancias propicias, mismas que pueden convertirse en desfavorables por contingencias imprevistas, por un error de cálculo o porque alguien pensó que sería mejor elegir otro camino, y en casos específicos, ocurre que un solo pensamiento llevado a la práctica cambia tu destino. Si el pensamiento fue tuyo, todo bien, salgan como salgan las cosas eres el responsable de las decisiones tomadas, lo desconcertante es cuando la decisión se toma a partir del pensamiento de otra persona, y el resultado te afecta a ti de manera directa. Algunos dirán que, por ejemplo, si tú mueres a partir de esa decisión tomada por la otra persona, esa otra persona cargará con tu muerte en su conciencia, lo cual a su vez le afectará al resto de su vida, pero a ti, el muerto, de poco y nada te sirve ser un recuerdo doloroso resultado de un error en el software mental de quien se atrevió a decidir sobre tu futuro.

Volviendo al asunto de la petición de pilas por parte de El Atrapado, los buzos tardaron en decidir qué responder, pues temían enviar señales indebidas, dar esperanzas infundadas o crear falsas expectativas.

El primer buzo opinó que debían darle de nuevo una hoja en blanco y el bolígrafo, mantener una comunicación constante, sobre todo en virtud de que lo más difícil ya se le había hecho saber, que era la ausencia de equipo y personal adecuado para rescatarlo.

Aun así, puede hacer otras preguntas para las que tampoco tendremos respuestas, reviró el segundo de los buzos, y yo no quiero sentarme en encrucijadas morales, bastante tengo con estar encerrado en esta caverna comiendo lo que se le ocurre traernos al puto mensajero del jefe, mentiroso como el jefe mismo que siempre nos manda a decir que ya va a venir un equipo sustituto, y pura madre, casi veinte días acá encerrados y no viene nadie. Ni vendrá, contestó el tercero, a menos que se mueran los niños, o los saquen, que yo la verdad veo cabrón que puedan rescatarlos. Ya tardaron mucho, ¿verdad?, preguntó el primer buzo. Déjate lo que han tardado ellos, dijo el segundo buzo, las que no tardan son las

lluvias, y si están bajo tierra como el cabrón Atrapado, entonces van a valer madres ellos y valdremos madres nosotros, ¿ya pensaron cómo nos va a ir si resulta que estamos rodeados de ríos subterráneos? Claro que lo hemos pensado, si no eres el único que piensa del grupo, hasta creo que eres el más pendejo, respondió el tercer buzo. Basta, pidió el primer buzo, no será peleando como vamos a resolver este asunto, El Atrapado está pidiendo baterías para su linterna, y el abusivo pide dos, como si tener más allá adentro le pudiera cambiar la vida... hasta me imagino que así era allá arriba, avorazado, sin importar que sólo necesitara una es de los que agarraría dos. ¿Tan mal te cae que ya lo estás juzgando?, preguntó el segundo buzo. No lo juzgo, sólo que si fue jefe era igual a nuestro jefe, o peor, porque los jefes parece que se entrenan para amargarte la vida, no se sienten jefes si no marcan una diferencia, si no ponen distancia, si no demuestran que son más capaces que tú en todo lo que se atraviere en la oficina, como si fueran dioses sabelotodos, o tal vez sí lo juzgo, es que eso de estar atrapados acá por culpa de ese cabrón imprudente ya me cansó la paciencia, si se hubiera fijado bien en las paredes, habría descubierto que podía colapsar, ni él ni nosotros estaríamos acá, y no me salgan con que el hubiera no existe, porque sí existió, y ese jefe ilimitadamente pendejo no supo ver las consecuencias de sus actos, hasta pienso que debíamos dejarlo morir. Entonces vámonos, le dijo el tercer buzo, salgamos de esta caverna. Sabes que no me voy a ir, que mientras ese cabroncito dé señales de vida al menos yo seguiré acá, luchando por sacarlo o por mantenerlo vivo. Entonces no te quejes. Déjame quejarme, que no le hago mal a nadie. Me desmoralizas. Bueno, olvidemos las quejas, aunque estemos cansados de esto también nosotros, terminó la discusión el segundo buzo.

¿Qué hacemos? ¿Le enviamos dos pilas?, volvió al tema el segundo buzo. No tiene sentido, dijo el tercero, con una le alcanza y sobra, cuando se le acabe que nos pida otra y se la volvemos a enviar, lo que sí

creo es que debemos mandarle hoja y bolígrafo, para que nos escriba sus necesidades, para estar comunicados. ¿Y si nos pregunta si se va a morir allá adentro?, preguntó el primer buzo. Le diremos la verdad, contestó el segundo, que no lo sabemos, creo que merece la verdad, eso es lo único que podemos darle por ahora, y un hombre que ha luchado y se ha mantenido como se mantiene El Atrapado, merece al menos saber con qué y con quiénes cuenta. ¿Así sean sus últimas horas?, preguntó el primer buzo. Principalmente si fueran sus últimas horas, le respondió el segundo, como un condenado a morir que sabe la fecha y la hora de su ejecución, o un enfermo terminal que sabe de su poco tiempo de vida. Si un día quedo atrapado como nuestro Atrapado, dijo el tercer buzo, y no pueden sacarme, avísenme, yo sí quisiera saber si me voy a morir. Dices eso porque no estás adentro, respondió el primer buzo, si estuvieras en su lugar seguro cambiarías de opinión. Puede ser, lo que sé en este momento, consciente de mis ideas, con la frialdad de pensamiento que pueda dar la distancia, es que quisiera estar comunicado, saber cómo va mi asunto, e incluso saber si ya me queda poco tiempo de vida. Yo también pediría lo mismo, dijo el segundo buzo. Entonces, concluyó el primero, enviémosle la hoja con el bolígrafo y, por supuesto, con la pila.

En silencio prepararon el paquete entre los tres, como si fuera un trabajo imposible de llevar a cabo por una sola persona. Realizarían una inmersión especial para hacerle llegar la pila al atrapado. El tercer buzo se ofreció a cumplir la tarea.

Antes de sumergirse, al buzo le llamó la atención un sonido surgido de la parte alta de la caverna. Temió que fuera el derrumbe que esperaban desde el día en que llegaron a instalarse a orillas de esa laguna subterránea, así que impaciente y a solicitud de sus compañeros, resolvió aguardar un tiempo mientras los tres iluminaban los alrededores.

Descubrieron a un hombre descendiendo a rappel por la pared izquierda de la laguna. Los sorprendió, porque el mensajero había partido

menos de doce horas antes, así que debía regresar hasta dentro de dos o tres días. Y no podía ser un explorador solitario, porque hasta los espeleólogos conocidos por temerarios preferían entrar al menos con otra persona en quien apoyarse en caso de un accidente. La llegada de esa persona sólo podía implicar un cambio de planes o una situación urgente.

El tercer buzo decidió posponer la inmersión y salió del agua a esperar a esa persona para escuchar las razones de su arribo sorpresa.

XXXII

Juan encogió el cuerpo enlodado para acomodarse entre los brazos de su hermano. Los dos lloraron desde la primera noche encerrados y lloraban cada vez que se acordaban de que no podían salir.

Pedrito, no te duermas, le pidió a su hermano, le daba miedo estar despierto él solo. Es que tengo sueño, vamos a dormirnos. Sintió el cuerpo de su hermano más frío que de costumbre, y su voz apenas parecía surgir de los labios que no podía ver.

Los dos tenían hambre, sólo que a diferencia de El Atrapado, los niños estaban acostumbrados a ella, era su compañera de vida y la poca comida que les pasaron resultó tener sabores desconocidos aunque agradables.

Ya pues, Pedrito, no te duermas, mira, nos están hablando, es una voz de mujer, dice que está cerca, dice algo del lodo. Vamos a dormirnos los dos, Juan, tengo sueño. Tas muy frío. También tengo frío, respondió Pedro. Ya vas ver que nos sacan al ratito, ya se oyen unas voces más cercas que las otras veces, esta es una mujer, dijo algo de una varilla, ahora si lo entendí. Tengo sueño, Juan, cállate y déjame dormir.

Juan temblaba. Sintió miedo desde antes de entrar a la cueva, como si presintiera lo que les iba a pasar. Su hermano sí quería entrar, él siempre ha sobresalido por su audacia, o quizá por ser el más entrometido de los dos, «es mero averiguado», decía su madre.

—Este muchachito —lo regañaba la abuela—, no hay chisme ni pelea en el que no quiera estar, aunque sea de mirón. Es metiche como él solo, debería aprender a su hermano.

Cuando entraron a la cueva, Juan se enojó con Pedro porque se resbaló sobre él y lo sumió hasta el fondo, el reclamo se lo hizo llegar con palabras y golpes.

—Mira que sos pendejo —le dijo—, si no fuera por tu culpa no estaríamos hasta adentro.

Después descubrió que no podían salir, ahí su miedo se incrementó, se le instaló en el corazón y ya no lo dejó en paz.

A todo momento tenía ganas de llorar y se las aguantaba por no hacer llorar a su hermano, claro, si era Pedro el que empezaba el llanto, no le quedaba otra que aflojar el sentimiento, que de todas formas iba a vencer su voluntad, y lloraba su miedo.

Un día hablaron de morir.

—¿Iremos con Diosito y la Virgen?, preguntó Juan. Pedro murmuró un «no sé». Otra ocasión fue Pedro el que abordó el tema, le preguntó a su hermano mayor si recordaba a Isabel, un niño que vivía al otro lado del pueblo y que de un día para otro dejó de salir a correr con ellos.

A las pocas semanas supieron que Isabel estaba muerto y hasta ver la caja blanca les fue prohibido.

—No los vaya a agarrar el mal que mató a Isabel —les explicaron. Lo que sus padres no supieron es que los dos vieron al niño difunto adentro del ataúd.

Juan y Pedro entraron confundiéndose entre los niños de la familia de Isabel, apostaron a que sí se atrevían a acercarse a él y que incluso eran capaces de tocarle el rostro. De que llegaron a un lado de la caja no hubo duda, pero en definitiva no se atrevieron a tocar a Isabel, les dio miedo, salieron corriendo y no pararon hasta estar en su casa, escondidos debajo de las cobijas y con un crucifijo como amuleto protector. La

angustia que vivieron no terminó esa noche, porque el miedo les duró un largo rato.

—¿Crees que vamos a quedar como Isabel? —preguntó Pedro.

—No sé —respondió su hermano.

—¿Crees que vamos a andar espantando niños como Isabel nos espantaba a nosotros?

—Pos quien sabe —dijo Juan—, tendrían que sacarnos de acá para que nos vieran los otros niños.

—Si voy a morir, quiero espantar gente —confesó Pedro.

—Oye, Juan, ¿te acuerdas de qué se murió Isabel?

Se acordaba a medias, su abuela dijo que al niño lo castigo la tierra por portarse mal con los animales: mataba pajaritos que después no comía, y eso era cierto, los niños recordaban que Isabel era muy bueno tirando aves a pedradas y luego los dejaba tirados a un lado del camino. Por eso lo castigó la tierra, insistió la abuela, el corazón de la tierra ya estaba rojo de enojado, se llevó una parte del alma de ese chamaquito, y se la comió de a poco, hasta que se murió. ¿Pos cuantas partes tiene el alma?, preguntó papá Juan. Trece, fue la respuesta, y de seguro ese cabrón chamaco... bueno, cabrón no, se disculpó la abuela, que ya se murió el pobrecito... pues ese niño segurito se cayó frente a una cueva, o bajando del cerro, y no es que se hubiera caído, eso pensaron los demás, y no fue así, es la tierra la que le trabó las patas para acercárselo un poco, así aprovechó pa' quitarle el alma. ¡Ay!, abuela, dijo Pedro, pa' que tanto trabajo, si Isabel dormía en el suelo, yo lo conocí su petate, ahí hubiera aprovechado la tierra esa que come almas. No es lo mismo, respondió la anciana, tú no entiendes porque sos chamaquito y tu pensamiento no está muy claro, pensás mal todavía, pero no es lo mismo caer que estar acostado, la tierra tiene que hacer su esfuerzo, jalarlos con fuerza, pa' que la'alma se afloje y la tierra jale un su pedacito, la tierra no es güevona como los humanos, ella pone su trabajo, su energía.

—Juan, ¿será que fue la tierra la que nos jaló pa' este hoyo?

—No sé, no creo, porque la tierra come almas, no cuerpos, y acá estamos de cuerpo entero, pa' mí que fue otra cosa.

—Fue una trampa del tlacuache, ¿verdad, Juan?

—Pa' mí que sí —respondió el niño y después de pensarlo un rato se quejó—, ¡pinche tlacuache puto!

Ellos, a diferencia de El Atrapado, no dudaban de que los sacarían. Respondían a los gritos de los de afuera, aunque no entendieran qué les decían, gritaban con la intención de recordarles su presencia, de hacer patente que ahí estaban y no fueran a equivocarse en el camino hacia ellos.

—Pedro, no te duermas, insistió Juan, pero Pedro no respondió. Juan movió a su hermano con dureza, le pegó en el pecho, le jaló los cabellos y lloró pensando que su hermano estaba muerto. Le gritó con fuerza y zarandéo su cuerpo rogándole que despertara, pidiéndole que no se muriera, que por favor lo siguiera acompañando.

—Ya cállate Juan —murmuró Pedro—, mejor vamos a dormirnos.

—Pinche, Pedro —increpó al hermano—, me asustaste, creí que estabas muerto.

Todavía llorando, Juan encogió el cuerpo para dormir entre los brazos de su hermano menor. Esa noche, mientras dormían y sin que Juan se diera cuenta, Pedro murió.

XXXIII

Él sintió el llamado, sin embargo, le costó decidirse a bajar. Un cansancio suave y profundo lo mantenía semidormido, sin deseos de abrir los ojos, con ganas de seguir durmiendo y nunca despertar. Morir sin darse cuenta, sin el dolor que la muerte implica. Pensó dos veces cada movimiento que realizaría antes de siquiera querer incorporarse. El cansancio lo sumía de regreso a su cama de piedra. Creyó que la debilidad por la falta de alimentos estaba en su cenit, aunque también podía ser parte de un proceso depresivo. Era la mente diciéndole «ríndete, terminemos esta historia», era el cuerpo respondiendo «tienes razón, vamos a terminarla, salgamos de este lugar, de este momento que ya no resisto porque me duele». Era él aceptando la viabilidad de la muerte, deseándola como un regalo.

El agua seguía tan fría como siempre, le daba flojera zambullirse en ella. Era una poza de agua igual a la que anhelaba para nadar en los días de calor cuando era niño. Intentó engañarse con la suposición de que no se atrevía a entrar porque el lado paranormal de su cerebro intuía un calambre, otra mano atascada, un accidente del cuál no se libraría.

—Mi suerte no da para tanto, murmuró, y mi valor tampoco.

No pensó más el asunto y rodó hacia el agua.

Recibió la pila envuelta en una hoja blanca unida a un bolígrafo. No cambió la batería de inmediato, prefería aprovechar al máximo la luz mortecina de la primera.

Apagó la linterna para pensar qué escribirles, sobre qué preguntarles, a quién le dirigiría esa carta. Interrogar a sus interlocutores por una posible fecha de salida era una temeridad, un gasto de tinta innecesario, la experiencia previa le demostró que esa era una pregunta sin respuesta. Pedir más comida también podía ser contraproducente, caería mal en el ánimo de sus socorristas, quienes con mucha probabilidad debían estar frustrados por su propio encierro y por tener entre manos un problema que ni mejora ni empeora. Él debía ser amable con ellos, servil si fuera necesario.

Pensó en escribir una carta para su familia, una despedida en la que pediría perdón por las fallas, decirles que los quiere mucho y que guarden por siempre su imagen en la memoria, aclarando que se refiere a la imagen de cuando él vivió en el pueblo y no la de los últimos años, en su aislamiento alejado de afectos. Sin embargo, ese sería un mensaje que leerían los buzos y podría resultar inoportuno, porque darían por sentado su renuncia a seguir luchando.

No se le ocurría qué escribir.

Antes de poder decidirse al menos a quién escribirle, recibió un segundo llamado. Se le hizo demasiado pronto para dar una respuesta escrita, necesitaba más tiempo y en ese lugar, si algo les sobraba, además de silencio y oscuridad, era tiempo. Escribiría más tarde, cuando tuviera el corazón en calma y el silencio de su soledad no fuera tan avasallante.

Le entusiasmó la idea de recibir algún regalo, una noticia nueva o un chocolate. Eso iba a escribir en el papel, que le enviaran chocolate. También pediría papel de baño, extrañaba esa pequeña comodidad, ese lujo cotidiano despreciado por su sencillez, evaluado en su importancia precisamente cuando no lo tienes a mano y tu necesidad de él es absoluta.

Encontró la varilla atada a una cadena de popotes con alimentos. Debíó subir por aire dos veces antes de terminar de sacar las veintisiete bolsitas repletas de comida. Le extrañó el poco tiempo que transcurrido entre la última ocasión que lo alimentaron y ese momento.

Tardó en comprender que esa cantidad de alimentos era su ración para varios días, eso significaba que los buzos saldrían de la caverna y lo abandonaban, al menos por un tiempo. ¿O era de manera definitiva?

La ofuscación y el miedo invadieron su sangre. Con la boca abierta fue incapaz de producir un sonido, el aire se le atoró en la garganta, el silencio martilló su mente y los ojos abiertos al máximo le auguraron la negrura de su futuro. Se sintió desamparado y durante varios segundos la desesperación se le coló hasta el centro del espíritu.

A las apuradas escribió un mensaje de perdón y agradecimiento para sus padres, con letra ininteligible les dijo a sus hermanos cuánto los quería, y terminó por pedir que sus propiedades fueran repartidas conforme al sentir de su madre.

Sin embargo, cuando se sumergió para devolver el popote con la hoja de papel adentro, no encontró la fuerza habitual que en otras ocasiones jaló las varillas por él enviadas, y subió dejando el popote atorado en la grieta, aturdido por saber que del otro lado nadie recibiría su mensaje.

XXXIV

En los noticieros anunciaron que ni Juan ni Pedro podrían soportar más tiempo atrapados en esa cueva de tlacuaches, no sólo por sus deterioradas condiciones mentales y físicas, sino porque además los meteorólogos anunciaron las primeras lluvias del año.

¿Justo este año se adelantaron? Con la pena, Licenciado, tengo que decirle que así es, aunque la verdad no sé porque me da pena si no es asunto mío, no soy yo quien las provoca, y pensándolo bien, vayamos quitándole eso de pena, no me da pena informar lo que está ocurriendo, para eso soy un científico. Da lo mismo, además en una de esas está equivocado, no será la primera vez que la ciencia haga un anuncio errado. No en esta ocasión, mi amigo. No soy su amigo. Bueno, “Licenciado”, no en esta ocasión, la foto satelital, los vientos y las condiciones del tiempo no dejan lugar a dudas, va a llover hoy en la noche o mañana en la madrugada a más tardar. Me cuesta creerle porque todavía es muy temprano en el año para que llueva. Ah, bueno, eso tampoco es mi culpa, el clima anda todo alborotado y las fechas se adelantan y se atrasan de acuerdo a como Dios se le da la gana, el calentamiento global, usted sabe. Muy científico, pero mete a Dios en el asunto. Es una manera de hablar, pero si usted quiere, y aprovechando que lo metí yo, puede rogarle, en una de esas y le hace el milagrito de mover las nubes hacia otro lado, eso sí le advierto, siendo sinceros

va a querer varios milagros, porque lloverá al menos dos días seguidos, mire usted esta foto. No tengo nada que ver, sólo debo pensar en mandar a traer al grupo de socorristas encargados del espeleólogo atrapado, no los vaya a joder una inundación, y también debo pensar en cómo chingados hacerle llegar la información a los medios; estoy seguro de que esos cabrones me van a echar la culpa de que nada esté saliendo bien. ¡Ah!, esos no son mis problemas, así que a lo mucho puedo compadecerlo, aunque no me atrevo a decirle que me apene su situación. ¡Váyase a la chingada! Váyase con los medios, “Licenciado”.

Hasta ese momento los niños llevaban quince días de encierro y los que acudieron en su ayuda tenían doce días estacionados en el lugar; fueron doce días de idas y venidas de ambulancias vacías, equipos de salvamento, mineros, ingenieros, maquinaria y provisiones; doce días de estar alejados de sus familias y hartos de encontrarse varados en ese paraje desconocido, soportando la presión de los jefes pidiendo resultados y aburridos de una situación que no podía resolverse.

«Pero si sólo se trata de un túnel de tierra, ¿cuál es el problema para sacar a los benditos chamacos esos?», preguntaban la opinión pública y los reporteros de escritorio. El problema era enorme, por las condiciones del terreno no se podía perforar otro túnel o agrandar el primero pues el efecto inmediato sería el colapso de la frágil cueva donde se encontraban los niños.

El túnel era tan estrecho y sinuoso en su recorrido que no permitía la entrada de un adulto, y los encargados del rescate tampoco se atrevían a arriesgar la entrada de otro infante. Alguien habló de llevar a ese lugar a una mujer del centro del país, le decían «La Varilla» por delgada y sólida. Era tan pequeña que en no pocas ocasiones en la calle la confundieron con una niña, aunque a fuerza de ejercicio había desarrollado una fortaleza física difícil de adivinar a primera vista y que le ayudó a ganarse el apodo que la distinguía.

La Varilla logró llegar al penúltimo tramo del túnel, antes de que la ruta girara como el sifón de un lavabo. Calculó estar a menos de un metro de su objetivo, un metro casi vertical formado por paredes de lodo y luego seguía el tramo de camino retorcido. Desde ese lugar les gritó a Juan y Pedro que estuvieran tranquilos, que pronto estarían afuera, esa era una promesa que podían considerar cumplida, porque la cumpliría ella, La Varilla.

A pesar de lo cercano de las voces de los niños, su intuición le sugirió volverse. No podía cambiar de posición por lo angosto del túnel, así que a fuerza de brazos y piernas intentó trepar de regreso. En cada intento suyo por afianzarse de las paredes, veía con terror cómo esa masa de lodo era incapaz de soportarla y se resbalaba junto con ella hacia el fondo, dejándola en el mismo lugar. Los pies también resbalaban, lo que sumado a su posición casi de cabeza por la inclinación del suelo, no sólo le imposibilitó retroceder, sino que incluso le impidió seguir avanzando hacia la profundidad.

Tiró de la cuerda atada a un arnés en la cintura y gritó desesperada por ayuda, era la señal pactada con los de afuera. Debieron jalar entre varias personas y ella ayudar con sus extremidades para vencer el peso de fango concentrado a su alrededor.

Descansó dos horas antes de intentarlo de nuevo. Se le ocurrió entrar con los pies por delante, en posición de descenso a rappel, de ese modo si debía volver lo haría impulsándose hacia arriba de modo natural y no en reversa como en la ocasión anterior. Llevó consigo un plomo con una cuerda atada a la pierna izquierda para entregársela a los niños y que ellos a su vez se amarraran de la cintura, y entonces sí rescatarlos jalándolos desde afuera.

Apenas entró a la sección vertical del túnel, La Varilla descubrió que se equivocó al entrar de ese modo, el lodo que la vez anterior se aglutinó entre sus piernas, sobre su espalda, bajo su pecho y alrededor del

cuerpo, ahora se concentraba sobre su rostro. Con las manos intentaba sacárselo de la cara, entonces sentía que se resbalaba y llevaba una mano hacia la cuerda para detener su descenso, pero de inmediato le hacía falta esa mano para sacarse el lodo de la cara. Dio una lucha breve, hasta que decidió atascar su posición y con ambas manos sacarse el lodo del rostro. Era demasiado lodo, a pesar de ser una persona tan fuerte, fue dominada por el peso del fango que la inmovilizó y la cubrió por completo, empujando por la cabeza. La Varilla cerró los ojos y se entregó a la asfixia de su muerte.

Los de arriba notaron el poco movimiento de la cuerda de seguridad. También en ellos entró en juego la experiencia y el instinto, decidieron hacerla salir a pesar de que ella no había dado la señal, necesitaron el esfuerzo de siete hombres, y aun así apenas les alcanzó el tiempo para sacarla y sacarle el lodo de boca y garganta.

¿Cómo puede haber tanto lodo si todavía no llueve?, preguntaban los reporteros. Pues porque el agua no sólo llega por arriba, respondían geólogos universitarios, también llega través de fuentes subterráneas.

La Varilla recobró la conciencia cuando la estaban subiendo a una ambulancia, antes de que la llevaran al hospital se le escuchó decir:

—Es una trampa.

Al día siguiente llegó el meteorólogo con la noticia de las lluvias y, mientras los campesinos de la zona festejaban, los padres de los niños y los televidentes comprendían que el final se acercaba hacia el lado no deseado. El esfuerzo, los deseos y plegarias de miles de familias, así como la buena intención de quienes lograron involucrarse, parecían ser insuficientes para una tarea de aparente sencillez.

Señora, ¿Ya se enteró que hoy en la noche o a más tardar mañana va a llover? Si, me lo dijo el Licenciado. ¿Qué cree que le va a pasar a sus hijos? No sé qué creer. ¿Tiene algún mensaje para el país que ha seguido este drama, alguna idea de cómo podemos rescatar a sus muchachos? Yo

no sé qué decir, nomás que mis otros chamacos tan pasando frío, que sería bueno si nos dieran una ayudita, unas laminitas pa' cubrir el techo, tengo otros tres chamacos, y tienen frío, lloran en las noches, que nos den una ayudita pa' que la casa esté mejor.

La señora vio en los ojos que la rodeaban el enojo y el desprecio, no sabía leer las palabras escritas, pero sí sabía interpretar las miradas, las muecas, los gestos. Haber exteriorizado la necesidad apremiante de ayudar a sus otros hijos no fue bienvenido. Ella tenía pensado pedir un poco de la comida que llevaban los visitantes, en este caso para ayudar a sus niños hambrientos en casa; sin embargo, comprendió que su petición sería rechazada.

A los dos hijos mayores los quería mucho, pero la verdad era que ya no saldrían de ese agujero, así lo comprendió cuando vio cómo sacaban a La Varilla a punto de muerte. En ese momento aceptó que a sus hijos se los llevó la montaña y se los llevaría más adentro en cuanto empezara a llover, para ella la única explicación lógica a su desgracia la encontraba desde el animismo arraigado a su ser, y la aceptaba como el castigo dado a su esposo por haber cazado muchos tlacuaches durante años, un “muchos” indeterminado, que ni ella ni el papá Juan podrían aclarar, no recordaban cuántos animales del monte se comieron mientras vivieron juntos y tampoco importaba, pues la decisión de la montaña, que sí llevaba las cuentas, fue la de poner un alto a su cacería y cobrarse la deuda.

Todos en la comunidad sabían —y por si los padres de los niños lo habían olvidado se los recordaron— que a las montañas no les gusta que las dañen o que dañen a sus hijos animales. Por eso la montaña les estaba cobrando con sus dos niños mayores la carne de tlacuache que se comieron ella y su esposo. La montaña no mataría a los niños, eso era obvio, sólo se los llevaría con ella para que le ayuden a criar tlacuaches en los corrales que tiene debajo de la tierra y de esa manera paguen el daño realizado por Juan padre.

A partir de los comentarios que hizo ante los micrófonos, los medios señalaron como segura responsable de la desgracia de los niños a la madre avariciosa, dispuesta a sacar provecho de su propia tragedia familiar, e incluso los pocos que intentaron justificarla con palabras, con el rostro siguieron descalificando la mezquindad materna que pedía mejoras para su choza. La madre se convirtió en la imagen de la insensibilidad ante la inevitable catástrofe que se avecinaba.

No fue necesario esperar hasta la noche. En la tarde se formaron nubarrones que inauguraron con una gran tormenta la temporada de lluvias, de manera irremediable el agua llenó en poco tiempo el túnel ahogando a sus reclusos, o mejor dicho a Juan, el único que quedaba con vida.

Un grupo de rescatistas decidió jugar la última carta. Con picos y palas se dieron a la tarea de escarbar un hoyo para, según ellos, llegar hasta los niños en menos de diez minutos.

Conforme avanzaban la tormenta parecía tomar más fuerza, lo que sumado al agua que bajaba de las montañas dificultaba la de por sí difícil tarea de escarbar en esa tierra fangosa. Fueron diez hombres lo que empezaron la tarea, una hora después había más de veinte, algunos escarbando, otros sacando tierra, todos dispuestos a llegar a los niños.

Al día siguiente, a pesar de haber formado una gran zanja con la ayuda de medio centenar de personas, los cuerpos no fueron encontrados. Un biólogo sugirió verter agua con un colorante natural para detectar dónde desembocaba el río subterráneo y por ahí continuar la búsqueda. Dos días después del experimento concluyeron que el agua se iba hacia el fondo de la montaña para conformar los mantos acuíferos que desembocaban a distancias muy largas; para cuando saliera de nuevo a la superficie el colorante se habría disuelto.

Los medios entonces volvieron sus micrófonos a los padres, a la abuela, al pueblo. A su pregunta sobre el sentir por la muerte de Juan

y Pedro se encontraron con la misma respuesta, calificada por los reporteros de infantil e inverosímil: no están muertos, sólo se los llevó la montaña.

Esa tarde el pueblo quedó vacío de forasteros, aunque lleno de basura. El último auto no terminaba de salir hacia la carretera cuando papá Juan y su esposa empezaron a buscar entre los desechos algunas bolsas de plástico o cartones olvidados por los visitantes para cubrir el techo y las paredes de su casa.

XXXV

27 de mayo

Lo despertó una gota cayendo sobre el piso de piedra. Era el eco de una gota que cae algo así como dos metros y rebota por cada recoveco escondido de una caverna.

Una gota cayendo del techo era un cambio a su rutina. Era un nuevo sonido, molesto pero novedoso al fin, un sonido que no era producido por él mismo. Claro que una novedad encierra su lado oscuro, su perfil triste, su colita engañosa, y esta no era la excepción.

No había transcurrido media hora de que escuchó caer las primeras gotas, cuando diversas goteras formadas en el techo de la caverna demostraron ser capaces de dejar pasar el agua en mayores cantidades que una gota por segundo. Se formó una especie de lluvia bajo techo. Él calculó cuánto tiempo podía quedarle y supuso que no sería más de tres horas. O dos.

Decidió cambiar la pila de su linterna y con la batería nueva observar tanto tiempo como le fuera posible su destino, con suerte y encontraría una nueva cueva, un espacio que lo mantuviera con vida, un lugar donde con seguridad ahora sí moriría de hambre y frío.

¿Valía la pena encontrar ese lugar? ¿No sería mejor rendirse y aceptar su inevitable muerte? ¿O sería más pertinente aún ayudar un poquito siguiendo los pasos de la española?

Sus cálculos, como ocurrió con todo lo que intentó calcular desde su llegada a la caverna, volvieron a ser incorrectos. No sumó la cantidad de agua que surgía del interior mismo de la laguna.

Por un momento el agua pareció estancarse al nivel de sus tobillos. En poco tiempo la invasión líquida retomó fuerza y velocidad. Decidió acomodarse el tanque de buzo, si algún oxígeno le quedaba podría servirle para un rato más y de paso se colocó lo que quedaba de la chaqueta y las aletas. Moriría con su equipo puesto, si encontraban su cuerpo le mostraría al mundo que murió luchando.

Cuando tuvo el agua al nivel de la cintura se acordó de los socorristas. Entendió que esos hombres se hubieran ido, que lo hubieran dejado solo, él mismo les habría pedido que se retiraran de haber sabido que el lugar se inundaría. Con seguridad la caverna entera se llenaría de corrientes de ríos subterráneos que imposibilitarían cualquier salida, cualquier rescate, cualquier posibilidad de vida, y con un muerto era suficiente.

En pocos minutos el agua lo cubrió hasta el pecho. Descubrió que la luz de la linterna no iluminaría bien el agua opaca que iba a matarlo.

Le impresionó la fuerza con que el líquido invadía su espacio. Seguro había llovido mucho, no en ese momento, sino horas atrás, tal vez días antes, el tiempo suficiente para que el agua se arrastrara entre las grietas de las rocas y llegara a su cueva.

Supuso que si la corriente tenía la potencia necesaria para atravesar y aún terminar de romper algunas rocas, también abriría viejas grietas cerradas por derrumbes recientes. Esa esperanza nacida de la desesperación aceleró su pulso y, a pesar de sentirse débil, decidió sumergirse para comprobar esa posibilidad.

Quizá después de esa inmersión no le quedaría energía para seguir intentando mantenerse con vida, pero también era consciente de que, en ese punto, la grieta reabierta por la fuerza del agua podía ser su última opción.

No tardó en llegar a ella. Su desencanto fue devastador. El hueco sólo se reabrió en parte, si acaso algo podría pasar de él, sería uno de sus brazos.

Casi para salir del agua pensó en los niños atrapados en la cueva, se imaginó su final y deseó que siguieran vivos. Cuando creyó llegar a la superficie descubrió que mientras investigaba las condiciones de la grieta, el agua inundó la caverna. El espacio que separaba el agua del techo ya no existía. Recordó la grieta que al fondo de la caverna se perdía en la oscuridad, nadó hacia ella y ahí encontró todavía un espacio sin agua, sacó la cabeza, se quitó la boquilla del tanque de buzo e inhaló el aire del lugar.

Iluminó ese espacio y descubrió, ahora sí, el final de la misma. Terminaba en un techo también rocoso unos quince metros arriba suyo, a través del cual también caían gotas de agua. Con el tanque de oxígeno le costaba mantenerse nadando, optó por quitárselo, dejarlo caer pegado a la pared sobre lo que fue su terraza de piedra. Si lo necesitaba o si al final todavía tenía fuerza para una última inmersión e intentar revisar la grieta que lo dejó atrapado, sabría dónde encontrarlo.

El nivel del agua siguió subiendo, empujándolo hacia el techo rocoso. Si hubiera estado en ese mismo lugar el primer día que entró a la caverna, pensó, con la panza que tenía no habría podido pasar a través del estrecho espacio que ahora se presentaba ante él como dándole un abrazo.

Pensó en la cercanía de la muerte y no tuvo miedo. Recordó el momento en que la migración rocosa lo dejó atrapado, recordó cómo sintió un calambre de nervios recorriéndole el espinazo y electrificándole la piel, recordó la ausencia del pánico que podría esperarse, su conciencia de estar atrapado sin otro camino seguro que el de la muerte lenta por falta de oxígeno, y eligió recordar que en esa ocasión tampoco sintió miedo.

Ahora estaba igual, sin miedo a morir y sin miedo al sufrimiento que el morir le implicaría. Asumió que la primera vez su valor fue el resultado de la mente entrenada para mantenerse fría en situaciones difíciles, su confianza en la seguridad de que sólo el pánico podía vencerlo en tanto no lo dejara buscar opciones para mantenerse vivo. Sin embargo, ahora su interior había cambiado, la paz se la daba la dignidad recuperada, el saber que del otro lado de la cortina de rocas lo esperaba la española, el perdón pedido a su familia en la oscuridad silenciosa, el haberse perdonado por construir con tanto empeño una existencia vacía de sentido.

Pronto pudo ver cómo la grieta parecía seguir por un angosto túnel horizontal. Con el agua llenando cada espacio vacío, comprendió que comenzaría a ahogarse en poco tiempo, con seguridad en menos de un par de minutos, eso sería lo que podría soportar antes de sentir la presión de los pulmones por la falta de aire, de empezar a tragar agua, para entonces, llegar al momento de la pacífica entrega a lo que venga, con la conciencia tranquila de saber que intentó mantenerse vivo hasta el límite de su fuerza e inteligencia, y que a pesar de su esfuerzo y el esfuerzo de otros, en ese momento sólo le quedaría morir vencido por el destino y las toneladas de agua concentradas en un solo sitio, la cueva que en su momento le permitió seguir viviendo.

Se acordó de Dios. Lo odió por no dejarlo encontrar el modo para seguir unido con la española y porque lo castigó y la castigó a ella con su muerte. Pensó en despedirse o encomendarse a Él. No supo cómo hacerlo, recordó que alguna vez escuchó que un minuto de arrepentimiento valía más que toda una vida de constricción.

—Hasta para juzgar es mierda ese Dios —murmuró con ganas de escucharse—, una vida de privaciones y si te equivocas al final ya te jodiste, yo me la paso renegando de Él, pero si ahora me arrepiento me esperará en su reino. Dios eres injusto, si existes eres injusto y no tengo porqué agradecerte nada.

—¿Y si al final de cuentas sí existe? —le reclamó su conciencia—. ¿No valía la pena una despedida? Aunque sea por las dudas, para no llegar ante él como perro regañado.

—Padre nuestro —gritó—, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la Tierra como en el cielo, danos el pan nuestro de cada día y perdona nuestras ofensas así como yo ahora te perdonaré el modo en que me has ofendido, las formas en que heriste mi alma y mi cuerpo, te perdono y te perdonamos, por ser un maestro tan despiadado, porque si existes nos has enviado a este océano de sufrimiento, porque si existes tú creaste todo aquello que vacía nuestra vida, porque si existes tú has creado las enfermedades, los accidentes y las guerras, porque si existes nos diste el libre albedrío para reírte de nuestras decisiones, por que si existes tú eres el creador de esta cárcel que tuve, porque si existes tú inventaste el dolor insoportable, la agonía lenta, el hambre, por eso y por todo lo que me dañó en la vida te perdono, así como sé que tú perdonarás todas mis ofensas, estamos a mano, y si a morir vine a este lugar, acá y ahora te entrego mi cuerpo.

Poco después el agua lo envolvió. Supo que llegó al techo de la grieta porque chocó contra él, aunque la oscuridad a su alrededor ya no podía ser iluminada por la luz de su linterna. Sintió que entraba a otro túnel, creyó estar en medio de un rápido subterráneo y de manera inconsciente se protegió la cabeza con los brazos. «¿Para qué?, alcanzó a preguntarse, si de cualquier forma voy a morir, y de un golpe en la cabeza mi muerte sería instantánea».

Fueron pensamientos más veloces que el agua que lo arrastraba, ideas complejas que se le presentaban como imágenes sencillas para ser leídas aun antes de tener conciencia de que las estaba pensando, y en ninguna de ellas vio películas que repasaran su vida como tantas ocasiones escuchó, aunque en todas seguía buscando respuestas a la sin razón de

su existencia, caminos para continuar respirando y motivos para salir de la caverna a seguir viviendo.

Los pulmones comprimidos lanzaron su primer llamado de advertencia, necesitaba aire, aunque fuera un poco y no había dónde conseguirlo. Sintió que la corriente lo jalaba, intentó nadar con ella girando como sacacorcho. Junto con el aire se le terminó la resistencia, abrió la boca que como aspiradora jaló agua, en un movimiento convulso su rostro salió a la superficie y tuvo la oportunidad de respirar una bocanada de oxígeno antes de que la corriente se lo tragara de nuevo.

«Estoy en un río subterráneo, razonó, todavía se puede». Quiso impulsarse hacia arriba, aunque su debilidad sólo le permitió levantar el cuello, fue suficiente, sacó la nariz por medio segundo que le dio la fortaleza mental para salir otro medio segundo, que a su vez le permitió verse en ese río, e incluso creyó adivinar una orilla seca, pero la corriente lo volvió a jalar hacia el fondo.

«No puede tener tanta fuerza este río, se dijo, es subterráneo, lo que pasa es que estoy tan débil, que incluso un arroyo calmo me derribaría». Pensar en su debilidad lo debilitó más, podía rendirse, tal vez en ese momento lo correcto era renunciar a seguir vivo, dejar de luchar, cerrar los ojos, morir.

Sus rodillas chocaron contra el suelo, comprendió que si no intentaba detenerse se le seguirían raspando mientras el agua lo arrastrara por su cauce. Se sorprendió de encontrarse tan cerca de una orilla, era el margen izquierdo de un canal angosto, el más alejado de donde se vio la última vez. Se apoyó con sus brazos en el suelo rocoso, con las manos pudo detenerse en medio de la corriente y fue capaz de sacar la cabeza, respirar, toser, vomitar agua. La debilidad junto con la fuerza del agua lo volvieron a sumergir, pero él no estaba dispuesto a perder la batalla ante la muerte cuando ya podía palpar la orilla que le permitiría seguir vivo. Giró sobre sí mismo, lento, impulsándose con la mente, sintió lo poco profundo del agua, aun

así, creyó que la corriente lo jalaba y el miedo a perder lo ganado lo obligó a volver a girar. Su espalda cayó sobre suelo seco, con los ojos cerrados imaginó su posición. La cabeza, el cuello y la mitad izquierda del dorso estaban en lo seco; el resto del cuerpo seguía en el agua.

Se arrastró sobre su espalda impulsándose con los talones para salir por completo de ese río, se atrevió a descansar cuando dejó de sentir el contacto con el agua. No podía pensar. Mover la cabeza o los brazos exigían una concentración que lo debilitaba aún más. Seguía vivo, a pesar de todo seguía vivo.

Se quedó dormido. Al despertar le costó moverse, el dolor invadió su cuerpo y le parecía insoportable incluso respirar. Decidió apagar la linterna y volver a dormir. Pensó que quizá tendría que alejarse de la corriente de agua, pues a pesar de que parecía estar perdiendo potencia, con la naturaleza nunca se sabe.

Decidió hacerlo después, cuando despertara de su segundo sueño, y se preguntó de nuevo como se lo preguntó cada día encerrado en la caverna, ¿valía la pena despertar?, porque si bien cambió de lugar, su situación era la misma que vivió desde la mañana en que una migración rocosa selló la grieta de la laguna. Seguía atrapado, ahora no por una grieta, sino por el agotamiento y su incapacidad para moverse. Además, estaba perdido, aunque tuviera los arrestos de caminar no sabría hacia dónde moverse, porque no recordaba haber estado antes en ese sector de la caverna.

Apoyándose en sus codos logró sentarse, se vio desnudo, en la refriega perdió la bermuda y la aleta del pie derecho. Sangraba de varios lugares, descubrió hematomas y raspaduras en piernas, brazos, cadera y también las sentía en el rostro. Aprovechando la posición giró para quedar bocabajo, apagó su linterna y perdió la conciencia.

XXXVI

1º de junio

—No licenciado, ya ni la burla perdona. ¿Cómo que qué voy a hacer a la caverna? Pos a buscar a mi hermanito. Sí, ya sé que debe estar muerto, y bien muerto, como los chamaquitos esos, pobres, ni modos, les tocó la fría. Pero yo quiero ver el cuerpo de mi hermano y traérselo a mi madre-cita, por eso voy a entrar.

»Usted no se preocupe, yo voy por mi cuenta y riesgo, si quiere le firmo un papel donde le escriba que si me muero, me muero por mi gusto. Así que ya sabe, voy entrar aunque me muera. Además, qué le importa a usted, si ni le importó dejar a mi hermano abandonado y ahora me sale con que la ética, con que su deber es evitar más víctimas, mejor si me quiere hacer un favor, venga a darme una mamada y no me ande usted encabronando ¿Cómo no voy a faltarle el respeto si es usted un pendejo que por su culpa murió mi hermanito y ahora además me quiere detener? ¡Que güevos los suyos!

»Ya sé que no voy solo y que no sólo es mi vida la que voy a poner en peligro, pero estos señores dicen que conocen otra entrada, y si alguien conoce estos terrenos es el que los recorre todo el tiempo. No sé por qué no se me ocurrió hacer esto antes. O sí sé por qué, porque me confié en que los pendejos de sus muchachos iban a sacar a mi hermanito, tanto usaron esa su chingada palabra de “expertos” que se los creí. Ni

modos, por confiado me chingué, chingué a mi hermano y a mis papacitos que ya no volverán a ver vivo a su hijo.

»Ya pues, Licenciado. No se ponga así. ¿Cómo que me va a detener? Póngase en mi lugar, no que ni ayuda ni deja ayudar. Póngase en mi lugar pues, Licenciado, piense en que yo debo entrar por mi hermano, y que si fuera su hermano usted, también entraría. Hágase como que ve pa' otro lado, váyase a su oficina, que allá va' star usted muy a gusto, allá échese un cafecito y deje de estar haciéndome perder el tiempo. ¡Qué ganas de chingar las suyas!, no me vaya a decir que también quiere un billete. Mire pues, ya la hizo traer la policía pa' detenernos.

»No le haga, Lic., por favorcito, por la Virgen y por su madre, déjeme entrar a sacar a mi hermano... ¡Ya sé, Licenciado!, tengo una idea, permítame unas palabras, unas nomás, pero a solas, sin tanto policía cerca, sólo unas palabritas, se lo juro por Diosito Santo. Venga pa' acá, Licenciado.

»Mire, Licenciadito, le pedí que camináramos hasta acá pa' hacerle una promesa, nomás que a usted solito. Vea usted este mi machete, ta galán, ¿verdad? Tá bonito, ¡viera que bueno es cortando! ¡Putra madre!, las cosas que puedo cortar con él de un solo golpe. Se lo voy a regalar, sí, por Dios que se lo voy a regalar. Si la policía no me deja entrar, si usted insiste en detenerme, se lo voy a regalar, pero no ahorita, después. No tenga prisa, no sea usted ansioso, todo llega a su tiempo. Y se lo voy a regalar encajado en su hijita más chiquita. Es una promesa. ¿Escuchaste bien, Licenciadito puto? ¡Cállese y escúchame hijo de tu rechingada madre! Si no te largas ahora con tus policías, te juro, y te lo juro por mi sangre, que así pasen cinco años, o diez o dos meses, voy a vengarme de ti. Voy a desquitarme de tus chingaderas y de que dejaste morir a mi hermano, porque fue tu decisión no ayudarlo. Me voy a desquitar, cabrón, mírame a los ojos pa' que sepas que sí es una promesa. Y no tiembles, ¡no te portes como putito!, ¡pinche Licenciado, jijo de la reverga!

»Ahora usted decida, Licenciado puto. Piénsese mientras caminamos de regreso. Si usted gusta puede llevarme detenido en una patrulla. Pero por más tiempo que me detenga, no será ni un año lo que voy a pasar en la cárcel, porque no hay delito que perseguir y entonces van a soltarme, y llegará el día en que le va a cargar la verga a tu hijita, “mi difuntita” vele diciendo de una vez pa’ que te acostumbres, y no me va a importar morirme preso, ¿entendiste, Licenciado puto?

»¡Detenme, cabrón!, llévate también a los señores, déjame encerrado en la cárcel, di que por resistirme a tu autoridad y porque te amenacé, todo eso diles. Me vale madres. Eso sí, en el camino de regreso a tu casa, aprovechas que vas a tener tiempo y de una vez cómprale el cajón a tu muertita, ¿oíste bien, Licenciado hijo de tu reputa madre? Mira que te lo estoy prometiendo de frente y sin rodeos, pa’ que después no vengas llorando con tu carota de pendejo a decir que no te lo advertí.

»Ahora vamos a ver qué haces, pero deja de temblar, todavía no está muerta tu niña y tú puedes ayudar a que siga así un chingo de tiempo, por vida de Dios que no es mi decisión, en ti está.

»Vamos, señores, ya podemos entrar, el Licenciado ya dio su permiso. ¿Qué si qué le dije? Ah, como serán curiosos. No le dije gran cosa, sólo le pedí que se pusiera en mi lugar, le hice ver cómo se sentiría si también a él se le muriera un su pariente. Y ya ven cómo es de buena gente que luego luego entendió».

XXXVII

Escuchó pasos, el eco de unas voces. El cansancio, el cuerpo entumido, los golpes, la falta de alimento e irónicamente la deshidratación le impiden moverse. Ojalá pudiera arrastrar su cuerpo y su alma hacia esas voces. Ojalá pudiera gritar pidiendo auxilio, emitir un sonido, uno sólo, aunque sea el último.

Las voces están más cerca. Tal vez su suerte cambie y pasen a su lado. Es curioso, no siente dolor, sabe que no puede moverse porque gastó el resto de su energía al salir del agua. Piensa que alguna vez le dijeron que morir se era fácil y en lo que le estaba costando a él hacerlo. En ese momento prefería estar muerto. ¿O lo estaba y no se daba cuenta? ¿Será que los muertos siguen concientes de lo que pasa a su alrededor cuando el resto del mundo ya los considera muertos?

Vio a una niña de unos nueve años, morena, de trenzas enrolladas, un vestido azul con barquitos rojos, tobilleras blancas y zapatos escolares negros, estaba de la mano de una mujer madura, adusta, de cabello canoso y mirada estática. Parecían salidas de su pueblo. ¿Qué hacían ahí, junto a él?

—Mira má, el señor tá vivo.

—Está muerto —le respondió la señora.

—Pero como que se mueve, como que respira.

—¡Está muerto te estoy diciendo!, sólo los muertos pueden vernos.

—¿Cómo sabes que nos tá viendo?

—Él me lo dijo, me lo dice con sus ojos que se están opacando.

—Pos yo creo que puede oírnos.

—Claro que puede oírnos, si él nos trajo.

—Entonces tá vivo má, ¿viste que tengo razón?

—No está vivo, no sea necia niña, el señor ése está muerto, y bien muerto, porque si estuviera vivo, aunque no pudiera hablar, aunque no pudiera caminar hacia los que lo están buscando, al menos encendería la linterna de su cabeza, para mostrarles que acá hay alguien.

—¿Viste cómo sí tá vivo?, ya va a encender su linterna.

—Vámonos entonces, ya no tenemos nada que hacer acá.

Escuchó pasos acercándose, entre las voces que llegaban a sus oídos creyó reconocer la voz de su hermano.

—Ahí hay una luz, ahí hay una luz, hay que subirse patrón.

—Ahí hay una luz, ahí hay una luz.

—¿Por qué no se callan y mejor se acercan?

—Ahí hay un bulto patrón, ahí hay un bulto.

—Claro que hay un bulto si no estoy choco, también lo veo, ¡pero acérquensele, chingada madre!

—¿Será que está vivo, patrón?, pa' mi que ya está muerto.

—Parece vivo, ¡cárguenlo con cuidado!, vamos a sacarlo, mi hermano está vivo.

¿Estaba vivo?

Él mismo no podría responderlo. Creía que sí, aunque notó la ausencia de dolor, la paz interna, su cuerpo incapaz de moverse y eso, pensó, sólo lo podían experimentar los muertos. Mientras caía en la oscuridad de la inconciencia pensó que si eso era la muerte, entonces morir no duele, en la muerte no se siente nada.

Con la sombra prestada,
de Luis Antonio Rincón García, se terminó de
editar en octubre de 2025. En su composición se
utilizaron las familias tipográficas
Adobe Arabic y Ubuntu.

